

Antología Solidaria: Roja, Paraíso Literario

Roja
La
El Paraíso Literario
"Romancia en Lira"



EIBRO
EDITORIAL

Antología Solidaria: RoJa, Paraíso Literario

Prólogo

Hadha Clain

No podía negarlo, se sentía triste y melancólica. Esas eran las emociones exactas que ocupaban su corazón al observar la ventana de su habitación. Demasiado alta para permitirle ver el exterior. Alternó la vista entre el cielo azul y sus pequeños pies. Ella solo tenía siete años, pero desearía tener muchos más. Los suficientes para poder ver, algo más que el cielo, a través de la ventana. Ella también quería ver el paisaje del que todos hablaban. Ya había trabajado duro para resolver aquella situación y salvar la distancia entre su estatura y el quicio del ventanal. Sus esfuerzos, habían ido teniendo su recompensa, hasta aquel día.

Matías, el sacristán. Leonor, la farmacéutica. Lola, la tendera del kiosco. Incluso Alberto le había dejado tres de la biblioteca. Su abuelo colaboró con algunas revistas, sin una sola fotografía. Alicia había cogido algunos del dormitorio de su hermano Manuel. Y papá había traído todo lo que encontró en el altillo de la casa de la abuela Encarna.

—A veces, aunque nos esforcemos mucho en algo, no tiene lugar aquello que deseamos.

—¿Y qué hay que hacer entonces, mamá? ¿Abandonar?

—No, Alicia, ¡nunca! Solo hay que intentarlo con más ganas.

Con Alicia ninguna conversación acababa sin diez preguntas adicionales. La madre disfrutaba hablando con su hija y Alicia amaba escuchar a su madre. Pero incluso así, Alicia sintió ganas de abandonar su empeño, pensando que jamás llegaría lo suficientemente alto.

Inundada por la nostalgia, y de nuevo la pena, desandó el camino desde su dormitorio a la cocina. Abandonó la casa para cobijarse en la alameda cercana. Desde la linde, observaba las olas de olivos vistiendo cada cerro, dibujando las faldas de cada monte en su descenso hacia el río.

—¡Uno solo! Solo necesito uno más y lo habré conseguido. No quiero rendirme ahora, pero estoy cansada de ser demasiado pequeña.

Palabras duras para una niña de seis años, no lo negaréis. He aquí la muestra de que, el alma no madura con la edad sino con la vida.

Conmovida por sus lágrimas, la madre naturaleza movió sus dedos mágicos para crear esperanza.

El álamo regalo sus ramas más gruesas para formar sus páginas de papel. Las flores crearon hermosos pigmentos para colorear la ilusión de Alicia. Una luciérnaga, solidaria, cedió su luz y el viento la convirtió en ideas. La tierra escurrió su jugo en tinta, y el fino rabito de una hoja de olivo dibujaba puntos y comas entre las frases dictadas a una pluma de perdiz.

La niña, agradecida y feliz a partes iguales, recogió su fantástico tesoro manuscrito y corrió a su casa. Tropezó en la entrada de la cocina, subió la escalera hasta su dormitorio y abrió la puerta con urgencia. Allí estaban todos sus libros, uno sobre otro. Construían una escalera que la

acercaba hasta el filo de la ventana.

Miró su nuevo libro y leyó con torpeza las letras de la portada. *Antología solidaria: RoJa, paraíso literario*. Apartando el papel hacia la izquierda, leyó también la primera página impresa:

No hay cultura en el mundo que se construya con un solo individuo.

Gracias por formar parte de este proyecto.

Gracias por escribir RoJa, paraíso literario.

Gracias por crear literatura, Jaén.

Bienvenidos a catorce relatos del amor.

Inquieta y emocionada por lo que implicaba este nuevo integrante de su colección, lo colocó en la posición más alta. Entonces, solo entonces, subió cada peldaño de la escalera que había construido con libros, revistas y todo el material, repleto de letras, que su familia y amigos habían decidido compartir con ella.

Una vez arriba, la emoción la embargó. Allí estaba su mejor recompensa, el horizonte. Una línea entre lo visible y lo imaginable, la guía de una cuartilla donde escribir nuevas historias. El orden de los olivos de Jaén hacía crecer su imaginación y contemplarlos, su corazón. Sus padres le habían repetido muchas veces que mientras veía salir el sol, algo en su corazón crecía. Con un corazón más grande podría querer más, y más, a las personas que tenía cerca, a las que tenía lejos, a las que conocía a través de un libro o a las que habitaban en el bosque. Finalmente, Alicia había encontrado la forma de ver salir el sol a diario, y hacer a su corazón crecer cada día.

Es curioso, si prestas atención, que Alicia consiguiera conquistar el horizonte gracias a la literatura, ¿no?

Gracias por todo.

La organización del RoJa, Primer Encuentro Literario “Romántica en Jaén”, convocante del Certamen Literario “Jaén RoJa”

A beneficio de la AECC Jaén.

La promesa de un guardián

Kayla Leiz

(Relato ganador I Certamen literario Jaén, RoJa 2017)

Abrió la puerta de la habitación y sonrió. Delante de él, en la cama, el cuerpo de Sophie parecía haber caído en las garras de Morfeo. Se fijó en la ventana. Ella no solía cerrarla, le gustaba despertarse con la luz del sol y observar, desde su lecho cómodo y calentito, el paisaje que le ofrecía la ciudad de Jaén, donde vivía desde hacía años. Pero en ese momento había echado la persiana como si quisiera aislarse del mundo.

Se acercó con lentitud recreándose en la figura de ella, en la postura que solía coger para dormir, en la forma que entrelazaba sus manos como si necesitara el contacto para sentirse tranquila y segura. Se fijó entonces en el rostro y endureció el suyo. Uno de sus dedos le acarició la mejilla haciendo desaparecer el rastro de las lágrimas.

Los ojos de Sophie se abrieron poco a poco.

—Hola —saludó él.

—Hola —correspondió ella con una sonrisa. Su voz albergaba la ilusión de haberlo encontrado allí.

Ninguno de los dos se movió del lugar, ambos contemplándose y, al mismo tiempo, hablando con los ojos. Tenían mucho que decirse.

Fue él quien se incorporó y, dando la vuelta a la cama, se tumbó. Sin que Sophie se moviera, el cuerpo de él se acopló al de ella, rodeándola con su brazo. Escuchó el suspiro salir de la boca de su amada y cerró los ojos pidiendo perdón mentalmente.

—¿Un día duro? —le preguntó.

—Sí, podría decirse que sí. He tenido un mal día en el trabajo y después en casa...

Supo el momento en que no iba a seguir hablando cuando notó que la tensión se apoderaba de ella.

—Tranquila. Todo mejorará.

Un bufido por respuesta hizo que riera. Siempre que veía poco probable algo, Sophie bufaba. Le encantaba ese gesto tan poco... femenino, y al mismo tiempo tan suyo. De su Sophie.

—¿Qué tal el tuyo? —se interesó ella.

—Parecido a los anteriores. Un trabajo tranquilo, sin mucho que hacer.

Sophie se dio la vuelta para quedar frente a él. Se mantuvo quieto mientras ella levantaba su brazo y acariciaba con la mano su mejilla, rascándose con la barba de tres días que llevaba. Pero sabía que no le importaba, al contrario, la excitaba.

Cerró los párpados cuando pasó los dedos por ellos y, al abrirlos, vio que las lágrimas volvían a anegar los ojos de Sophie y éstas se desbordaban por los lagrimales.

—Cariño, no llores —intentó calmarla. La abrazó con fuerza queriendo reconfortarla.

—Quiero rendirme —murmuró Sophie—. No aguanto más, no estoy hecha para esto.

Él rió para sus adentros. La apartó un poco y frunció el ceño, sus labios torcidos en una sonrisa traviesa.

—¿Que mi Sophie se rinde? ¿Que no puede con esto? —inquirió—. Vamos a ver, ¿quién eres tú y qué has hecho con Sophie?

Ella se echó a reír a pesar de seguir llorando.

La abrazó de nuevo y comenzó a darle besos en la coronilla. Pronto levantó la cabeza y las caricias recayeron sobre su frente, en cada ojo, en la punta de su nariz y, finalmente, donde ansiaba el contacto. Sus labios se mezclaron y cosquillearon en el momento en que sintió los de él. Todo su cuerpo temblaba y quería que fuera eterno, como ese beso de película que siempre ocurría en el cine.

Se separaron apenas unos instantes para volver a besarse, esta vez más predispuestos a subir de tono ese momento. Fue ella la que lo tentó con su lengua acariciándole los labios. Y él cayó ante sus encantos, ante su propio sabor. Inundó la boca de ella persiguiendo su lengua y la invitó a entrar en la de él como buen anfitrión.

Una de las manos de Sophie se posó sobre el rostro de él como si no quisiera que se apartara. Su respuesta fue acercarla más, dejarle sentir lo que su cercanía le provocaba, lo que hacía que su cuerpo estuviera falto de aire.

Se apartó de los labios pero raudo lo tuvo de nuevo presionando los suyos sobre otras partes del cuerpo; sobre su cuello, que alzó para tener mejor acceso, su clavícula, y los hombros. No quedó un centímetro sin ser besado y adorado como solo él sabía hacerlo. Y, al mismo tiempo, iba deshaciéndola de esa ropa que llevaba y que, conforme tiraba de ella, le daba acceso a más partes que ansiaba besar y conocer lo que la excitaban.

La respiración de Sophie se tornó en gemidos que emitía al son que enarcaba su cuerpo con cada contacto con él. Parecía que la quemaba cada vez que la besaba o la acariciaba con sus manos. Como él sabía hacerlo.

Retiró la ropa interior que cubría sus partes y se quedó contemplándola. Todo su cuerpo tenía un rubor único, un color anaranjado que expresaba el placer que sentía. Abrió las piernas y se fijó en esa hendidura, ahora más ancha, con los labios mayores dejando paso a ese clítoris hinchado que gritaba por un poco de atención.

Bajó su cuerpo hasta que la cabeza quedara a la altura entre las piernas de Sophie y rozó con los dedos las ingles haciendo que saltara. Volvió a hacerlo, con mayor suavidad, y fue consciente del cosquilleo que le producía a ella.

—Por favor —suplicó buscando sus manos.

No la hizo esperar, entrelazó ambas mientras, su boca, se abalanzaba hacia una zona muy sensible.

Sophie gritó al notar los labios cálidos de él sobre su sexo. Intentó moverse para escapar pero era imposible. Podía sentir cómo abría sus labios mayores con la lengua para llegar hasta el clítoris y seguir despertándolo, que saliera del capuchón y se confiara con sus atenciones antes de hacerlo explotar de placer. Y con él, a ella misma. Ya su cuerpo la apremiaba por una liberación, por deshacerse de esa tensión sexual que había en el ambiente y que iba acumulando conforme él le daba uno y otro lamido.

Fue ella la que se deshizo del agarre para afianzar la cabeza de él e indicarle que siguiera haciendo lo que hacía para alcanzar el clímax. Y no la defraudó. Intensificó los movimientos y se valió de varios de sus dedos para catapultarla hasta un placer intenso que hizo que chillara y se levantara de la cama, que arqueara la espalda antes de caer rendida tratando de recuperar todo el aire que ahora le exigían los pulmones.

No le importó en ese momento que él se moviera y posicionara sobre ella. No le molestó tener que abrir más sus piernas. No le incomodó aceptar en su canal esa otra parte de él que quería adueñarse de ella. Y no le supuso ningún trabajo dejarse amar por esa persona.

Se reanudaron los besos y los gemidos, las caricias y los suspiros, unidos todos a las palabras de amor que ambos se profesaban, que sendos amantes exhalaban desde el fondo de su corazón.

Los embistes fueron subiendo en intensidad igual que los besos y caricias, más rápidos y fogosos, más ardientes como sus cuerpos. Y, finalmente, los dos sucumbieron a ese éxtasis que habían creado juntos. Se liberaron el uno al otro y quedaron marcados.

—Te amaré siempre, Sophie... Pero debes seguir...

Sophie abrió de golpe los ojos. Su mirada encontraba la habitación,

ahora iluminada por el sol que intentaba entrar a través de las rendijas de la persiana. Giró la cabeza a izquierda y derecha en busca de esa persona que había estado con ella en la cama, el que la había consentido esa noche, quien la había hecho el amor con tanta dulzura.

Estalló en un grito desgarrador y se abrazó a sí misma recordando que lo que había vivido no podía ser verdad. Las lágrimas de nuevo llegaron y blasfemó contra ella misma por ser tan tonta como para creer que el sueño era la realidad. Allí solo estaba ella, únicamente ella desde que él faltara.

Tras varios minutos, se levantó de la cama y, como una máquina, se duchó, vistió y desayunó. La vida no le parecía tan hermosa desde que, meses atrás, recibiera la peor noticia de su vida. Esa que desgarrara su corazón y la separara de la persona que más amaba.

Escuchó ruido al otro lado de su apartamento pero, aunque era curiosa, decidió seguir dentro. No le apetecía salir o ir a trabajar a pesar de que pronto tendría a su entrenador en la puerta regañándole por no haber ido a la pista de patinaje. Solo quería volver al mundo onírico y que los sueños le devolvieran lo que era suyo.

Se sentó en el sofá y cogió una caja que tenía al lado, en la mesita de té. La abrió y ante ella aparecieron decenas de fotografías de una pareja, sonrientes los dos. Felices. Una efímera sonrisa apareció en el rostro. Cogió una y acarició el contorno de su amado.

Justo entonces, la imagen pareció cobrar vida pues, la sonrisa que se veía en ella, se acrecentó antes de que la fotografía escapara de sus manos.

—¿Qué? —Sophie se levantó del sofá para recogerla cuando, casi a punto de tocarla, volvió a volar alejándose—. Pero ¿qué pasa? —Observó por si había alguna ventana abierta que pudiera ser la causante de que se moviera pero no le dio mucho tiempo a cerciorarse pues la foto se coló por debajo de la puerta—. ¡Hey!

Corrió hacia la salida y abrió de golpe en el momento en que un hombre estaba agachado recogiendo lo que había escapado del apartamento. Se irguió ante ella quien lo observó en silencio, expectante. Cuando los ojos de ambos conectaron sintió un pequeño tirón en su corazón; había visto esa mirada en otra persona.

—Hola —saludó el desconocido—, ¿es tuya?

—Sí... —respondió casi en un susurro. Agarró la foto que le tendía y se fijó en el rostro que había en ella. Le guiñaba un ojo y sonreía.

—Mi nombre es Marc. Soy tu nuevo vecino —se presentó él.

—Soy Sophie —correspondió ella.

Se dieron la mano como buenos amigos pero, oculto de sus miradas, el hombre que velaba por ella lo veía todo y haría lo imposible porque esa unión fuera mucho más allá. Porque quería que Sophie fuera feliz.

Un destino inesperado

Juana María Andrades Navarro

—Está decidido, iré a verte.

—¿Pero estás loca, mamá?

—No hay más que hablar, hijo. Voy a la agencia de viajes a comprar los billetes. Mañana mismo salgo para Egipto a verte.

La mujer colgó el auricular y antes de que se le quitase ese subidón de adrenalina, nada común en ella, se decidió a ir a la agencia de viajes sin más demora. No le importaba que su hijo pensase que estaba loca. Loca estaría si no fuese a verlo, al fin del mundo o a las puertas del averno.

Ni ella misma podía creérselo. Un ama de casa, viuda, la mar de tranquila que había nacido en Jaén y no se atrevía a ir ni a los viajes del Inverso por miedo a la carretera, a las inclemencias del tiempo, a lo desconocido. Se había empeñado en unos pocos minutos en una cruzada que le daba miedo, y que a la vez le hacía sentirse valiente, viva. Mejor verlo desde ese punto de vista, porque se conocía muy bien y quizás decidiera

volver atrás, y ya se sabe... atrás, ni para coger impulso.

Toda la vida había sido una mujer tranquila, estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta, ya iba siendo hora de que viviera su vida. Primero siguió a su marido, un hombre bueno pero muy de sus costumbres, y estas eran tranquilas y familiares. Comer en casa de sus padres los domingos, salir el sábado a hacer la compra de la semana e ir de tapas, ver el partido por la noche. Luego se quedó sola y no paró de trabajar hasta que su hijo se hizo un hombre.

Nunca había soñado, no sabía qué quería hacer con su vida y ya iba siendo hora porque le quedaban unos cuantos años. Dios sabría cuantos, y necesitaba amortizarlos. Sabía que no se iba a llevar nada de este mundo, ni ella ni nadie.

También sabía que su reloj estaba adecuado a su vida, solo a la de ella, no porque su vecina hubiese tenido tres hijos ella debía tener tres también, de hecho, solo tuvo uno. Solo porque su prima fue de viaje a Estambul ella no debía ir también, solo porque su amiga conducía un Porsche, ella... ella no podía comprárselo, seamos realistas... se dijo a sí misma.

La idea del viaje había surgido de la nada en su cabeza, tenía ganas de ver a su hijo y le daba igual donde estuviese.

De camino a la agencia estuvo unas pocas veces tentada a volverse, primero pensó que había demasiados kilómetros y que nunca había viajado en avión, luego que tendría que hacer trasbordo en Turquía y no sabía ni una palabra. ¿Cómo pediría ni siquiera un poco de agua? ¿O un poco de pan?, se vio como en aquellas películas malas de la tele, agarrada a las piernas de un señor con chilaba, suplicando por un vaso de agua y un bocadillo, y sin que nadie la entendiera.

Tonterías, pensó. Eso son miedos infundados, hoy en día tenemos internet, San Google, el traductor del móvil y lo que haga falta.

Así que en un alarde de valentía entre un voy o no voy, un quiero pero no puedo, y un soy una *cobardica* y debería ser una mujer valiente, que para eso tengo ya una edad, llegó a la agencia. Le pidió a una muchacha, muy simpática y jovencita, que la atendió su billete para Egipto a ser posible para el primer vuelo que saliera.

La muchacha se sorprendió al saber que iba sola y hacía tiempo que no viajaba. Encontró un vuelo que salía desde Málaga a las dos de la tarde, lo que quería decir que por la mañana se encontraría en Egipto.

—Qué valiente es usted, señora. Me gustaría que mi madre fuese como usted —le dijo al entregarle el billete.

De camino a casa, mientras conducía, iba pensando en el día que su hijo le contó las razones que le habían llevado a aceptar un trabajo en el que podría perfectamente conocer medio mundo. El chico estaba en paro y encontró a un amigo al que hacía tiempo que no veía. Éste, al enterarse de que era parado de larga duración, lo animó a echar un currículum en su empresa.

—El sueldo es bueno, te pagan bien las horas extras y las dietas, el alojamiento y el desplazamiento corren a cargo de la empresa —le dijo—. Para mí lo mejor de todo es que verás lugares que quizás de otra manera no visitarías.

—Hombre, mirándolo así, me lo voy a pensar.

Y en realidad no se lo pensó, porque ya llevaba tres años dando vueltas por el mundo, primero fue Tanzania, tras ella vino Irak, luego Grecia, después Togo y ahora Egipto. Verdaderamente, su amigo tenía razón. Voluntariamente quizás no habría ido a ninguno de esos lugares. La vida da vueltas y nunca sabemos dónde estaremos mañana.

Al llegar a casa, lo primero que hizo Katy fue ir al trastero a por su maleta, la encontró en un rincón envuelta en bolsas. Hacía mucho que no viajaba y le trajo muchos recuerdos ver las pegatinas y etiquetas que aún estaban pegadas en ella. Su último viaje fue a Florencia, Carlos aún vivía y una conocida melancolía se apoderó de ella por unos instantes.

—Cariño —se habló a sí misma y también a él, por si podía escucharla—. Te echo mucho de menos, los días se me hacen eternos sin ti y ahora que el niño está fuera lo llevo peor. No sé qué pensarás, pero he decidido ir a visitarlo, te reirías de mí si pudieras y me dirías que no sabes ni siquiera como me he planteado este viaje, si en realidad soy una *cagona*.

Ella misma se rio de su ocurrencia, y se dijo que era una vieja chocha por pensar esas tonterías.

Tirando de la maleta, la llevó hasta su dormitorio, le pasó un paño y la colocó sobre la cama. Abrió el armario y pensó qué podría llevarse de ropa.

—Esto va a ser rápido, sólo voy de turista y no voy a ir de fiestas, llevaré ropa cómoda y más bien poca, no me apetece para nada ir tirando de un maletón por varios aeropuertos.

El día se le pasó muy deprisa con todos los preparativos, había tenido que salir de compras para llevarle a su niño paquetes de jamón, lomo y salchichón ibérico al vacío, porque sabía que allí no iba a encontrar nada de eso.

Mientras cenaba, marcó el número de su hijo y estuvo un rato hablando con él por video llamada. Se despidieron, y el muchacho le dijo que cuando llegara al aeropuerto el chofer de la empresa estaría esperándola, que estuviese atenta.

Se acostó pensando en un millón de cosas, una de ellas era la posibilidad de que se hubiera vuelto loca de repente, pero en segundos, la descartó. Quizás estaba en el momento de su vida en que más cordura tenía.

A la mañana siguiente, cerró la puerta de su casa, cogió su coche, se dirigió al aeropuerto que estaba a una hora y media de camino de su casa, y no miró para atrás.

Llegó en el horario previsto, siempre había sido muy puntual y no quería perder las buenas costumbres. Una vez dentro del aeropuerto se sentó a tomar un café y observó a su alrededor.

Se preguntaba cómo se haría entender en otro idioma, pero por ahora olvidó ese pensamiento. En España, era fácil, le resultó incluso agradable poder escuchar a los demás hablando y oír palabras sueltas de sus conversaciones.

Anunciaron la salida de su vuelo por megafonía y, decidida, fue hacia la zona de embarque.

Durante el vuelo se quedó dormida, no era su primera vez y estaba deseando llegar a su destino, así que se relajó todo lo que pudo diciéndose mil veces que todo estaría bien.

Tardaron unas cuatro horas en llegar a Turquía, y el cambio de una

cultura a otra era abismal. No importaba que el aeropuerto fuese una ventana al mundo, durante el tiempo que estuvo esperando el siguiente vuelo pudo ver la diversidad que existe en nuestro mundo. Encontró a personas dormidas en dos o tres asientos a la espera de su vuelo, algunos echados sobre una manta en el suelo. Eso era de esperar porque la impaciencia y el aburrimiento son universales y cada uno los combate como puede, pero lo que más le fascinó fue ver el gran colorido de los distintos ropajes de la gente que pasaba por aquí y por allá.

Los hombres y mujeres de negocios iban en traje, pero en aquel lugar había una peculiaridad, algunos hombres llevaban turbantes de colores muy vivos, otros iban vestidos de blanco, las mujeres llevaban vestidos largos y pañuelos en la cabeza, muy pocas llevaban la cara tapada totalmente.

De madrugada salió el vuelo con destino a Egipto, ya apenas le quedaban unas horas para llegar y se sintió feliz y tranquila.

Tal y como le había dicho su hijo, un hombre de mediana edad, con camisa blanca y un cartel en la mano con su nombre, la esperaba. Se trataba de Khaled, el chofer de la empresa. Se dieron la mano y se miraron un instante a los ojos casi como si pudieran reconocerse. Fue una mirada intensa que les hizo sonreír a los dos, en un gesto universal de cordialidad. Él hablaba un español bastante aceptable, después de tantos años llevando a los trabajadores de un lado para otro y ella se sintió aliviada de poder hablar por fin con alguien.

Desde el coche pudo ver que estaba en otro mundo, el trazado de las avenidas, la poca gente que andaba por la calle a esa hora, las luces, todo era diferente a España.

Cuando llegó al apartamento no quiso mirar nada, se acostó a esperar que su hijo volviera. Ya habría tiempo de ordenar, limpiar y supervisar.

Durmió unas tres horas, se despertó porque el calor era insoportable y las ventanas no tenían persianas, dejando entrar un sol rabioso a la habitación. Se levantó para buscar algo fresco en la nevera. Primero bebió agua, luego encontró cervezas y se tomó una directamente de la lata, le agradó volver a sentir el amargor de la bebida por la garganta, hacía mucho tiempo que no tomaba nada de alcohol, aunque sabía que aquel país no era el idóneo para consumirlo. Era el momento de ordenar un poco aquel

apartamento de solteros.

Sobre las seis llegó su hijo, se dieron un abrazo enorme como hacían cuando él era pequeño, solo que ahora era ella la que casi estaba en volandas. Su hijo era más alto que ella, y más fuerte también.

—¡Ya llegó mi loca favorita! —le gritaba, dándole un montón de besos sin importarle nada que sus dos compañeros se estuviesen riendo al verlo tan mimoso con su madre.

—Mamá, te presento a mis compañeros de piso, Lucas y Mario.

Mientras los trabajadores la saludaban, David echó un vistazo a su alrededor y le dijo, aparentemente muy afectado por lo que veía:

—Ya veo que te has dedicado a arreglar el desorden que tanto esfuerzo y trabajo nos había costado. No te puedes estar quieta.

—Y no solo eso, también he estado preparando algo de picoteo.

Todos aplaudieron cuando ella descubrió los platos con surtido ibérico y una enorme tortilla de patatas que tenía escondida en la cocina. Uno de los compañeros se atrevió a bromear de la alegría.

—David, no nos habías dicho que tu madre vendría tan guapa y tan bien adornada.

Rieron y juntos compartieron las viandas que habían llegado desde España. Tenían muchas preguntas que hacerse, llevaban allí tres meses sin ver a la familia.

Tras una agradable velada, los compañeros se retiraron a descansar, momento que Katy y su hijo aprovecharon para conversar y ponerse al día de sus cosas.

Los dos escucharon con tranquilidad al otro, compartieron sus intimidades como siempre habían hecho y se fueron a descansar también. La jornada laboral empezaba temprano, a las cinco y media sonaba el despertador y les quedaba casi una hora en un camino abarrotado de tráfico, conductores locos, y casi sin ninguna norma de tráfico. Un caos que había que afrontar cada día a la ida y venida del trabajo y había terminado por volverse agotador para ellos, acostumbrados a otras maneras de conducción.

—Mamá, he pensado que te puede llevar de paseo Khaled. A veces

tiene bastante tiempo libre y no creo que haya ningún problema. Hablaré con él mañana por si es posible.

—Está bien, hijo. Me pareció un hombre tranquilo.

—Ten cuidado, que es viudo —bromeó el muchacho.

Se dieron las buenas noches y cada uno se fue a su habitación.

Quizás influida por las últimas palabras de su hijo, esa noche Katy soñó con el chofer, y a pesar de que le pareció un hombre atractivo cuando lo vio, no le dio mayor importancia a este hecho. En su sueño caminaban de la mano hacia las pirámides, la inmensidad del desierto los envolvía y las piedras lucían como una mole imponente que les hacía ver lo insignificantes que eran, otra mota más de arena en el universo, nada.

Cuando despertó recordó el sueño y los ojos del hombre clavados en los suyos. Sacudió la cabeza para terminar de despertarse y decidió no darle mucha importancia. Aún estás dormida Catalina, se dijo.

Su hijo y sus compañeros ya se habían ido al trabajo, ella ventiló la casa y se asomó al balcón para ver el complejo de apartamentos donde estaban. Su planta era la numero doce, abajo se veía la piscina, las hamacas y el jardín donde jugaban los chiquillos.

Se estaba tomando un café cuando sonó el timbre, al mirar por la mirilla descubrió unos ojos oscuros que miraban hacia ella. Era Khaled, y supuso que su hijo y él habrían estado hablando.

—Buenos días, Khaled.

—Buenos días, señora —respondió el chofer, haciendo una breve reverencia.

El hombre le explicó que estaba libre hasta las cinco de la tarde, y se encontraba a su servicio para enseñarle la ciudad.

Sin saber cómo, Katy se encontró mirando fijamente sus ojos y por un instante los dos quedaron sumidos en una especie de hechizo del que ninguno de los dos sabía desprenderse. Por fin, ella parpadeó y le dijo al hombre que la esperara abajo, que enseguida estaría lista. Khaled asintió y se fue hacia su coche.

«¿Qué ha pasado ahí fuera? Tengo la misma sensación que en el

sueño, al mirarle a los ojos, he sentido que lo conocía de toda la vida. Es la primera vez en mi vida que tengo esa sensación». No quiso darle muchas vueltas al asunto, pero pensó que debería ser más precavida la próxima vez, no quería pasar por una descarada. «De verdad, que ha sido una sensación muy rara», siguió pensando, mientras se terminaba de arreglar.

Cuando bajó encontró al chofer fumando, apoyado en su coche y se había puesto gafas de sol. Sonrió por dentro, «él también se ha sentido incómodo, así que, yo también me pondré mis gafas y asunto zanjado».

El chofer le enseñó unos folletos y le explicó que iban a ver la biblioteca de Alejandría, además de enseñarle varias mezquitas y algunos edificios oficiales de la ciudad. Ella encantada se dejó llevar y se olvidó de todos sus recelos, si su hijo le había pedido a ese hombre en concreto que la pasease, sería porque confiaba en él. Así que ella debía sentirse segura y en buena compañía.

A la vez que circulaban, él le explicaba lo que según su criterio era algo digno de ver. Aunque pasaba por alto algunas cosas del paisaje que ella consideraba bellas y exóticas como los parques o las fachadas de las casas, pensó que quizás él no lo veía así debido a la rutina y a que había pasado mil veces por los mismos lugares.

Pararon en una terraza cerca de la playa, y se pidieron un zumo de frutas naturales. Se sentaron bajo una sombrilla en unos bancos con cojines que invitaban a echar una siesta.

Ella se quitó las gafas por primera vez desde que salieron, él la miró y tras unos segundos decidió hacer lo mismo.

Volvió a pasar lo mismo que antes, se volvieron a perder las miradas.

—Anoche tuve un sueño con las pirámides —dijo él.

—Yo también —se apresuró a decir ella.

Todo estaba dicho, ninguno de los dos supo si era casualidad o el destino lo que les estaba sucediendo, lo único que hicieron fue volverse a mirar a los ojos y sonreír.

—Quiero enseñarte la biblioteca, para mi es nuestro tesoro máspreciado porque en ella está el alma y la sabiduría de la humanidad. No

podrían pagarse ni con todo el oro del mundo, esos pergaminos y libros antiguos que pertenecen a un tesoro incalculable, que mi pueblo está encargado de cuidar desde los albores de los tiempos.

Katy no podía ni articular palabra, no podía dejar de mirarlo, sus ojos y su manera de hablar pausada, la dejaban desarmada.

Para no parecer una tonta siguió bebiendo su zumo tranquilamente y le pidió que le contase cosas de su pueblo, pues lo conocía muy poco y siempre le había parecido una cultura muy interesante.

Resultó ser un gran narrador de historias, y para cuando llegaron a la biblioteca, Katy casi se sabía varias dinastías de faraones y sus intrigas de palacio. El chofer le confesó que siempre se había sentido atraído por la historia de su país y había leído todo lo que caía en sus manos. En especial le atraían las historias de los faraones.

No se hubiera perdonado marcharse de Egipto sin ver la biblioteca de Alejandría, era una construcción hermosa e inmensa. Grandes estanterías con libros distribuidas en hileras y separadas por pasillos se hallaban en el centro de la planta baja, mientras que en la siguiente planta, como si de una grada se tratara, iban subiendo escalonadas otras cuatro filas alrededor de la central.

Sobre una piedra de mármol cuadrada de casi un metro de alto, había expuesta una imprenta muy rudimentaria que bien podría haberse tratado de la primera que se había llegado a conocer.

En toda la biblioteca había largos pasillos acondicionados con mesas, sillas y flexos en los que se podían leer y consultar libros que vistos desde arriba daban la sensación de acogedores a pesar de lo grandioso, porque las paredes y el suelo estaban revestidos de madera. Y como era de esperar de cualquier pueblo que quiera seguir creciendo y abriéndose paso al futuro, también había ordenadores a disposición de los usuarios, ya se sabe, las nuevas tecnologías llegan a todas partes del mundo. Para rematar el conjunto, unos enormes pilares remataban el enorme salón, albergando también una gran sala de conferencia entre ellos.

Katy no podía hablar de lo entusiasmada que estaba, sonreía sola y miraba a un lado y a otro, observada por el silencioso y observador chofer.

Al salir, él la cogió de la mano y le dijo que la llevaría a comer a un

sitio especial para que pudiese probar la verdadera comida egipcia.

Ella se dejó llevar, aún estaba sin palabras ante la inmensidad de la biblioteca. Se había sentido pequeña y llena de gozo por saber que en ese lugar la cultura de la humanidad seguía viva. Se subieron en el coche y ninguno de los dos volvió a ponerse las gafas en todo el trayecto, el retrovisor les devolvía las miradas y los dos fueron callados durante todo el camino, alimentándose de lo que iban descubriendo mediante el brillo de sus ojos.

Al siguiente día, Khaled fue a buscarla de nuevo a la misma hora, ella ya estaba preparada y esta vez pasearon por las calles de la ciudad, como dos turistas más. Se sentaron en un parque y hablaron cada uno de sus miedos y soledades. Los dos estaban solos, sus hijos eran mayores y hacía tiempo que no compartían sus pensamientos con nadie.

Pasaron una velada muy agradable, pasearon, rieron y a ratos, juntaron sus manos en fugaces intentos de acercamiento. Un quiero y no puedo que los dos intentaban refrenar pero ya se sabe que cuando el caballo del amor se encabrita y galopa, no hay quien lo pare. Si ve que puede seguir adelante seguirá pese a todo.

Se despidieron sin apartar los ojos uno del otro. Y diciendo muchas cosas que con las palabras, aún no habían sabido pronunciar. Una voz más antigua que el mundo hablaba por ellos a través de sus corazones. La voz de la vida, la voz del amor universal.

Quedaron en verse el día siguiente y él la invitó a su casa, quería que conociera donde vivía, estaba solo porque su hija estaba estudiando la carrera de medicina en América.

—Me gustaría que visitaras mi hogar —le dijo sin dejar de mirarla a los ojos—. Allí está mi mundo y todo lo que soy.

Ella se dejó llevar, estaba tranquila y se sentía serena en un mundo que no era el suyo, pero que no le resultaba nada extraño. Por primera vez en mucho tiempo sentía algo especial en su corazón y no pensaba hacer nada por disipar ese sentimiento.

Su hijo la notó extraña cuando llegó.

—¿Mamá qué te pasa? ¿Te estás aburriendo? ¿Te noto un poco seria?

—No hijo, no es nada, estoy un poco cansada. Ya no soy una chiquilla y Khaled me ha llevado por medio Egipto hoy —le dijo sonriendo.

—Eso es verdad, le encanta andar por las callejuelas. El viernes es nuestro día de descanso y nos iremos a ver las pirámides. Así que ve cogiendo fuerzas.

Después de preparar la cena se sentó a leer un rato, pero algo no la dejaba concentrarse en la lectura, mirara donde mirara, veía aquellos ojos oscuros. No podía apartar al chofer de su pensamiento.

—Ahí os dejo, voy a descansar que hoy no me encuentro muy bien. Me estoy haciendo vieja. Hasta mañana.

En la soledad de su habitación, se preguntó qué le estaba pasando, cómo podía ser que estuviera enamorándose de alguien que apenas conocía. Llevaban tres días viéndose y le parecía conocer a ese hombre desde siempre, sentía una afinidad tremenda con él a pesar de lo diferentes que eran sus culturas.

Ni podía ni quería pensar en otra cosa, se estaba sintiendo mujer de nuevo y no lo había buscado. De la manera más simple, con solo una mirada había hallado un sentimiento que estaba aletargado en su ser, una luz nueva en su vida.

Esa noche sí soñó con él sin miedo, y no era el típico sueño erótico que tenía su amiga María cuando le decía: *Niña, he soñado con alguien a quien no le he visto la cara, pero me lo he pasado de maravilla*. No, no era ese tipo de sueño, ella sabía muy bien quién era ese hombre, sintió sus abrazos y su piel. Estaba entregada sin remedio, sin oponer resistencia y él lo sabía y sabía también cómo complacerla con besos, caricias y palabras olvidadas que la transportaban a un mundo donde reinaban los faraones y había un halo sobrenatural en todo.

Las vívidas imágenes que le ofreció la noche, la hicieron levantarse de buen humor, relajada e intrigada sobre cómo sería la casa de Khaled, donde viviría y dónde dormiría. En ese preciso instante, deseó saber todo de él. No era una mojigata, sabía lo que era yacer con un hombre, y se preguntaba por qué precisamente ahora, después de varios años sola, se despertaba el deseo de nuevo en ella. Ese deseo que creía dormido y que no le había interesado nunca despertar.

Llamaron al timbre y supo que era él. Le abrió la puerta con una gran sonrisa.

—¿Vamos?

—Sí, cojo el bolso y nos vamos.

Bajaron uno al lado del otro sin decir palabra, a veces se miraban y parecía que ni el uno ni la otra querían romper el silencio.

Una vez en el coche, salieron hacia las afueras.

—Quiero que conozcas un sitio muy especial para mí.

Se fueron acercando cada vez más a la costa y cogieron un camino pedregoso. Él le tendió la mano y anduvieron por unas pequeñas dunas de arena, que los llevó hasta el borde de un acantilado.

—Aquí es donde vengo a pensar cuando me siento solo. Miro el mar y mi mente va y viene con él. A veces las olas son muy fuertes y rompen contra las rocas, esa furia enorme de la naturaleza hace, que poco a poco, la rabia de mi interior se desvanezca y mi alma se tranquilice. Aquí siento que formo parte del mundo.

Ella escuchaba atentamente sus palabras sin dejar de mirar sus ojos cuando se perdían a lo lejos, en el horizonte. Sin dejar de mirar sus labios que le hablaban de los anhelos de su corazón.

Khaled miró a Katy y sintió su energía, la mirada de sus ojos que habían decidido firmemente perderse en los de él. El movimiento sutil de su cabello que la suave brisa mecía, sus labios entreabiertos y maquillados con una suave capa de pintalabios rosado, que los hacían parecer tan apetecibles como una fruta madura. Toda ella lo clamaba sin palabras, depositaba toda su atención en él y todos sus sentidos estaban llamándolo.

Los dos quedaron frente a frente, se acercaron despacio, sin dejar de mirarse a los ojos, tanto que por unos instantes podían sentir el aliento del otro y se fundieron en un abrazo. Él pudo oler su pelo, que había quedado impregnado por su perfume femenino, ella pudo sentir la suavidad de su rostro recién afeitado. Como si pudieran reconocerse por el olor los dos aspiraban su esencia hasta que ya no pudieron más y unieron sus bocas paladeando el sabor del otro con la premura que da el deseo.

Sabiendo que aquel lugar no era el adecuado para dar rienda suelta a sus sentimientos, sin mediar palabra se cogieron las manos y fueron hacia el coche.

Él condujo hasta su casa y ella iba sentada detrás, sin dejar de mirarlo. Entró en una calle sin asfaltar y paró ante la puerta de una casa con un pequeño patio delantero, donde había un par de sillas y una mesa de madera, y los dos entraron al interior de la vivienda.

Khaled cerró la puerta tras ellos y allí ya no hubo que esconderse de nadie. Allí se abrazaron los dos, fundiéndose el uno en el otro se miraron y manifestaron su deseo, por primera vez desde que se conocían. Sus manos empezaron a buscar la piel del otro bajo la ropa y a encontrar lugares secretos donde ninguna mano se había posado desde hacía mucho tiempo.

Se fueron a la habitación y se echaron sobre una gran cama vestida con sábanas blancas. Se desnudaron cubriéndose de besos todo el cuerpo, y a pesar de que los dos estaban preparados, sin mediar palabras sabían que todo debía suceder poco a poco, disfrutando cada sensación, cada caricia. Sintiendo que las manos del otro eran como una brújula que señalaban el camino a seguir y no podían parar de descubrir lugares suaves y secretos.

Sentían como sus cuerpos encajaban perfectamente, daba igual quién llevara la iniciativa. Lo que sentían los llevaba una y otra vez a un lugar lleno de gozo, nunca hubiesen pensado que a esa edad disfrutarían más que en la juventud. Sabían perfectamente qué podían esperar de sus cuerpos y lo tomaban, los besos eran interminables, las manos no paraban de acariciar ni un instante.

Sin saber cómo, en esa tremenda lucha de deseo, Katy se encontró subida a horcajadas sobre su amante, llevando las riendas, subiendo y bajando las caderas sin ningún pudor.

Exhausta y sudorosa, echó hacia atrás la cabeza dejando que su melena ondulase ante su cara. Él la miraba cada vez más extasiado, agarraba sus pechos con fuerza y subía a morderlos. Ella sonriéndole, no lo dejaba y seguía con su vaivén hasta que los dos llegaron a un lugar en el que se perdían los sentidos y se nublaban las miradas.

Con él aún dentro de ella, Katy se echó hacia delante y descansó en su pecho. Los dos se miraron sonriendo, complacidos y la pasión volvió a dejar

paso a la ternura que había nacido entre ellos.

Se quedaron un buen rato entre las sábanas, hablando de sus cosas. De sus ilusiones y anhelos, algo de lo que ninguno de los dos solía hablar con nadie.

Khaled la llevó de nuevo al piso porque tenía que recoger a los trabajadores y subió con ella para poder besarla una última vez, no quería hacerlo en la calle.

—Lo que sentimos es demasiado valioso para que nadie lo ensucie con habladurías.

Ella lo entendió, sabía que sus mundos eran distintos, a las mujeres no se las dejaba hacer las cosas tan libremente como ella estaba acostumbrada a hacerlas en su país, por lo que estaba de acuerdo en ser discreta. Solo estaba de paso y por poco tiempo, para qué incomodar a nadie.

Los dos sabían lo que sentían y no había engaño.

Al quedarse sola de nuevo, sintió que necesitaba pensar, estaban sucediéndole demasiadas cosas en muy poco tiempo y no se sentía preparada. Por otro lado, algo en su interior le decía que estaba en un lugar y momento adecuado de su vida. Que podía seguir adelante y vivir recordando algo hermoso o arrepentirse después por lo que no había sido capaz de hacer.

Durante varios días siguieron viéndose a escondidas y amándose como dos adolescentes que necesitaban la presencia y el cuerpo del otro más que nada en el mundo. Pero en uno de esos encuentros, ella se puso muy triste porque sabía que se iría de allí y probablemente no volvería más.

—Esto no funcionará, Khaled, la vida seguirá y no estaremos juntos. No voy a poder soportar echarte tanto de menos.

Él la abrazó e intentó consolarla, aunque sabía que ella tenía razón. Se separarían el uno del otro y vivirían sus monótonas vidas sabiendo que en algún lugar del mundo, estaba su otra mitad.

—Sólo puedo decirte que eres la mujer que he estado esperando toda mi vida, ni siquiera pensé que existías. Las otras mujeres que he conocido no son como tú y después de tí, sé que nada será igual.

Durante una semana Khaled llamaba a Katy para recogerla. Cada día

iba al apartamento y pulsaba el timbre. Esperaba que ella abriese y viendo que no le hacía caso, se quedaba abajo un buen rato esperándola en el coche.

El séptimo día, cuando ya estaba cansado de esperar y dispuesto a irse, se sentó en el coche y la vio aparecer por el espejo retrovisor.

—Tenemos que hablar —le dijo ella, montándose en la parte trasera del coche. Llevaba las gafas de sol puestas.

Los dos iban callados por el camino y él decidió ir hasta su casa, simplemente porque allí podrían hablar al abrigo de miradas indiscretas.

Cuando entraron, cerró la puerta tras ellos y la miró a los ojos como hacía siempre.

—¿Qué te ha pasado estos días? Me tenías preocupado. ¿No pensaste que me dolía no saber nada de ti?

—Lo siento. No podía dejar de pensar en ti y me dolía el alma al pensar que debo irme.

—¿No pensaste ni por un instante que yo estaría igual que tú?

En ese momento, los dos se quitaron la máscara de la ira, las dudas y el resentimiento y volvieron a saber que debían estar juntos.

—Soy una tonta, he desperdiciado el poco tiempo que tenemos. Estos días solo han servido para tener más claro que mi lugar está contigo.

Al oír estas palabras de sus labios, él no pudo disimular más y la atrajo hacia su pecho abrazándola con fuerza y sabiendo que no quería que se apartase de su lado jamás.

Entonces comprendieron que todo lo que habían vivido esos días formaría parte de sus vidas para siempre y, decidieran lo que decidieran, habían dejado una huella indeleble en el corazón del otro.

Ese día se amaron como si no existiera el tiempo, como si sus cuerpos se pudiesen fundir en el del otro para siempre. Sin pedir permiso. Porque así estaba destinado a suceder.

EM, una perspectiva diferente

Isabel Almagro Morillas

Eliot, un joven de veintinueve años, permaneció sentado en un banco del parque durante horas, con la mirada perdida en la niña que se mecía despreocupada en el columpio. Notó que su teléfono vibraba en el bolsillo del pantalón y lo extrajo con premura.

—Si mamá, todo bien, salió negativo. Nos vemos al rato—dijo intentando disimular.

Eliot continuó sentado en el mismo banco, distraído, hasta que se percató de que había alguien frente a él, observándole. Era una chica, estaba llorando y, en ese instante, ambos se miraron fijamente. Eliot se dirigió hacia ella con actitud animosa y le tendió un pañuelo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

La chica se levantó y corrió hasta desaparecer del parque. Él quedó perplejo ante la reacción de la joven, aunque no le dio demasiada importancia y abandonó el parque al cabo de unos minutos.

Eliot paseaba por la playa, cabizbajo, pero se sorprendió al divisar a la chica del parque de rodillas junto a la orilla. Él se acercó y pudo distinguir como enterraba su alianza en la arena, a la vez que extraía un bote de pastillas del bolso.

—¡No lo hagas! —le increpó asustado.

—Tengo que hacerlo, ya no tengo fuerzas —añadió ella.

Sara era una joven de veintiocho años, estaba casada, pero su vida giraba en torno a los malos tratos que le propinaba su marido. Al mirarla, Eliot se percató de que tenía un moratón en su ojo izquierdo.

—No creo que sea la mejor forma... — prosiguió él.

—Ni siquiera me conoces, sigue tu camino.

—Yo tampoco tuve un buen día hoy, ¿damos un paseo? —le dijo, intentando suavizar la situación.

Sara se levantó sin mucho ánimo y paseó con Eliot.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó él.

—Es complicado —contestó ella mientras secaba sus lágrimas.

—¿Es por tu matrimonio?

Sara le miró desconcertada por la pregunta.

—Se ha convertido en una tortura, no me deja otra elección.

—Siempre hay elección... aunque en mi caso, no lo creo —señaló él.

Sara se detuvo y lo miró con incredulidad. Después de un largo silencio, él se acercó y la miró a los ojos.

—Hoy me dieron los resultados de unas pruebas, tengo esclerosis múltiple.

Sara le sostuvo la mano y lo indujo a caminar de nuevo hasta alejarse de la playa sin decir nada más.

Días después, el Doctor Costa, estaba leyendo en su consulta el expediente de Eliot.

—Bien, Eliot, quiero decirte que podemos combatirla; existen terapias que consiguen retardar el avance de la enfermedad.

—Tengo entendido que no hay un tratamiento definitivo hasta el momento.

—Lamentablemente, así es, pero hay medicamentos que frenan los síntomas.

Eliot juntó sus manos y las apretó.

—Supongo que no podré hacer una vida normal...

—No podemos vaticinar tu pronóstico a largo plazo, pero tendrás que

modificar algunos hábitos y tener una serie de terapias de apoyo —explicó el Doctor.

Después de la consulta, se despidieron estrechándose las manos y Eliot se marchó. Caminó hacia el pasillo de salida y tropezó con Sara.

—¡Sara! —exclamó Eliot.

—¡Otra vez, tú!—secundó ella. Ambos sonrieron por el inesperado encuentro.

—Tenía consulta para...ya sabes —dijo él.

—¿Te pusieron un tratamiento?

—Un engaño más bien —admitió desilusionado.

—No entiendo.

—Tengo una enfermedad incurable, Sara, el tratamiento solo hará efecto un tiempo.

Sara se apoyó en la pared e hizo una mueca de dolor.

—¿Estás bien?—le preguntó inquieto.

—No es nada comparado con lo tuyo —aseguró ella. Eliot le tomó el brazo, la giró y levantó su camiseta.

—¡Por Dios, Sara!

Eliot acarició las heridas de su espalda, resultado de una paliza.

—No le gustó el desayuno.

Eliot bajó su camiseta, la giró y la abrazó fuertemente.

—¡Maldito animal! —susurraba mientras la abrazaba.

—Venía a curarme.

—¿Quieres que te acompañe?

Sara se giró y le indicó que la esperase. Él paseó intranquilo en el pasillo colindante, mirando el reloj que había colgado en la pared de arriba. Tras media hora, se abrió la puerta y apareció Sara.

—¿Bien?—preguntó abalanzándose sobre ella.

—Duele, pero sí, bien.

—Salgamos de aquí —concluyó él.

Sentados en un banco, observaban a sus pies la ciudad de Jaén. Hacía un día ventoso y el cabello rubio de Sara lucía despeinado, él la miraba y sonreía.

—Creo que deberías desahogarte —dijo ella, rompiendo el silencio.

—Intento no pensar, mi familia no lo sabe, no he encontrado el momento —le confesó.

—No puedes dejarlos al margen, es una carga muy pesada.

Él se levantó ofuscado y paseó enfurecido, dando patadas a las piedras.

—Hay mucha gente en tu misma situación; existen organizaciones y grupos de apoyo. Deberías empezar a afrontarlo.

—¿Me lo dices tú?, ¿no eres capaz de separarte del hombre que te maltrata!

Eliot volvió a sentarse junto a Sara.

—Lo dejé esta mañana, no me volverá a tocar.

—Me alegra saberlo—admitió sonriendo.

Tres meses después...

Eliot se estaba dando una ducha y se le escapó el jabón de las manos.

—¡Mierda!—se dijo a sí mismo.

Intentó cogerlo, pero sus manos empezaron a temblar y se volvió a caer.

—¡Maldita mi suerte! —gritó enfadado.

Salió tembloroso de la ducha, tomó una toalla y se miró en el espejo; acarició su cara y vio la silueta algo borrosa.

—¡Mamá, mamá!

La puerta se abrió y Gloria entró rápidamente.

—¿Qué ocurre, hijo?

Eliot comenzó a llorar y se abrazó a ella.

—Ya ha empezado...

—¿Vamos al hospital?

—No, hay otro lugar al que me gustaría ir —afirmó él.

—¿A la terapia?

Eliot asintió con la cabeza.

—¿Estás preparado? No quiero volver a quedarme en la puerta de la entrada.

—Hoy cruzaremos esa puerta —respondió más animado.

—Vístete enseguida, te estaré esperando —ordenó Gloria.

Eliot y su madre llegaron a la puerta de entrada del centro de terapia y necesitaron unos minutos para reunir las fuerzas suficientes, finalmente, cruzaron la puerta.

—Pase lo que pase, estoy contigo —le alentó ella.

Eliot le apretó la mano fuertemente y se dispusieron a entrar. Se personaron en una sala en la que había varios jóvenes, algunos de ellos en sillas de ruedas. Apareció una doctora que se acercó para recibirlos.

—Bienvenidos, ¿vienen a la terapia?—preguntó la doctora Cruz.

—Sí, debería haber venido hace unos meses, pero no fui capaz.

Gloria seguía sosteniéndole la mano.

—Aquí vas a conocer a gente muy valiente, con esperanzas, ilusiones... Te vamos a ayudar en todo lo que necesites. Hay grandes profesionales a tu disposición; una psicóloga para guiarte y te asignaremos una auxiliar para acompañarte aquí o en tu domicilio—explicó la doctora.

—He oído hablar de la Fitoterapia, ¿aquí la utilizan?— preguntó Gloria.

—No trabajamos con preparado de plantas, pero sí que toman vitaminas diarias como la fenilalanina, aparte de aplicar otras técnicas: yoga, ejercicios en el agua, caminar, etc.

La doctora señaló una puerta para invitarles a seguirla. Al entrar, divisaron a algunos jóvenes y mayores haciendo ejercicios con pelotas; otros sentados en el suelo estirando las piernas y, al fondo, Eliot palideció al distinguir a Sara.

—¡Sara!—exclamó Eliot.

—¿Eliot?—dijo impresionada.

La joven vestía una bata blanca y le daba de comer a una anciana.

—¿Trabajas aquí?—preguntó él, acercándose.

—Soy voluntaria. Ha pasado mucho tiempo, me alegra volver a verte.

—Yo también, aunque habría preferido que fuese en otras circunstancias.

La doctora Cruz y Gloria se acercaron a los jóvenes.

—¿Os conocéis?—preguntó la doctora.

—Sí, desde hace un tiempo —le confirmó Sara, ruborizándose.

—Pura coincidencia, como hoy... —añadió él, sonriendo.

Sara y Eliot se miraron de forma cómplice.

—Sara nos ayuda de forma voluntaria con los pacientes, es muy generosa —prosiguió la doctora.

Semanas después...

Eliot se encontraba realizando ejercicios de estiramiento en la piscina del centro de terapia y Sara le ayudaba pacientemente.

—Más despacio, Eliot —le reprobaba ella.

—Me siento bien, puedo hacer el pino, si quieres —se jactaba.

Eliot, en un arranque de entusiasmo, rodeó la cintura de Sara con sus

brazos e intentó besarla, pero ella retrocedió.

—Estamos trabajando, no te confundas —le recriminó ella.

—Pensaba que estábamos en el mismo punto.

—No estoy lista para otra relación.

—Entiendo, ¿quién querría estar con un enfermo? —gritó furioso.

—¡Eres muy injusto! —le reprochó ella.

Eliot salió de la piscina enfadado y se alejó por el fondo, pero las piernas le fallaron y cayó al suelo. Sara se alejó de la piscina por el lado opuesto y se marchó a los vestuarios sin percatarse de lo que le había ocurrido.

Al día siguiente, Eliot permanecía tumbado en la cama del hospital al que había sido trasladado tras su episodio. Gloria le acompañaba sin separarse de su lado hasta que el doctor Costa entró en la habitación para hablar con ellos.

—¿Cómo te sientes, Eliot?

—Siento un hormigueo en las piernas.

—Es buena señal, tienes sensibilidad. Pero, Eliot, tienes trece lesiones en el cerebro y con el tiempo experimentarás más situaciones de este tipo.

—¿Me está diciendo que debo acostumbrarme a caerme de la cama? —ironizaba él.

—He visto pacientes con lesiones menores y llevan años sin poder caminar. Créeme, eres muy afortunado. Tienes que seguir luchando, la terapia te está haciendo mucho bien —insistió el doctor Costa.

Eliot rompió a llorar en cuanto el doctor abandonó la habitación y quedó a solas con su madre.

—No puedo hacer esto sólo, no puedo... —se decía una y otra vez.

—¡Jamás estarás sólo, hijo!, saldremos adelante —le alentaba Gloria, envolviéndolo entre sus brazos.

—¿Qué voy a hacer con ella?

—¿Ella?, ¿a quién te refieres?

—Sara...

—No ha dejado de llamar desde que supo que estabas ingresado.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Ella me lo pidió. ¿Ves?, no estás sólo.

Tras una semana, Eliot regresó al centro de terapia para continuar con sus ejercicios. Después de estirar las piernas, tomó una pelota elástica y practicó con ella abriendo y cerrando sus manos. La pelota cayó rodando por el suelo y Sara, que llegaba en ese momento, la recogió.

—No esperaba volver a verte —dijo extrañado.

—Me enteré de lo de tu caída.

—Y, ¿por eso has vuelto?

—Tú me ayudaste en una ocasión.

Eliot comenzó a tambalearse y Sara lo sostuvo del brazo.

—Tranquilo, no pasa nada. Vamos a sentarnos —le indicó ella.

Sara paseó junto a Eliot en el jardín; otros pacientes jugaban al ajedrez o hacían crucigramas.

—Me habría gustado que las cosas hubiesen sido diferentes entre tú y yo —prosiguió él.

—Estás haciendo un gran trabajo, la doctora Cruz dice que las lesiones no han aumentado, ¡es una gran noticia!—comentó ella, esquivándole.

—Si estoy mejorando es porque tengo una buena razón a mi lado —zanjó.

Los dos continuaron paseando en silencio bordeando el jardín mientras sonreían para sí mismos.

Treinta años después, en el salón de actos de la ciudad de Jaén, aplausos inundaban la sala. Eliot acababa de presentar su libro: "EM, una perspectiva diferente".

Se acercó hasta el micrófono del centro del escenario apoyado en su bastón para dar su discurso.

—Recuerden siempre que somos trabajadores de nuestra propia salud. Con esfuerzo y dedicación se sigue adelante. Con un círculo de profesionales sanitarios, familia y amigos que fortalezcan la actitud positiva de los enfermos. Recemos para que pronto se halle una cura que ponga fin a tanto sufrimiento. Y, por último, anunciar que mi mujer y yo hemos creado una clínica de apoyo para todas las personas que padezcan esclerosis múltiple. Queremos que dispongan de todo lo necesario para cumplir un programa de rehabilitación constante. Y agradecerle a mi esposa, Sara, la mujer que creyó en mí desde el principio, que no lo habría logrado sin ella, y que nos queda mucho camino por recorrer.

Al terminar de pronunciar su discurso, Eliot bajó del escenario ayudado por dos asistentes; Sara corrió a abrazarle.

—A tu madre le habría gustado verte —dijo Sara emocionada.

—Seguro que lo ha visto.

Eliot y Sara se marcharon caminando por el pasillo del salón entre los aplausos de los asistentes, cogidos del brazo como el primer día.

El diario

Dublineta Eire

Mira que son escandalosos estos niños, ya los escucho desde la ventana del salón. Vivir en una planta baja tiene cosas buenas y malas, puedo

venir cargada de la compra y no tengo que subir escaleras, pero a cambio, el ruido de la calle, los coches y los gritos de los niños, se cuelan por mi ventana.

Me adelanto a que toquen al timbre, dejo entornada la puerta y vuelvo a la cocina, el sofrito ya está listo y toca echar el arroz.

—¡Elisa!, espera a tu hermano. —Escucho la voz de Javi, gritándole a su hija.

—¡Papá, la tonta esta, que no me espera! —Elisa acaba de entrar en la cocina precipitadamente, como siempre, sin esperar a su hermano, que ya está lloriqueando.

Me giro y ahí está ella, con su sonrisa de oreja a oreja, colgándose de mi cuello para darme un enorme beso. Qué cariñosa es mi nieta, ¿a quién habrá salido?

Aún no he terminado de abrazarla, cuando irrumpe en la cocina el pequeño de la casa, Aitor, mi nieto, es un gruñón y se pasa la vida llorando por todo, pero es que Elisa sabe cómo chincharlo.

Abro los brazos y lo aprieto todo lo fuerte que puedo, sin hacerle daño. Escucho como cierran la puerta de la calle, ese debe de ser mi hijo, siempre entra el último.

—¡Estamos en la cocina! —le digo gritando para que me escuche bien. Los niños no dejan de pelearse y es bastante difícil hacerse oír.

Se queda en el marco de la puerta, lleva la chaqueta puesta, está muy serio, ¿qué le habrá pasado? En una mano sujeta las llaves del coche y en la otra...

¡Oh, no! En este preciso instante mi corazón se ha acelerado de manera alarmante.

Intento disimular mi angustia, pero creo que se ha dado cuenta. Estoy empezando a notar cómo me sube un calor muy desagradable por el cuello, debo de estar más roja que un tomate.

Me está clavando la mirada, siento como la mantiene y me observa muy serio, intento hacer ademán de ir a darle un beso, cuando dice:

—Elisa, coge a tu hermano y salid al patio a jugar un ratito. Papá

tiene que hablar con la abuela. —Veo que se guarda las llaves del coche en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué pasa? —le hago la pregunta, deseando que me cuente una mentira.

—Creo que me debes una explicación. —Lanza una libreta color crema sobre la mesa de la cocina, que para mí es como si hubiera estallado una bomba atómica.

—Un segundo, se me quema el arroz. —Quiero disimular y evitar sentarme a hablar de lo que sé que necesita saber.

—Da igual, si se quema, pediremos unas pizzas, yo no tengo hambre y los niños desayunaron tarde. Mamá, siéntate y cuéntame.

Intentando mantener la calma me giro hacia los fuegos de la cocina, apago el fogón que tenía encendido para cocer el arroz y me dirijo hacia la silla. Él sigue allí, de pie, impassible, serio y con la chaqueta puesta todavía. Creo que la cosa pinta mal, no tengo escapatoria.

—Lee. —Me tiende la libreta color crema abierta por la primera hoja.

Soy incapaz de controlar mis nervios, no consigo leer más de dos palabras seguidas sin tartamudear.

Septiembre de 1976...

...Hoy he confirmado mis sospechas, todo mi mundo se me ha venido encima, quería creer con todas mis fuerzas que era imposible, pero al final no he podido hacer nada, ha salido positivo. Estoy embarazada.

He quedado con Pedro, hemos tomado unos refrescos en el paseo, y cuando se ha empezado a poner cariñoso, finalmente, le he dicho que teníamos que hablar. Yo sentía una mezcla de miedo, alegría, pánico, confusión, angustia..., jamás hubiera imaginado que reaccionaría de esa manera. Estoy feliz.

Diría que somos la pareja perfecta, cuando estoy a su lado el mundo se detiene, me hace sentir especial. Cuando pienso en él, se me pone vidriosa la mirada, se me instala una sonrisa perpetua y no necesito nada más. Sabiendo que es mi pareja, me siento plena, y más ahora que sé que vamos a

ser padres. Creo que jamás en mi vida he sentido esta felicidad.

Pedro es el hombre de mi vida...

—Sigue —me dice mi hijo.

Mi mirada es triste, compruebo que sigue serio, no dice nada, tan solo cuando me callo, me coge la libreta y me coloca una nueva hoja para que continúe leyendo.

Noviembre de 1976...

...Hace dos semanas que no sé nada de Pedro, lo llamo por teléfono y nadie responde, estoy preocupada, creo que le ha debido de suceder algo. En su trabajo me dicen que hace más de quince días que no aparece y sus amigos no saben o no quieren decirme dónde se encuentra.

Hoy, íbamos a ir a ver un piso para trasladarnos a vivir allí, los dos solos. Estaba tan ilusionada, había sido idea de él.

Ya no sé dónde buscarlo. Creo recordar que me dijo que era de un pueblo de Jaén, es probable que haya tenido que ir a ver a su madre. Me comentó que era viuda y que ya estaba muy mayor. Pedro es el pequeño de cinco hermanos, su madre lo tuvo bien entrada en los cuarenta...

He dejado de leer, ya no puedo seguir con la lectura, me siento débil, asustada, de repente todo mi pasado, todo lo que comencé a escribir en aquella libreta cuando tan solo tenía dieciocho años, se ha hecho más presente que nunca, a decir verdad, llevo años que todo esto se había borrado por fin de mi mente y hoy, regresa de nuevo de la mano de mi hijo.

—Por favor, mamá, sigue leyendo. —Coge la libreta y comienza a pasar hojas hasta que llega al mes de enero. Me la devuelve.

Enero de 1977...

...Lo he pensado mucho, no ha sido una decisión tomada a la ligera.

Quiero que sepas que esto lo he hecho por ti, pequeño, solo por ti.

No tengas miedo, no te faltará de nada, mamá va a empezar a trabajar en una casa sirviendo, yo creo que estos cuatro meses que me quedan para verte la carita y poder abrazarte, trabajaré allí y podremos seguir viviendo en la habitación que nos alquila la señora Obdulia. Cuando llegue el momento, ya veremos si nos volvemos a casa de los abuelos o nos buscamos otro sitio donde vivir los tres.

Tengo tantas ganas de verte, de abrazarte, de colmarto a besos y de que me hagas compañía. Desde que papá se tuvo que marchar, me siento muy sola y más ahora que estamos en una ciudad nueva y en la que no conocemos a casi nadie, pero creo que ha sido lo mejor, nadie debe de saber que sigo soltera. Recuerda, papá está casado con mamá y trabaja en Francia, es un hombre importante...”

—¿Dónde quieres ir a parar? —le pregunto a mi hijo con lágrimas en los ojos.

—Quiero escuchar la historia leída por ti. Tú la escribiste, ¿no?, pues quiero que me la cuentes, pero quiero que la leas —insiste con un tono muy serio e hiriente.

Febrero de 1977...

Ya estoy de seis meses, me noto un poco pesada, pero he de reconocer que ahora es cuando empiezo a sentirme mejor, las náuseas ya me han abandonado y ya he empezado a sentir a mi bebé.

Estoy convencida de que será un niño, tengo dudas en cuanto al nombre, no sé si llamarlo Pedro como su padre o buscar otro que no me recuerde a él. Ya he aceptado que su desaparición repentina fue la confirmación de su abandono. Igual si le pongo el nombre de padre, cuando regrese con un niño en los brazos, se olvidará de que he avergonzado a la familia y solo querrá mecer a su nieto que se llamará como él.

Hoy le he comprado su primera ropita, he entrado en la tienda luciendo tripa, aquí nadie me conoce y no tengo que ocultar mi embarazo,

puedo sentirme orgullosa de mi estado. La señora Obdulia me ha hecho unos patucos blancos, dice que, si luego resulta que es una niña, se los podré poner igualmente. Es una buena mujer, aunque odio cuando me invita a sentarme junto a ella a escuchar los pasajes de la Biblia, dice que eso le hace bien al bebé, en fin, son cosas que debo soportar, la habitación me la deja bien barata y no tengo que hacer ninguna tarea de la casa...

—¿No has tenido suficiente? Los niños tendrán hambre —le digo con la voz rota.

—Quiero que sigas leyendo —me responde clavándome la mirada muy serio—. De los niños no te preocupes, te repito que han almorzado tarde.

Marzo de 1977...

...Cada día que pasa te noto más y mejor, me encanta colocar la mano por encima de mi ombligo y saber que ahí está tu cabecita o poder comprobar que tu piececillo me acaba de pegar una patada. Nunca imaginé que disfrutaría tanto de estas pequeñas cosas que me ofrece la vida.

Hoy he ido a pasear por el puerto con Etelvina, había quedado con unos señores muy amables. Me los ha presentado, dice que son compañeros de ella. Son los dueños de la notaría donde trabaja de telefonista, son gente de dinero. Nos han invitado a merendar y me han regalado un trajecito precioso, para mi gusto demasiados lazos, pero supongo que esto es lo que les ponen a los niños ricos. ¡Qué guapo vas a estar!

El otro día, volviendo del trabajo, pasé por delante de un fotógrafo, tengo que entrar a preguntar qué cobra por hacer un reportaje, en cuanto te venga el traje pomposo, iremos a hacerte unas fotos, para luego regalarlas a la familia...

He cerrado la libreta, creo que no soy capaz de seguir leyendo, quiero gritar, llorar o fingir que no ha sucedido nada de lo que en aquel momento escribí, pero es que no sé cómo actuar, tengo tanto miedo, que soy incapaz de pensar con lucidez y mi hijo no ayuda tampoco, la verdad. Sigue serio y

enfadado, sé que está muy disgustado conmigo, pero debe de entender que aquello que me pasó, y todo lo que me está obligando a leer, fue una etapa de mi vida que tenía enterrada. No podía contarle, nadie debía saberlo, debí destruir el diario, no fui capaz de entregarlo, quería seguir escribiendo, entiendo que me lo quedé para tener una prueba de que aquello sucedió de verdad y que no fue producto de mi imaginación, o con la esperanza de que algún día alguien lo leyera y entendiera por todo lo que pasé, pero al saber que lo único que conseguía era hacerme daño a mí misma, dejé de escribir y lo escondí. Fui una cobarde por no atreverme a tirarlo a la basura.

Ahora me arrepiento de todo, cuántas veces he llorado por esas letras escritas en ese diario, cuántas veces he maldecido su nombre, la culpa fue de Pedro, y cuántas horas de sueño he perdido; cuando el cansancio me superaba, lo único que sufría eran pesadillas.

Mi hijo jamás me va a perdonar, da igual que le explique, nunca nos hemos llevado bien, nuestra relación madre e hijo ha sido diferente al resto de las madres que he conocido. Me lo tengo más que merecido, nunca me he comportado como una madre, nunca, y ahora es la condena que tengo que pagar por ello.

—Deja que te cuente, prefiero explicártelo, a tener que leer esto —le digo llorando.

—Quiero que leas, no quiero que me cuentes nada. Tú, solo lee —me responde tajante.

Abril de 1977...

...Creo que ya sé lo que son las contracciones, duelen y mucho.

Hoy por primera vez he ido al ginecólogo, Etelvina me ha acompañado, se lo han recomendado sus jefes y no me ha cobrado nada, son majísimos.

Me ha hecho miles de preguntas, eso parecía un tercer grado, le he contestado a todo, he sido sincera y cuando me ha preguntado por mi marido, le he tenido que decir la verdad, parece un buen hombre y debe de estar acostumbrado a reconocer a madres solteras, porque no se ha sorprendido.

Calcula que a mitad de mayo nacerás, estoy feliz, y sobre todo cuando me ha dicho que todo va bien y he podido escuchar tu corazón. No puedo explicar lo que he sentido, me he puesto a llorar, yo no quería, pero las hormonas no ayudan y he llorado como nunca, ese ruido de caballos galopando ha provocado más amor en mí.

Me ha recetado unas vitaminas, y los jefes de Etelvina me han dado su número de teléfono particular, me han dicho que, si necesito cualquier cosa, que los llame sin importar la hora. He quedado en que volvería a la consulta del ginecólogo en quince días, ellos se harán cargo de la factura. Estoy tan contenta de haber dado con esa gente maravillosa...

Cierro la libreta y me levanto, no puedo permanecer más tiempo sentada en esa silla.

Noto que me está faltando la respiración, no sé cuánto tiempo llevo así, pero compruebo que me cae el sudor por la frente, tengo las manos frías y temblorosas, mi corazón está acelerado y por mucho aire que intente meter por la nariz, no es suficiente para llenar mis pulmones, acabo de comenzar a ver borroso.

—Cariño, no me encuentro bien —le digo a mi hijo con la voz entrecortada—. Lo dejamos para otro momento, prometo leerte el diario entero, pero de verdad, no tengo fuerzas para seguir. Los niños entrarán en cualquier momento y no quiero que me vean así.

—Los niños no van a entrar, están jugando en el patio, la puerta está cerrada y desde la ventana los controlo perfectamente. Te pido que al menos leas hasta el mes de mayo.

Alargo mi mano temblorosa para cogerle la suya, necesito notarlo, sentirlo, pero me la aparta bruscamente, está claro que he perdido para siempre a mi hijo.

El poco corazón que me quedaba se acaba de romper en mil pedazos. Y no lo culpo, sé que necesita saber, necesita una explicación y no le valdrá nada de lo que le diga ni como me ponga, no me va a perdonar en la vida, aunque yo tampoco me podré perdonar.

Hoy, he ampliado mi condena.

Dos de mayo de 1977...

... Ayer domingo naciste, ya tienes veinticuatro horas.

No me podía creer que estuviera de parto, ni que ya hubiera llegado el momento, nunca he tenido tanto miedo, deseaba que no fuera cierto, intentaba negarme a mí misma que era la hora, no quería que tuvieras que nacer ya, aún no estaba preparada para esto.

Con tantos días en el calendario y tuviste que elegir ese precisamente. Me lo tengo más que merecido y cada día, año tras año lo recordaré, aunque no quiera.

No dejo de llorar, las enfermeras me dicen que es normal, que les sucede a todas las recién paridas, pero no saben el motivo real de mis lágrimas...

—No puedo seguir leyendo —le digo realmente compungida.

—Me da lo mismo. Necesito que lo sigas haciendo. —Me devuelve el diario con una hoja nueva para que continúe la lectura.

—Dijiste que leyera hasta el mes de mayo. Qué más da, si tú ya lo leíste, ya lo sabes todo, conoces la verdad, la clase de persona que es tu madre. No me hagas pasar por esto, no voy a ser capaz —le ruego, le suplico llorando que no me obligue a seguir leyendo.

—Nunca fuiste una madre como las demás, jamás te consideré como tal, me crió la abuela, tú nunca estuviste a mi lado, pero al fin y al cabo eras mi madre y algo de cariño siempre te he tenido. Después de haber leído esto, y ahora que la abuela ya no está entre nosotros, necesito más que nunca conocer la verdad, ¡exijo saber toda la verdad! —me dice dando un golpe en la mesa haciendo saltar la libreta por los aires.

—Yo era muy joven, entiéndeme, no sabía qué hacer, eran otros tiempos. Era mi única salida. ¿Crees que fue fácil para mí? ¿Crees que lo he olvidado? Si he seguido con vida, ha sido por ti y por Lola —le digo llorando amargamente.

—Por favor, lee —me dice sin inmutarse lo más mínimo.

Junio de 1977...

...Sigo recordándote cada minuto, cada segundo desde el día que viniste al mundo, ya ha pasado un mes. Allá donde estés, quiero que sepas que lo hice porque no tenía otra opción.

Me han prometido que te van a cuidar y te van a querer más que a una hija propia.

A mi lado, lo único que podía ofrecerte eran penurias, no teníamos dónde caernos muertas.

Hace un mes y medio llamé a casa de los abuelos, necesitaba saber cómo estaba tu hermano y al insinuarle al abuelo que igual volvía para quedarme allí, me dijo que ese no era mi sitio, que se avergonzaba de mí, que ya no era su hija, que mancillé su nombre y la honra de su casa, ¡cómo se las gasta el abuelo! Y que, si volvía, tu hermano y yo saldríamos por la puerta y no querría volver a vernos, imagina si aparezco contigo en brazos, pequeña.

No quiero que pienses jamás que te sacrificué a ti para quedarme con él, pero necesito que entiendas, y que algún día me perdones por esto que he hecho. Él ya tenía un hogar, no podía arrebatarse el cariño de la abuela, de las tías, tú en cambio, aún no los conoces y creo que donde estás ahora, vas a ser la reina, te van a adorar mi niña. Sé que he hecho lo mejor y si algún día te hablan de mí, búscame, te estaré esperando...

—Perdóname. Lo hice por ti, no podía volver a casa de los abuelos con otro niño, hubiéramos terminado los tres, vete tú a saber dónde. No te lo merecías —le digo, intentando cogerle la mano, pero me la aparta de nuevo.

—¿Cómo se llama? ¿A quién se la diste? —me dice con lágrimas en los ojos y a mí se me parten en esquirlas los últimos trozos de corazón que me quedaban.

—María, la llamé así, pero no sé si le cambiaron el nombre, no me atreví a preguntarlo. ¿Serás capaz de perdonarme algún día? —Lo miro fijamente a los ojos.

—¿Dónde se la llevaron?

—Por las últimas noticias que tuve de la señora Obdulia, supe que vivían en un pueblecito de Jaén; entonces tenía diez años.

—¿Tienes alguna foto?

—No quise tener nada. Recordarla es lo más difícil que he hecho en esta vida. Me mata pensar en ella, imagina si sé cómo es.

Javi se ha levantado, me ha dado la espalda y no deja de resoplar. Se pasa todo el rato las manos por la cara y las deja apoyadas sobre sus sienes, tengo miedo de que se vuelva loco, jamás pensé que pudiera reaccionar así, se le ve dolido. Yo pensaba que estaría enfadado, avergonzado de lo que su madre había hecho, pero no, lo veo angustiado por encontrar a María, su hermana.

—Javi, cálmate. Necesito que me perdones.

—¿Qué me calme? Anoche me enteré que he tenido todos estos años otra hermana, me he criado solo, ¿sabes qué es eso? Tú jamás has estado a mi lado, la abuela me lo dio todo, pero aun así, saber que tenía una madre en... en ni puta idea de dónde, ni con quién estaba mi querida madre. Cumpleaños, Navidades, siempre solo esperando, deseando esa visita. Y tú a veces venías, otras no, y yo tenía que aceptarlo. Me has privado de crecer junto a mi hermana.

—Tienes a Lola.

—¿La vendiste? ¿Cuánto te dieron?

—Por favor, ¡basta ya! La entregué en adopción, fue un acto de amor, no soy tan inhumana. Aquel día dejé de vivir, morí en vida. Nunca nadie podrá entender por lo que pasé ni por qué me comporto de esta manera. Una decisión así te destroza para siempre la vida. Si no quieres perdonarme, no lo hagas, pero no me juzgues.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo tú y te pido por favor que continúe siendo así. No quiero que Lola lo sepa, es muy joven y no lo entendería, es la única de los tres a la que he podido criar. Déjame que disfrute de ella, es la única que me mira como una hija mira a una madre y necesito que todo continúe exactamente igual.

—Tranquila, con que uno de los dos sepa la clase de madre que eres,

es suficiente. Lola es mi hermana, y mientras pueda, cuidaré de ella.

Me he vuelto a sentar, no aguanto más tiempo de pie, creo que me ha subido la tensión, empiezo a ver borroso y noto una pequeña presión en las sienes.

Ya he perdido a Javi, si hubiera estado atenta a las lecturas de la señora Obdulia, sabría rezar y ahora mismo podría hacerlo, rogaría pidiendo que Javi me perdonara y que me entendiera más y empezara o quisiera quererme. Sé que nunca lo ha hecho, tampoco fui la mejor madre del mundo, es más, soy consciente de que he sido una pésima madre, pero todo lo he hecho por ellos.

Era joven, no sabía qué estaba pasando, ahora hay más información, hoy en día una chica de dieciséis años sabe más que sabíamos nosotras con treinta. Tener un hijo con quince años asusta y mucho, creo que asusta más tener que ponerte delante de tu madre y decirle: “*mamá, estoy embarazada*”. Eso fue lo que más miedo me dio, pensar qué diría mi padre de mí. La verdad fue que dijo bien poco, me echó a la calle en cuanto Javi nació, y aún me dijo que diera gracias por dejar que él siguiera viviendo con ellos. Era evidente que no podía regresar dos años más tarde con otro bebé.

Si Pedro no me hubiera abandonado, todo hubiera sido diferente, nos habríamos casado, mi niña hubiera crecido con nosotros, con su hermano, con un papá y una mamá. Pero no fue así y nunca sabré cómo hubiera sido nuestra vida estando los cuatro juntos.

Javi me mira cada vez más serio, se está limpiando las lágrimas, se me parte el alma viendo a mi hijo llorar.

—Tengo que buscar a María, quiero y necesito encontrarla —me dice muy directo.

—No sé dónde buscarla. No sé quién se la llevó. ¿Crees que no he tenido yo esa necesidad que sientes tú ahora? Ella tendrá su vida, su familia, unos padres que le habrán entregado todo el amor del mundo, y lo mismo María no sabe que es adoptada, no podemos irrumpir en su vida, no podemos hacerle eso. Si ella lo sabe, si le han contado su historia, sabrá encontrarme.

—Si a ella le han contado tu historia, te aseguro que no moverá un dedo para saber de ti. Yo no quiero encontrarla para que la conozcas, yo

necesito verla, tocarla, saber qué cara tiene mi hermana y si ella quiere, deseo compartir mi vida con la suya, que conozca a sus sobrinos, necesito saber que está bien, que la han cuidado como se merece todo este tiempo, que nadie le ha hecho daño. Ni tú ni yo hemos estado a su lado para protegerla. Regalaste un bebé, el ser más indefenso que puede haber.

Abro de nuevo la libreta y comienzo a leer, aunque en esta ocasión no es por petición de Javi, soy yo, quiero seguir leyendo.

Mayo de 1978...

...El día de la madre ya no volverá a ser el mismo nunca. Ayer domingo fue un día horrible.

Cómo hubiera deseado que nacieras el día antes, o incluso después, pero cada vez creo más en el destino y en las casualidades, ese día estaba destinado para ti, pequeña.

La semana pasada cumpliste un añito, sé de sobra que te habrán organizado una gran fiesta, con una preciosa tarta. Habría dado lo que fuera por verte soplar tu vela.

Habrás tenido muchos regalos y no sabes lo que daría por ver tu sonrisa, por poder verte aunque sea de lejos, olerte, mi niña María. Quiero que seas feliz, necesito saber que lo eres y que no me equivoqué dando ese paso. Sé que has sido un regalo para tu familia, la que te cuida y la que pasa las noches en vela junto a ti.

Cuántas veces he estado tentada de ir a buscarte, traerte conmigo, pero nunca me he atrevido a preguntarle a la señora Obdulia dónde te llevaron, ni cómo se llaman tus padres.

Me dejé convencer por los dueños de la notaría, ellos me hicieron ver que no era sitio para ti y que tener una madre tan joven y soltera, sin casa, sin trabajo, no sería bueno para criar a un bebé.

Mi tiempo aquí ha terminado, Andalucía me abrió los brazos y me acogió cuando no tenía nada, cuando llegué embarazada de tan solo cuatro meses. Ha llegado el momento de marcharme y de romper con esta etapa tan dolorosa, necesito empezar de cero, llevo un año martirizándome y

escribiendo a diario en esta libreta. No he sido capaz de escribir mucho, pero todos los días te he escrito unas palabras, con la falsa esperanza de que algún día leyeras todo lo que te escribí desde que supe que estaba embarazada de ti, pero ya no puedo más, debo de mirar hacia delante y volver junto a tu hermano, él sí que me necesita de verdad, los abuelos lo cuidan, pero deseo ser con él, la madre que no pude ser contigo.

Que seas inmensamente feliz, María. Te llevaré siempre en mi corazón...

Termino de leer esa hoja, respiro hondo y cierro la libreta, miro a Javi de reojo, sigue de pie, no ha bajado las manos de su cabeza, él también llora, no sé qué hacer para que deje de llorar, no me atrevo a tocarle, sé que si nota mi contacto me gritará y desaparecerá de mi vida.

Está empezando a reaccionar, se ha girado y me mira.

—Mamá, pensé que la habías vendido, que te habías deshecho de ella porque fue un error en tu vida. Ahora creo entender por todo lo que has podido pasar. Ha debido de ser un infierno para ti llevar guardado todo esto tantos años. Hoy, cuando he salido a la calle, me iba fijando en las mujeres con las que me cruzaba intentando ver en sus caras, pensando... Bueno, eso ya da lo mismo. Tenemos que encontrarla. Los dos necesitamos conocer a María —me dice mientras me coge el diario y se lo pega al pecho.

—Javi, perdóname, necesito que me perdones. —Aún no he terminado de decir la frase y se va aproximando a mí. Me medio sonrío.

Nos fundimos en un abrazo que para mí ha sido eterno. Me mira, me seca las lágrimas y me vuelve a abrazar.

Gracias a él, mis recuerdos del pasado han vuelto y creo que me ha dado el empujón que necesitaba para buscar a María, aunque me asusta ponerle cara...

Siempre a tu lado

Rosi Anguita Arjona

No era normal aquel calor, no parecía ser veinte de diciembre del año 1945. Estaba completamente raso, ni una nube, lo único que se apreciaba en el cielo era un sol potente y deslumbrante.

De un trago, se bebió la poca agua que le quedaba en la botella y después, suspiró profundamente al mirar hacia atrás y ver el satisfactorio trabajado realizado. Comprobó que estaba todo en orden, que no se había dejado ningún olivo sin terminar, cogió el saco lleno de aceituna, lo alzó hasta apoyarlo sobre su lomo y puso fin a un duro día de recolecta de aceituna.

Hugo iba cada mañana al campo, su padre tenía casi tres cuerdas juntas, unos ciento cincuenta olivos, en las afueras de Jaén. Él solo se encargaba de varear y recoger las aceitunas, puesto que era hijo único y su padre era mayor y jubilado. Pero a él no le importaba no tener ayuda, es más, le gustaba el campo, la naturaleza, respirar aire puro y las vistas... Porque desde lo alto de aquella colina, se podía apreciar de punta a punta Jaén, esa hermosa ciudad donde había nacido y crecido hacía treinta años.

Su padre, Víctor, vivía sólo en una casa vieja muy cerca de sus tierras, alejados del ruido, del estrés de la calle y del humo de los pocos coches que había por aquel entonces.

Hugo siempre hacía el mismo recorrido para llegar a casa lo que le llevaba a pasar por un hermoso cortijo, el único que había por esa zona. Le extrañó no ver a la joven que vivía allí, pues siempre se cruzaba con ella al terminar la jornada ya que ésta solía regar las plantas sobre esa hora, por lo que al darse cuenta de su ausencia, se detuvo un instante. Fue entonces cuando se iluminó la habitación donde la cocina se hallaba y ¡ahí estaba! Tan hermosa, alegre y espléndida como cada atardecer. Se disponía a fregar los platos justo en el momento que ella miró por la ventana y lo vio. La chica, sorprendida, le sonrió y él, amablemente asintió con la cabeza a la misma vez que levantó solo un poco la punta de su sombrero de paja en señal de saludo.

Sin más, continuó con su camino.

Nunca se habían hablado entre ellos, ni una palabra, pues no se conocían, solo compartían miradas con complicidad, pero esas miradas lo decían todo.

—¿Quién es la joven que vive en el cortijo cercano a nuestras tierras? La llevo viendo desde que empecé a recoger las aceitunas pero siempre está sola, creo que no vive nadie más con ella. —Le preguntó a su padre nada más entrar a su casa.

—Es una buena mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé —afirmó el señor sin más explicaciones.

Al día siguiente, Hugo volvió a ir a sus tierras, trabajó todo el día y cuando atardeció, de camino a casa volvió a verla, se encontraba regando sus mimadas plantas y una vez más se miraron y sonrieron sin atreverse a decirse una palabra.

¿Cómo podía ser que sin conocerla sintiera algo tan fuerte por ella? Le atraía muchísimo, tanto que le quitaba el sueño, el hambre, el pensamiento... Cada vez que veía a aquella mujer, su alma no parecía ser suya pues su pecho se contraía, la respiración se le agitaba y su cerebro comenzaba a proyectar imágenes borrosas y desconcertantes.

—Hijo, ¿por qué estás aquí? —preguntó Víctor antes de meterse en la cama y quedarse dormido.

—¡Para cuidarte! —exclamó convencido el joven—. Y para cuidar a tus olivos, ¿es que no quieres que me quede contigo?

El padre se levantó y abrazó con todas sus fuerzas a Hugo, fue tan feroz el sentimiento mostrado en ese gesto, que a ambos se le saltaron las lágrimas.

—Lo quiero y lo deseo más que a nada en este mundo. Hijo, tu eres la razón de mi existencia, cada vez que entras por esta puerta, me iluminas, me revives. Es poco rato el que te tengo a mi lado pero el suficiente como para poder respirar sin ahogarme y para despertarme el siguiente día con la ilusión de volver a verte.

Con el rostro cubierto de lágrimas, Víctor cogió las dos manos de su hijo y las sostuvo con fuerzas.

—Pero, si algún día llega el momento, sales por esta puerta y no vuelves a entrar, quiero que sepas que lo entenderé, que no me enfadaré, que siempre te tendré en mi mente y que allá a donde vayas, rezaré por ti para que estés bien.

El día veintidós, había amanecido nublado y las temperaturas habían bajado considerablemente pero aun así, Hugo decidió ir a trabajar. Durante todo el día no pudo dejar de pensar en las palabras de su padre. Solo lo había visto llorar el día en que su madre falleció por un infarto, lo cual, le extrañó mucho esa actitud.

Ya casi era la hora de marcharse cuando comenzaron a caer unas finas gotas. El joven recogió su vara, su espuerta de mimbre y el saco lleno de aceitunas. En menos de cinco minutos el tiempo empeoró y las densas y oscuras nubes originaron un fuerte viento y una intensa lluvia.

Rápidamente se formaron charcos en la tierra por lo que el barro dificultaba los pasos de Hugo. Pensó en dejarse allí toda la carga para pesar menos y así le sería más fácil llegar al camino pero, no quería perder el duro trabajo de todo el día. A pesar de la dificultad, consiguió salir del terreno malo, sin embargo, cuando iba por la casa de aquella chica, una ráfaga de viento consiguió tambalearle y sin querer tiró el saco, con tan mala suerte que se derramó la mitad del contenido. La joven lo vio desde la ventana y corriendo salió en su ayuda.

—¿Estás bien? —dijo ella preocupada al mismo tiempo que le ayudaba a recoger las aceitunas del suelo.

—¡Déjalo y entra en la casa, te estás empapando!

—No, si no vienes conmigo —contestó mirándolo fijamente a los ojos—. Es muy peligroso que camines de esta forma, podrías herirte con alguna rama rota o algo peor.

Pensó que llevaba razón, que era arriesgado, por lo que cogió sus cosas y entró al cortijo junto a la chica.

Con la voz entrecortada por la respiración agitada, el joven se presentó formalmente y extendió su mano sucia de barro.

—Hugo Anguita.

Ella sonrió divertida y apretó su mano con delicadeza.

—Valeria Damas.

—Tu nombre me resulta familiar y tu cara... Tal vez te haya visto en algún lugar, claro que... ¡Es imposible! Porque no podría haber sido capaz de olvidar tan hermoso rostro.

Sonrojada y sin decir nada, la joven se marchó del salón dejándolo allí solo, subió las escaleras de la casa y al minuto volvió a reunirse con él.

—Deberías quitarte esa ropa y ponerte esta otra, de lo contrario pillarás una pulmonía. —dijo amablemente Valeria ofreciéndole ropa seca.

—Gracias.

Puso las palmas de sus manos abiertas para que ella le depositara la ropa, pero al hacerlo, un calcetín negro cayó al suelo. Rápidamente los dos se arrodillaron para cogerlo, y al hacerlo, ambos rozaron sus manos. Justo en ese instante se encontraron con la mirada aunque, no de cualquier forma pues esa mirada era especial, era única, era... Apasionada, excitante, provocadora, impulsiva... ¡Esa mirada lo era todo! Sin esperar un minuto más, Hugo acercó poco a poco su rostro al de ella hasta prácticamente oler su fresco aliento. Notó como su respiración se le aceleraba, señal de que deseaba lo mismo que él, por lo que se acercó aún más hasta unir sus labios con los de ella sin embargo, no fue él quien dio el siguiente paso, sino Valeria, porque esta lo besó, él simplemente se lo puso fácil y ella no pudo resistirse. Jamás había besado a alguien con tanta lujuria y sentimiento, su corazón la obligaba a no parar, es más, la forzaba a continuar, le exigía que procediera a hacer lo que llevaba deseando desde que el joven se interpuso en su camino. Por lo que aquel beso sólo fue el comienzo de una noche erótica y desenfrenada.

—Ha sido... increíble pero... ¿por qué tengo la sensación de haber vivido este momento? —susurró Valeria, desnuda y arropada bajo los musculosos brazos de su amado.

—Puede que por las enormes ganas que tuvieras de haber hecho esto antes, de estar conmigo en este preciso momento, en este lugar, y con la persona que más te va a querer en toda tu vida.

Tras unas horas, ya cuando había pasado la tormenta, Hugo decidió irse para no preocupar a su padre.

Al llegar, Víctor estaba sentado en una silla en el recibidor de la casa, esperando ansiosamente el regreso de su hijo.

—¡Me he enamorado!

—Creí que ya no volverías —confiesa el padre, ahora tranquilo al verlo, sin prestarle atención a las palabras del joven.

—Claro que he vuelto pero, ¿me has oído? ¡Digo que me siento feliz, que acabo de entregarme a la mujer más maravillosa del mundo y que me quiero casar con ella!

—Ya...

Víctor suspira y finge alegrarse de la noticia.

—¿Cómo que ya? No sabes de quién, ni por qué, ni cómo... Se trata de la chica que te comenté del cortijo de al lado, ¿lo recuerdas? Resulta que me ha acogido en su casa cuando he estado a punto de ser víctima de la tormenta y...

—¡No vive nadie en el cortijo! —le interrumpe sin dejar acabar la frase.

—Sí que vive, lo que pasa es que tú no la has visto.

—¡Claro que no la he visto! Ni yo ni nadie porque esa casa está abandonada.

—¿Pero qué dices? Acabo de estar allí y te aseguro que no está abandonada, que Valeria vive ahí. —Explica este desconcertado—. ¿Es que no te alegras por mí?

—No es eso... Yo sólo digo que no te hagas ilusiones, no quiero que sufras...

—No te entiendo. ¡Si ni siquiera la conoces! —reclama Hugo malhumorado ante la situación.

—Sí, sí que la conozco y te puedo asegurar que no vive ahí.

—Juro que no te entiendo, dices que no la has visto, que me estoy

inventando que vive allí, ¿y ahora me saltas con que la conoces? ¿¡Por qué!?

—¡Porque está muerta!

Hugo abrió los ojos de par en par sin saber qué decir, era inaudito lo que acababa de escuchar.

—Murió, hijo, lo siento mucho...

—No sabes lo que estás diciendo, ¡acabo de estar con ella! ¿Cómo se supone que tengo que creerte cuando acabo de besarla, de tenerla en mis brazos y de amarla?

—Porque tú...

Víctor se detuvo y bajó la cabeza para que su hijo no lo viera llorar.

—Porque yo, ¿qué? ¡Dilo!

—¡Porque tú también estás muerto! —gritó con coraje el padre, se acercó a él y lo miró fijamente a los ojos—. Tarde o temprano te lo tenía que decir, sabía que no estaba bien y aun así, he intentado retrasar este momento todo lo que he podido...

—Pero, papá, ¡mírame! Estoy aquí, hablando contigo, ¿por qué dices eso? —Con voz temblorosa intentó explicarle que se equivocaba.

—Llevas razón en que te veo y en que puedo hablarte pero todavía no consigo saber cómo es posible. Creo que aún no te has ido porque tienes algo pendiente aquí y yo me he aprovechado de eso para tenerte todo el tiempo posible junto a mí.

—¿Cómo...?

—Recuerda, mañana hace dos años que ocurrió. Valeria y tú estábais casados, felizmente casados. Hubo un gran incendio; cuando venías del campo y llegaste a tu casa, viste el humo salir por las ventanas, entraste todo lo rápido que pudiste para salvar a tu mujer pero, ya era demasiado tarde. Estaba tirada en el suelo, asfixiada, la cogiste en brazos y entonces se desplomó un trozo del techo y te dio en la cabeza. —Víctor respiró profundamente para coger fuerzas y seguir hablando—. Cuando pude oler el humo desde aquí, rápidamente llamé al médico... No pudieron hacer ya nada...

Hugo, perplejo, sin poder asimilar la información se echó las manos a la cabeza y cerró los ojos fuertemente. Tardó unos segundos en poder reaccionar.

—Hijo, ¡dime algo por favor!

—Lo recuerdo... Puedo acordarme de todo, no se veía nada al entrar en la casa, las llamas salían de la chimenea. No se veía nada, el humo era muy denso pero la encontré, estaba inconsciente en el salón, sé que la cogí en brazos pero —al volver a abrir los ojos, dos lágrimas enormes caen por sus mejillas—, ya no puedo recordar más.

—Perdóname, hijo, ¡perdóname! Te lo tenía que haber contado mucho antes pero no quería perderte, por algún extraño motivo te has quedado aquí y sin saber por qué, puedo verte.

—Tranquilo, papá, te perdono. Yo hubiera hecho lo mismo, no obstante no comprendo cómo no me he dado cuenta antes, al pasar por el cortijo, al verla, al tocarla...

—Has seguido haciendo tu vida cómo si no hubiera ocurrido nada. Hijo, con todo el dolor de mi corazón, es hora de que te vayas, de que tu alma descansa en paz y yo te voy a ayudar. Si es por mí, puedes irte tranquilo, te prometo que sabré cuidarme.

—Estarás solo...

—Ya lo he pensado, iré a vivir con mi hermano, él me lo pidió cuando tú... Ya sabes, me negué porque podía seguir a tu lado.

Hugo sintió un poco de alivio por ese aspecto aunque, por otro lado, sabía que tenía otro motivo que resolver.

Su padre decidió acompañarlo hasta el final y juntos fueron al cortijo. Ahora, Hugo pudo ver la verdad con sus propios ojos, la casa estaba abandonada, en ruinas, la fachada se encontraba negra por las llamas, y el jardín no poseía ninguna flor pues todas las plantas se habían marchitado. La casa no se le parecía en nada a la que había estado viendo anteriormente.

El padre esperó fuera mientras el joven se acercaba a la puerta dispuesto a volver a hablar con su esposa.

—¡Valeria! —gritó su nombre con fuerza sin embargo, no obtuvo

respuesta—. ¡Valeria vuelve, por favor! —Volvió a gritar una y otra vez.

Creyó que sería inútil, que no aparecería pero, de pronto la puerta se abrió.

—¿Qué ocurre, por qué gritas? ¿Ya me echas de menos? Anda pasa, estaba haciendo té, entrarás en calor con una tacita —añadió la chica amablemente.

—No...

—¿Que no quieres? Bueno, también puedo prepararte un vaso de leche o de café si lo prefieres.

—No puedes estar haciendo té, ni me puedes preparar nada de eso porque en nuestra casa no hay de nada.

—¿Cómo? No te entiendo...

—Valeria, ahora entiendo por qué sentíamos algo tan especial el uno por el otro, por qué teníamos la sensación de haber vivido momentos juntos y por qué nos amábamos antes de creer conocernos —Hugo acarició suavemente su rostro y después entrelazó fuertemente los dedos de sus manos con los de ella—. Eres mi esposa, nos casamos hace tres años y vivíamos en este hogar los dos juntos.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Sí, sí que lo tiene. ¡Piensa, mi vida! Tienes que pensar... Nos queríamos con locura, te pedí matrimonio el día de nuestro segundo año de noviazgo y nos casamos aquí, bajo ese arco. —Señaló con el dedo hacia el arco de obra que había junto al pozo—. Estaba lleno de hermosas flores como el resto del jardín, te pasabas las horas aquí fuera para mantenerlas perfectas. Yo hice todo esto porque tú me lo pediste, decías que este arco era nuestro amuleto de la suerte. Ese día te prometí hacerte feliz el resto de nuestras vidas y te prometí también que...

—Me darías una hija como deseaba y que le pondrías mi nombre —añadió Valeria interrumpiendo a su marido.

—¡Exacto!

—Dios mío, ¡ahora lo recuerdo todo!

Valeria, emocionada, lo abraza con fuerza y rompió a llorar. Miró a su alrededor y se dio cuenta del mal estado en que se encontraba el cortijo.

—Perdóname, cariño, perdóname por no cumplir mis promesas, por no haberte salvado...

—No tengo nada que perdonarte porque no podías haber cumplido mejor cada una de ellas.

Hugo desconcertado, observó cómo la joven hablaba al mismo tiempo que se acariciaba la barriga.

—¿Estás...? —La emoción le impidió acabar la frase.

—Sí, te lo iba a contar ese día, cuando llegaras a casa. Te estaba preparando una cena especial y salí un instante al jardín para coger flores y adornar la mesa con ellas. Entré corriendo cuando olí el humo. Un palo ardiendo se salió de su sitio, automáticamente las cortinas y el resto se incendiaron, intenté apagarlo pero... No pude...

—Hubiera dado mi vida por salvaros a las dos y haber muerto solo yo —con ternura, tocó la barriga de su amada.

—Hugo, sé que aún sigo aquí porque tenía que explicártelo, quería que supieras que me hiciste la mujer más dichosa del mundo, que no cambiaría ni un solo segundo vivido junto a ti... Te quiero Hugo Anguita, mentí al prometer que te amaría hasta que la muerte nos separase, porque incluso sin vida, te sigo amando y sé que pase lo que pase te seguiré queriendo y nada ni nadie se interpondrá en esto.

El joven miró a su padre y sonrió, con este gesto Víctor comprendió que el momento había llegado. Respondió afirmando con la cabeza y devolviéndole la sonrisa.

Hugo y Valeria se besaron apasionadamente pero nadie dijo que ese beso diera punto y final a esa historia porque ese amor nunca podrá llegar a su final.

El buzón de la calle Berges

Arol Figueroa

En la calle Berges, poco antes de llegar a Castilla, hay un buzón que puede cambiar el futuro inmediato de todos aquellos que arrojen una carta en su interior. Quien lo usa ve cómo sus problemas desaparecen o sus deseos se ven cumplidos sin conocer exactamente el motivo que se esconde detrás de este giro en sus vidas.

Al compararlo con cualquier otro buzón de Jaén no se encuentra nada especial en él. Es amarillo, de forma tubular, cabeza un poco redondeada y una boca por donde traga los papeles y las cartas de las personas. La única característica que lo diferencia de otros similares es el brillo que tiene todas las mañanas.

Antes de jubilarse, Belarmino Fernández, un empleado de la Oficina de Correos y Telégrafos, escribió ciento dos cartas y en cada una de ellas puso dos deseos. El primer deseo lo dejó para las cosas que quería que se cumpliesen y el otro lo reservó para hechos que prefería que fracasaran. “Que el hijo de la señora Teodora la visite al menos una vez al año”; “que el bus de la línea 21 pase a su hora todas las mañanas”; “que no cierren la tienda que vende sellos y bolígrafos de mejor calidad que los del supermercado”, eran algunas de las cosas que había escrito.

Después de instalar el buzón, hace más de 20 años, Belarmino soltó en su interior las ciento dos cartas que días antes había escrito meticulosamente. Esa tarde el cartero de turno se llevó una bolsa inmensa y Belarmino volvió a su casa dibujando una sonrisa por lo que iba a suceder, pero pasaron los días y nada cambió.

El viejo hombre de correos, ya jubilado, podía aguardar semanas para saber si algunas de sus peticiones se hacían realidad por algún milagro, pero prefirió hacer algo cuando vio que el bus de la línea 21 seguía con retrasos, el hijo de la señora Teodora no daba señales de vida y el negocio de la esquina había cerrado.

Como todas las mañanas, bajó a comprar el periódico y en lugar de volver al salón de su casa, se sentó en el banco que había frente al buzón y desde allí, asomando la mirada por sobre las hojas de *La Voz de la Ciudad*,

observó a todos los que iban a echar una carta. Quería conocerlos mejor y decidir en quiénes de ellos se enfocaría.

El primero en aparecer fue un muchacho gordito, de barba tupida y estatura escasa que llevaba entre dos y tres cartas. Un rato después una mujer de gabardina beige esperaba frente al buzón antes de meter el sobre, como si pensara en lo que sucedería una vez que se desprendiera del papel. Otra mujer, esta con canas en la cabeza y espalda encorvada, llegó a las diez para dejar un sobre marrón. Cada uno de ellos tenía una historia que contar. Cada uno de ellos tenía historias que no contaban, un antecedente que los llevaban hasta allí, pensativos, despreocupados, tristes y alegres. Cada uno de ellos tenía una carta y un objetivo que cumplir.

Tal vez fue por experiencia, tal vez por costumbre, Belarmino se quedó con una llave del buzón después de instalarlo así que decidió utilizarla. “Si los deseos no se cumplen por un acto mágico será una señal para hacerlo realidad”, pensó mientras abría la puerta por donde se podían sacar las cartas. Al azar sacó unos diez sobres pequeños y se los llevó a su casa, donde usó el vapor de la tetera para abrirlas con cuidado. Uno a uno depositó los papeles sobre la mesa formando dos filas. Con las gafas asentadas en la punta de la nariz y una taza de té negro se sentó frente a su botín para inspeccionarlo con cuidado.

las cartas ajenas es un delito ético al que se puede llegar por el camino de la curiosidad desmedida, o, por pensar que se persigue un bien mayor. Belarmino estaba convencido que su decisión se ubicaba en el segundo grupo. Pensaba que leer cartas que no estaban destinadas a él no podía ser algo bueno, pero necesitaba hacerlo para solucionar problemas o alegrar a las personas. “Cualquiera que sonría puede perdonar”, se decía mascullando en la soledad de su casa.

La primera carta que leyó era de un tal Fernando, quien se ahogaba en un mar de dudas frente a una chica llamada Matilde. Le decía que se lo había pasado bien, que la película le gustó y que le agradó ir acompañado, aunque inmediatamente cambiaba de tema y hablaba de su gato, de los vecinos del sexto y del calor que hacía en la ciudad en verano, donde no se podía llegar a la esquina sin sentir un hilo de sudor atravesar la espalda.

Belarmino, con una caligrafía cuidada y prolija, imitó lo mejor que pudo la letra de Fernando para contar que la película no solo le había gustado, sino que la especial compañía hizo la velada mucho más agradable y le propuso ir a la función del siguiente domingo. No se detuvo con los vecinos del sexto pero sí aprovechó el calor intenso para invitarla a tomar un helado bajo la sombra de los árboles de la Plaza de Las Palomas.

Una vez terminada la carta, Belarmino comenzó a escribir la respuesta; la sutil respuesta que hablaba de la película, de la compañía y de la posibilidad de ir a la plaza a disfrutar de un helado. Le escribió sobre el verano caluroso y sobre ir al cine a la función de las cuatro. Ambas cartas tenían un día y hora de encuentro; ambas tenían finas coincidencias que dejaban abiertas las puertas de una complicidad tímida. Con el tiempo, lo imaginaba el autor, los dos se darían cuenta de la farsa, pero estarían tan bien juntos que creerían que se trataba de un milagro.

Entre los papeles rescatados del buzón también encontró la carta de una pareja que pedía más plazo al banco para pagar una deuda, pero los argumentos que daban eran tan pobres y los errores de ortografías tan graves que era casi un hecho que el empleado de turno rechazaría el pedido así que decidió reescribirla en un papel más elegante, con mejores palabras y destacando que una renegociación podría ser beneficiosa para los intereses bancarios. “Por lo menos una vez recibida la carta la burocracia dará un poco más de plazo a la pareja”, pensó al cerrar el sobre.

Una madre escribiendo a su hijo, un pedido de una beca para estudiar en el extranjero que necesitaba corrección y una carta de presentación a la universidad fueron algunas de las primeras que reescribió; algunas de las tantas en las que el extrabajador de correo guardaba expectativas y se ilusionaba pensando que algo cambiaría.

Las misivas -Belarmino prefería usar esa palabra porque pensaba que era mucho más poética y abandonada- tenían una vida de mentira efímera que se terminaría con la primera confesión de un enamorado, con la segunda carta del banco o con cualquier llamado telefónico que corriera mucho más veloz que el cartero de la mañana. Si una mentira es insostenible siempre, un engaño con pruebas en papel es mucho más frágil, pero la esperanza radica en que ese engaño perdure tanto como para que al ser descubierto no sea tan importante como el objetivo que se persiguió con él.

Lo que comenzó con un puñado de papeles se convirtió, con el paso de los meses, en un trabajo a tiempo completo. Como suele suceder con las tragedias y las buenas noticias, la voz se corrió rápido y la gente comenzó a decir que se trataba de un buzón mágico donde se echaba una carta e, inmediatamente al soltarla, ésta se reescribía. Algunos, más propensos a los milagros, encendían velas y llevaban flores pensando que el alma de alguna persona vagaba por los alrededores y que gracias a esto las cartas pasaban por una transformación.

Los comentarios se propagaron tanto que la Oficina de Correos y Telégrafos se vio obligada a instalar una caja de metal que funcionaba como anexo cuando el buzón colapsaba, pero lejos de ayudar esto enfurecía a algunas personas que preferían esperar a que se vaciara el buzón. Se formaban colas de muchas personas para dejar las cartas.

La misión se había hecho tan famosa que Belarmino tuvo que dejar de ir por las mañanas. Se quedaba en casa corrigiendo cartas y leyendo *La Voz de la Ciudad* y salía por la noche con el carro del supermercado, recogía las cartas que creía que podría escribir nuevamente y regresaba, agotado, a la cama.

El caso llegó a oídos de un periodista que vio en la historia un filón que podía explotar y que, si obtenía buena información, podría conseguir ir a primera plana con un artículo que lo leería toda la ciudad. Si obtenía datos; testimonios y, por supuesto; una fotografía, su nombre se oiría en todos los

rincones. La fama y el éxito dependían, para él, de un artículo bien redactado mostrando lo que se había ocultado hasta el momento como si se tratase de una verdad que mereciera ser revelada.

La noche del lunes 29 de enero Belarmino fue un poco más pronto que de costumbre porque las calles se vacían antes en invierno y porque esa noche la radio decía que iba a nevar sin pausa. Al llegar al buzón miró hacia los lados, como hacía siempre, y al no ver a nadie sacó las cartas y las metió en su carrito. Estaba a punto de irse cuando una luz blanca como un rayo lo encegueció y un instante después alguien le preguntaba, casi a los gritos, si era él quien cambiaba las cartas. Belarmino retrocedió unos pasos cubriéndose los ojos cuando otro flash le golpeó directamente en la cara. Cogió su carro y trató de huir pero el hielo lo hizo resbalar, clavó las rodillas en el suelo, las cartas se desparramaron a su alrededor y su única reacción fue encoger el cuerpo y cubrir la cabeza para que no lo vieran llorar.

Después de hacer muchas preguntas y disparar la cámara fotográfica tantas veces como pudo, el periodista se fue. No consiguió ni una sola respuesta pero creyó tener las imágenes suficientes para su historia por lo que salió corriendo hacia la redacción.

La noche fue imposible. Belarmino dio vueltas en la cama y cuando conseguía dormir aparecía el periodista como una pesadilla que lo atacaba. Prefirió levantarse antes del amanecer, beber un té y trabajar en las tres cartas que rescató del suelo aunque su concentración poco ayudaba.

A las ocho, como todas las mañanas, fue al quiosco de la esquina a comprar el periódico y en lugar de saludar, como de costumbre, su cuerpo se paralizó cuando vio su rostro en la portada de *La Voz de la Ciudad* junto al titular “Un ladrón de cartas se esconde tras el buzón de la calle Berges”. Después de pagar escondió el periódico bajo su abrigo y caminó con prisa mirando sus zapatos. No podía enseñar su rostro a nadie más ahora que era conocido, ahora que los dedos lo acusarían de haber robado las cartas de otros.

No abrió la puerta de su casa durante días. Veía por la ventana del salón cómo los periodistas se acercaban, llamaban al timbre y se quedaban horas esperando. Algunas personas se apostaban en la acera como simples curiosos, se los podía escuchar discutiendo sobre la sociedad en la que vivían donde los milagros reales no eran posibles y se lamentaban de que las

personas acosaran tan descaradamente a un hombre mayor.

Dando empujones, entre los periodistas y la gente, se hizo hueco un hombre, escuálido y alto, junto a una mujer de pelo castaño y mirada huidiza que llevaba un sobre y una rosa en su mano. Metieron el sobre por debajo de la puerta y dejaron la flor en la entrada antes de salir perseguidos por los periodistas.

Dentro del sobre había un sello y dos cartas, una de ellas dirigidas a Belarmino. En la misiva le contaban que eran muy felices, que estaban esperando a su primer hijo y que aún conservan aquella correspondencia cruzada que, para ellos, fue un milagro que los unió. Le pedían, como último favor, que les ayudara a escribir unas palabras a los padres de ella y se despedían firmando como Fernando y Matilde.

A esa primera visita siguieron más. Algunas cartas venían acompañadas de flores, otras de cajas con bolígrafos de colores, plumas costosas, chocolate y alguien se atrevió a dejar una Lexikon 80.

Al cabo de unos días, cuando la prensa perdió interés, Belarmino recogió las cartas y volvió a trabajar. El buzón de la calle Berges estaba solo y vacío. Los milagros habían cambiado de dirección.

Mi primer segundo gran amor

Marien F. Sabariego

Día 1

Las maletas estaban junto la puerta de nuestra casa. Solo faltaba que viniera Luis, que había ido a recoger el coche al taller mecánico. Le había hecho una puesta a punto para no tener ningún percance durante nuestro viaje. Todos nuestros familiares y amigos nos decían que estábamos locos por querer cruzar casi media España de punta a punta: desde Jaén hasta Lisboa. Ese era el plan. Lo que no sabían ellos es que nosotros estábamos encantados e ilusionados con la idea, pues era nuestro primer viaje como recién casados.

Tras la boda no tuvimos tiempo de poder disfrutar de nuestra luna de

miel. Así que una escapada teníamos pendiente. Mi recién estrenado marido no pudo cogerse los quince días que le correspondían por nuestro enlace matrimonial. “Demasiado lío en la empresa”, dijo su jefe con cara de pocos amigos. Pero había llegado el momento.

—¡Amor! ¡Ya llegué! —La voz de Luis hizo eco por todo salón de casa.

—Por dios santo, ¡qué susto me has dado! —exclamé.

—¿Oh! ¿Mi niña bonita se ha asustado? —Estaba haciendo mojigangas con su cara y yo estallé con una risa incontrolable. —¿Preparada para nuestra gran aventura?

No podía estar más emocionada, daba saltitos de alegría alrededor de él. Amo a este hombre con toda mi alma, con todo mi ser. No sabría qué hacer sin él. Me abalancé sobre su cuello y empecé a mordisquearle. Mis manos recorrían todo su cuerpo, y él se dejaba hacer.

—¿Tenemos tiempo para... jugar un poco? —le dije con una sonrisa pícaro.

—¿Parchís, oca, unas cartas...? ¿Qué sugieres? —decía junto a mi boca, entre beso y beso. Se le notaba que estaba disfrutando con este juego.

—Tengo otro juego en mente —dije todo lo sugerente que pude. Y sin ningún pudor me fui directa a su entrepierna.

○○○○○○

Luis llegó a mí sin avisar. Nunca había tenido pareja, novio, ni ningún rollo de verano. Nada de nada. No sabía lo que era amar a alguien. No sabía lo que era sentirse querida y especial. No sabía ni siquiera el sabor de un beso. Todo eso me lo enseñó él.

Era julio del 99. Tenía 14 años. Había vuelto a la vida tranquila del pueblo para pasar el verano con mis abuelos. La orquesta sonaba a todo volumen. Los niños pequeños jugaban a las carreras de sacos. Las charangas tocaban en cada esquina, y ahí estaba yo, como año tras año, en la verbena.

Mis amigas y yo corríamos como locas hacia el centro de la plaza. Había empezado a sonar *la lambada*. Todas gritábamos “¡ésta me la sé!”, y nos dejábamos llevar por el ritmo de la canción.

—¿Quién es ése? —le pregunté a Marga, señalando con el dedo.

—Es Luis, el nieto de Vicente *el chaquetas* —dijo arqueando repetidas veces las cejas.

—Pues menuda percha tiene. Qué mono es, ¿no? —No podía dejar de mirarlo.

Seguimos bailando canción tras canción. No faltaban los clásicos: *Paquito el chocolatero*, *la Macarena*... Y llegó el turno de la conga. ¡Milagro! Era el mejor momento para tener un encuentro casual con el chico más guapo que mis ojos jamás habían visto. Y eso que Pablo de octavo estaba más bueno que el queso.

Estábamos todas en fila ya preparadas, unidas una tras otra a través de nuestras manos colocadas estratégicamente sobre la cintura. Tenía que conseguir, sí o sí, colar a Luis. A lo lejos, lo veía un tanto tímido. Pero eso no me iba a suponer ningún problema, y mucho menos un impedimento. Podía llegar a ser muy persuasiva. Para mi suerte, el cabecilla de su pandilla los animó para que se unieran a la ya kilométrica conga. Ahí estaba mi bendita oportunidad.

Un tanto *anti rítmico*, movía las piernas para un lado y la cabeza para otro. «¡Qué desastre! Pienso decirle lo mal que se mueve». Fui colándome entre unos y otros hasta que conseguí mi objetivo. Me encontraba justo detrás de él.

—Bailas fatal, ¿lo sabías?

«¡Qué poca vergüenza tengo!». El abuelo ya me hubiese pegado un buen capón.

—Discrepo. Mira a Pedro. Va más rígido que el espantapájaros de la huerta de mi tío Gregorio. Yo bailaré mal, pero al menos bailo. —Me dijo ni corto ni perezoso.

Su boca esbozó una sonrisa preciosa, y yo no podía parar de mirar sus labios carnosos. La canción terminó, dando paso a *la barbacoa* de Georgie Dann. La fila india de la conga se había evaporado. Los chicos habían vuelto con sus pandillas correspondientes, excepto nosotros, que nos quedamos frente a frente mirándonos a los ojos.

—Me llamo Alba —grité junto a su oído. «¡Qué bien huele!». La orquesta sonaba a todo volumen.

—Encantado. Yo soy Luis. —Sus carnosos labios se estrellaron contra mis mejillas. — ¿Bailamos? —dijo mi galán anti rítmico.

—Sólo si no me pisas los pies. —Los señalé para enseñarle mis dedos desnudos, que estaban al descubierto a causa de mis sandalias.

—¡Ja! Lo intentaré —decía entre risas.

Bailamos una canción tras otra, perdimos la noción del tiempo. Nuestros amigos habían desaparecido de la plaza. Sólo quedaban los *abueletes* tras la barandilla, y algunas parejas dispersas bailando pegados. Debía de ser ya muy tarde.

—Será mejor que te acompañe a casa. —Luis era todo un caballero.

—Hoy soy como *Cenicienta*, tengo permiso hasta media noche —le dije encogiéndome de hombros con una sonrisa de medio lado.

Él miró su reloj, vi el pánico en sus ojos. Miré el mío. Eran las 00:28 horas. «¡Madre mía, el abuelo me mata!». Lo peor que podría pasar sería que me castigase y ya no pudiese salir en todo el verano. Me quedaría sin ver a Luis, y eso sí que sería lo peor del mundo porque no pensaba separarme de él en lo que me quedaba de vida.

—Pues tu carroza ya se habrá convertido en calabaza porque mira lo tarde qué es. Vamos corriendo, no quiero que te echen un rapapolvo.

Cogidos de la mano, nos perdimos por los callejones corriendo frenéticamente. No podíamos parar de reír. Luis rezaba para que mi abuelo no lo viese junto a mí; no quería por nada del mundo que el nieto de Vicente *el chaquetas* estuviese en su lista negra, tan popular por el pueblo. «A saber a cuántas personas les habría hecho la cruz el gruñón del abuelo».

Para nuestra suerte, las luces del caserón estaban apagadas y no se oía ningún ruido en su interior. Eso sólo podría significar una cosa, mis abuelos seguían en la verbena. «¡Yuhuuu!». Nos despedimos cariñosamente, nos juramos volver a vernos al día siguiente para repetir la magnífica velada, ya que había mejorado considerablemente sus pasos. Corrí hacia mi habitación para darme una ducha rápida y ponerme el pijama. Estaba toda sudaba con la

carrera que nos habíamos dado. El timbre viejo sonó varias veces, y en dos zancadas me encontraba junto al postigo de la puerta. Era Luis. «Me pregunto que se le habrá olvidado...».

—¿Puedes abrir? —dijo a través de los barrotes.

Asentí. Estaba intrigada.

—Se me ha olvidado darte una cosa.

Un dulce beso se posó junto a mi boca y yo empecé a volar por el cielo sorteando estrellas. Nunca pensé que ese beso hubiese supuesto tanto para mí. Dio comienzo a nuestra relación, y desde entonces, nunca nos hemos separado. Vivo y respiro para este hombre; si no lo tuviera junto a mí me perdería en este caótico mundo.

○○○○○○

—¿Has cerrado la puerta de casa con llave? —Me preguntó desde su asiento.

—¡Claro, cariño! Y sí, antes de que me preguntes, también están bajadas todas las persianas, las luces apagadas y tu madre vendrá a regar las plantas... —«Relájate...».

La ruta salía en la pantalla del GPS. Serían sobre unas siete horas y media de viaje según el dichoso aparatito de Luis. Me estaba poniendo nerviosa con esa voz tan robotizada. Sumando las paradas, calculaba que dentro de unas diez horas llegaríamos a nuestro destino.

El tráfico era fluido, no había complicaciones en la carretera. El sol lucía de forma cegadora y yo estaba haciendo de dj con la radio del coche. Me lo estaba pasando pipa. No paraba de restar minutos a la cuenta atrás que me había marcado. Solo quería sacar mi bikini de la maleta y tumbarme en la arena; disfrutar de mi marido las veinticuatro horas del día y volver a Jaén relajada, bronceada y si podía ser, con un mini Luis en mi vientre.

Todo pasó muy deprisa. Un camión de grandes dimensiones se acercaba a nosotros a gran velocidad. No sé muy bien que clase de maniobra estaba realizando Luis. No sé si frenaba o aceleraba. Todo iba a cámara lenta. Millones de imágenes de familiares y amigos venían a mi mente. Pensaba en todos y cada uno de los años que Luis y yo llevábamos juntos.

Todos los recuerdos se agolparon rápidamente.

El gigante de acero seguía haciendo ochos sobre el asfalto. El impacto iba a ser inminente. No podía dejar de mirarle, seguramente mi cara de pánico no sería menor que la suya. Nos cogimos fuertemente de la mano, pero no era suficiente para mí. Lo abracé y nos cubrí con nuestros brazos, como si así el daño que íbamos a sufrir en ese instante fuese menor. Nos dio de lleno. ¡Puum!

La nueva versión de la canción *frente a frente* de Jeanette, cantada por el gran Enrique Bunbury, seguía sonando por los altavoces del coche. «...*Que poco queda de nuestro amor, apenas queda nada...solo quedan las ganas de llorar, al ver que nuestro amor se aleja...*» Gritos, voces, ambulancias, sirenas, policías, bomberos. Me dolía mucho la cabeza, había sangre por todas partes. Mi pierna estaba fracturada. Estaba segura de ello porque veía cómo asomaba el fémur.

—Señora, señora... ¿puede decirme cómo se llama? —dijo un técnico de la ambulancia.

Seguramente fuese el médico. Todo lo veía borroso excepto la cruz roja que portaba en el bolsillo de la camisa azul. Un pitido ensordecedor hizo que me encogiese de hombros. La cabeza me iba a estallar. ¡Mis oídos! Todo me daba vueltas. Tenía ganas de vomitar. La quemazón que tenía en la garganta me lo estaba indicando. Y de repente, vino el silencio acompañado por la oscuridad.

Día 5. Día 1 de mi nueva vida.

Me desperté sola en una gran sala muy iluminada de color blanco. Estaba rodeada de cables y respiradores. De los hierros de la cama colgaban varias bolsas con un líquido transparente en su interior. No sabía dónde estaba. En la puerta de entrada de la habitación divisé una placa no muy grande con tres grandes letras en color azul eléctrico. Ponía UCI. No entendía nada. «¿Cómo he llegado hasta aquí?».

La puerta se abrió y entró una enfermera vestida de color azul. Se llamaba Silvia, según ponía en la placa que lucía en el bolsillo de su bata. Ésta empezó a tocar unos botones y a desconectar unos cables de alrededor.

Inmediatamente después entró el médico que sin cruzar palabra conmigo, empezó a realizarme un reconocimiento. Pasados unos minutos, empezó a hablar.

—Hola, Alba. Soy el doctor Figueroa. Lo que voy a decirle puede impresionarle un poco. Será totalmente comprensible, no se preocupe. Escuche con atención...

No daba crédito. No recordaba absolutamente nada acerca del accidente que había detallado. Según me había contado el doctor, había pasado cuatro días en coma en un estado grave. Me habían realizado una reconstrucción del fémur. Posteriormente, tendrían que volver a intervenir para retirar los hierros y clavos que tenía puestos, así como también acudir a rehabilitación para fortalecer los músculos y la pierna para que no quedase con una cojera permanente. Eso era lo peor físicamente, al menos eso creo. Me habló también del traumatismo craneoencefálico que sufrí. Mi cabeza estaba vendada, y por suerte, estaba cicatrizando muy bien. Lo bueno era que no existían coágulos de sangre por ningún lado, aunque, posiblemente sufriera algunos episodios de amnesia. «Posiblemente no significa que así sea...». En breve, pasarían mis familiares una vez informados de que el peligro ya había pasado y que por fin había despertado del coma. Ahora sólo quedaba por delante una lenta recuperación. En unas horas pasaría a planta y podría recibir visitas.

Los primeros en pasar fueron mis padres. Entraron en la habitación como una bala y se abalanzaron sobre mí entre lágrimas. No paraban de repetir una y otra vez lo afortunados que eran. Después entraron mis hermanos e hicieron lo mismo que mis padres. Después pasó un chico que iba en silla de ruedas. Tenía un brazo en cabestrillo, y una pierna ligeramente escayolada. Varios moratones en los pómulos, y el labio ligeramente partido. A pesar de todo esto, era muy guapo. Era moreno, llevaba el pelo un poco largo y alborotado, como si acabase de despertar. Sus ojos eran de color azul grisáceo. Preciosos. En mi cabeza no paraba de rondar una sola frase. «Qué mono es, ¿no?». Tenía un paño de lágrimas en los ojos. Estaba emocionado. Se acercó a mí con sigilo y me agarró fuertemente la mano. Su tacto era cálido y reconfortante.

—Amor...estaba tan preocupado por ti. Creía que no ibas a despertar nunca. Lo siento... lo siento tanto... —Y lloró como un niño desconsolado

hundiendo su cara en el colchón de mi cama. No entendía nada.

—Perdona, ¿quién eres? —Rápidamente alzó la cabeza y en sus ojos vi reflejado un pánico que me resultaba familiar, como si ya lo hubiera visto antes.

—No... no... no... cariño, no me hagas esto. Te lo suplico, ¡por favor! Alba, soy yo, ¡Luis! Tu marido...

Seguramente sería a causa del accidente que me había detallado el doctor Figueroa, o quizás porque todos los detalles del lamentable siniestro se estaban agolpando en mi cabeza, pero inmediatamente entré en shock. No paraba de temblar y mi respiración se volvió acelerada y dificultosa. «¿Mi marido?». Un sinfín de pitidos empezaron a salir de las máquinas que me rodeaban y el tal Luis salió rápidamente de la habitación, escoltado por las enfermeras que habían llegado en mi auxilio.

Día 6. Día 2 de mi nueva vida.

No recuerdo mucho del día anterior. Pero las palabras de mi supuesto marido estaban en mi cabeza en modo *repeat* una y otra vez. Después de que las enfermeras lo sacasen de la habitación, un psicólogo vino a visitarme. Me estuvo explicando que mi episodio de amnesia se debía al fuerte golpe que me había dado en el accidente. Podría ser algo temporal o de forma permanente, pero iba a ayudarme a intentar recordar, se diese el caso que se diese. La única condición impuesta sería la cooperación, tendría que poner de mi parte para facilitar la recuperación. Tendría que hablar con el tal Luis, quizás así, recuperaría mi consciencia y todo volvería a ser como antes del accidente.

Día 7. Día 3 de mi nueva vida.

Marcaban las nueve en el reloj de la habitación cuando escuché como tocaban a la puerta. Ésta se abrió, y lo vi entrar como a cámara lenta. Ya no utilizaba la silla de ruedas. Y los moratones estaban cambiando a un color verdoso. Tenía unos andares muy sexis, y un movimiento de caderas muy sugerente con cada paso que daba. Iba con ropa holgada, pero aun así podía imaginar perfectamente todo lo que se ocultaba tras ella.

Traía una bolsa y sentía curiosidad por lo que habría dentro. Titubeaba un poco, como si no supiese muy bien que decir ni cómo actuar. Se le veía preocupado. Seguramente porque yo era su mujer, y él era mi marido, pero este último dato lo sabía porque él mismo me lo había contado, no porque lo recordase como tal. Decidí romper el hielo iniciando la conversación. «Cooperación».

—Hola... siento mucho que te echasen así de la habitación el otro día. —Notaba como se me estaba formando un nudo en la garganta con cada palabra que pronunciaba. —Sigo sin recordar nada. Lo siento mucho, Luis, no te recuerdo, no te reconozco...

Sus ojos tristes se empañaron, pero las lágrimas se quedaron ahí retenidas. Me miraba con ternura y preocupación. Con amor y desconcierto. Con cariño y amargura. Demasiados sentimientos se veían a través de sus ojos vidriosos. De la bolsa que había traído sacó una especie de block. Era de color rojo, y con letras de colores se podía leer "nuestros *recuerdos*". No hacía falta que me explicase para qué era. Se presentaba una jornada de trabajo muy interesante.

—He traído esto. —Dijo enseñándome el álbum. —Me han comentado que ver fotos ayuda bastante. Y me... —le interrumpí.

—Ven, siéntate aquí a mi lado.

De repente, vi cómo un nuevo sentimiento se acomodaba en su mirada. La esperanza.

Día 8. Día 4 de mi nueva vida.

Ni el médico ni el psicólogo sabían decirme exactamente cuánto tiempo tardaría en recuperarme. Una cosa eran los daños físicos, más o menos calculaban que en torno a los seis meses volvería a ser todo como antes. Por otra cosa estaba mi amnesia, en la que no había forma de saber cuánto tiempo me acompañaría en mi vida. Resultaba irónico que recordarse a mi primo Víctor, el cual llevaba al menos veinte años sin saber de él. O que tuviera algunas lagunas escabrosas del accidente, pero que no recordase nada de mi marido: ni nuestro noviazgo, ni nuestra boda, ni nuestra casa. Nada de nada.

Luis se encargó ayer de enseñármelo todo. Estuvimos viendo miles de fotos. Hoy seguiríamos con el mismo plan. Me lo contó todo; cómo nos conocimos, cómo había sido nuestra vida desde ese momento. Pero lo que no sé son las sensaciones que me hacía sentir antes, no sé cómo era su forma de quererme, cómo era su forma de amarme. O cómo era la forma en la que yo lo hacía. De eso no había constancia alguna. Ni siquiera escribía un diario. Me sentía extraña e incómoda. Todo era como si de un matrimonio concertado se tratase y que la unión debiera de hacerse sí o sí.

—Mañana vendré con algunos vídeos que tenemos guardados, quizás así te ayude más.

Yo no lo veía tan claro.

Día 9. Día 5 de mi nueva vida.

Había amanecido con un humor de perros. Había dormido fatal. Una pesadilla tras otra acerca del momento del accidente. Lo revivía una y otra vez, pero Luis no aparecía por ninguna parte.

En el día de ayer me pareció un chico de lo más interesante, fue amable conmigo en todo momento, muy afectuoso y cercano a mí. Cada vez que me rozaba se me erizaba el vello, pero es que es tan guapo y atractivo que creo que sólo es eso, atracción por su físico. Y verdaderamente me gustaría quererlo, pero no sé si lo conseguiré algún día. Eso, o que mi amnesia desaparezca y todo vuelva a ser como antes.

Eran las nueve y de nuevo estaba llamando a la puerta de la habitación. Traía consigo una caja con todos los vídeos que en el día de ayer me prometió. Se movía de una forma más natural y se le veía más cómodo conforme iban pasando las horas. Todo lo contrario, a mí, que por extraño que pareciera, cada vez me sentía más insegura a su lado. Demasiada información. Sólo sabía una parte de todos los hechos, la que él me contaba. «¿Y si me está engañando y realmente no somos tan felices como él me quiere hacer ver?».

—Mira, ahí estábamos en la fiesta de cumpleaños de Marga. Ahora entras en escena tu...y... ¡mira! —estalló con una risa incontrolada, le lloraban hasta los ojos.

Yo tropezaba con una de las chanclas de Luis y caía de bruces contra la tarta de dos pisos. Había tarta por todos lados y mi cuerpo estaba totalmente cubierto de nata y chocolate. Mi aspecto era lamentable, pero a él parecía no importarle en absoluto. Empezaba a recorrer todo mi escote con su lengua, se le veía en su salsa y estaba disfrutando con mi infortunado tropiezo. De repente, un cosquilleo se instaló a la velocidad de un rayo en mi entrepierna. «¿Qué ha sido eso?». Mi rebelde marido olvidado aparecía en el video desnudo de cintura para arriba. Lucía un bañador corto que le llegaba hasta la mitad del muslo, y que dejaba ver sus musculosas piernas. Yo lo miraba de reojo. Él seguía disfrutando ensimismado con las imágenes que aparecían en la televisión. Bajo la ducha, sus manos recorrían mi cuerpo para quitarme los restos de tarta que aún quedaban. Me cogía en brazos, me echaba sobre su hombro, nos zambullíamos en la piscina. Nos besábamos. Y nos volvíamos a besar. Así una y otra vez. Se me veía muy feliz junto a él. Estaba deseosa por poder recordar ese momento.

Día 10. Día 6 de mi nueva vida. Día 1 de mi nuevo futuro.

Me había pasado toda la noche sin dormir, pensando en nuestra tarde anterior. En todos los vídeos que habíamos visto se nos veía muy felices, la complicidad reinaba en todos y cada uno de ellos. Con cada roce, mi vello se erizaba. Un escalofrío me recorría la espalda, y además no iba a negarlo, había pensado en él de una forma íntima. Durante estos últimos días se había portado como un caballero. No había intentado propasarse conmigo, aunque me preguntaba cómo sería el sentir uno de sus besos. Había llegado el momento de forzar un poco la situación.

Eran las nueve y mi sexy marido olvidado estaba aquí otra vez para hacerme recordar nuestro amor. Tenía mejor aspecto, la inflamación de su cara había disminuido y yo lo encontraba más guapo que nunca. Bueno, más que nunca no. Más guapo que el primer recuerdo que tengo de él, de hace cinco días.

—Hoy estás preciosa, cariño. —Sus mejillas se enrojecieron al darse cuenta de su posible error.

—Tú también tienes mejor aspecto hoy.

«Mi dulce, encantador y guapísimo marido olvidado».

Ahora la que se había puesto colorada como un tomate era yo.

Estrechó su mano junto a la mía. Me miraba fijamente a los ojos. Apretaba sus labios, parecía como si no quisiese emitir ningún sonido y que la magia que se estaba creando se evaporase. Era el momento de averiguar en lo único que había estado pensando en toda la noche. Su perfecta boca. Sus anhelados besos.

—Ven aquí —le dije. Luis parecía dudar ante la intención de mi confesión.

—No quiero estropear nada, Alba. Creo que todo va bien conforme está. —No iba a darme por vencida.

—No vas a estropear nada. Sólo quiero probar una cosa.

Luis se acercó con sigilo, se sentó sobre la cama y me acarició la cara. Instintivamente cerré los ojos, su caricia me estaba haciendo enloquecer, y de nuevo estaba otra vez ahí. Ese cosquilleo. Yo le correspondí de la misma manera, levanté mi mano y acaricié sus hematomas con delicadeza. Con mi dedo pulgar rocé su labio herido, cerró los ojos y emitió un gruñido. Me incorporé y me acerqué a su boca. Posé mis labios junto a los suyos y empecé a volar por el cielo sorteando estrellas. «Recuerdo esta sensación». Fue un beso breve, pero emotivo. Las lágrimas de Luis empezaron a brotar de sus ojos. Le empezó a temblar la mandíbula y comenzó a decir palabras que mis oídos no lograban descifrar.

—Te he echado tanto de menos, cariño. Regresa a mí. Regálame tu sonrisa al despertar, rodéame siempre con tus brazos cuando llegue a casa del trabajo, prepárame esos deliciosos bizcochos que tú sabes hacer. Quiéreme, ámame, te lo suplico. Vuelve a mí.

Su confesión me estremeció. Me gustaba este chico, me gustaba mi marido olvidado. Millones de preguntas sin respuesta se estaban formulando en mi cabeza. ¿Sería capaz de amar a este hombre? Es un completo extraño para mí en estos momentos y no sé si sería capaz de darle todo lo que me estaba pidiendo.

—Acabo de estropearlo, Luis. Por favor, vete.

No recordaba si alguna vez le rompí el corazón al chico que tenía delante, pero de lo que sí estaba segura era de que, en ese momento, acababa

de hacerlo. Podía verle en el suelo hecho añicos y cómo mi marido olvidado se descomponía y se hacía trizas.

Día 12. Día 8 de mi nueva vida.

Habían pasado dos días. Seguía sin noticias de él desde que le pedí que se fuese de mi habitación. Había tenido tiempo para pensar y decidir qué hacer con Luis. Recordaba que unos días antes me decía a mí misma que me gustaría querer quererlo. Y sin saberlo, ya lo estaba haciendo.

Sólo necesitaba una pequeña ayuda para poder realizar esta locura.

Día 13. Día 9 de mi nueva vida.

—Mamá, ¿lo tienes todo? —le dije nada más entrar por la puerta.

—Sí hija, sí. No te alteres. —Estaba un poco histérica.

Aquí estaba. Escondido entre todas las bolsas y paquetes que le había pedido a mi madre que me trajese al hospital, estaba mi vestido de novia. Esto iba a ser una auténtica locura. Había perdido a Luis. Y había buscado el remedio o la grandiosa idea entre todas las absurdas que se me habían ocurrido.

Pensaba ponérmelo. Iba a vestirme de novia por segunda vez en mi vida. De la primera no tenía recuerdos, sólo me había visto en fotografías. De ésta segunda vez, pensaba grabar este momento y lo mantendría por siempre jamás guardado en mi corazón.

—En otras condiciones te diría que esto es una locura, Alba, pero dadas las circunstancias... no lo es en absoluto. Luis ha sido siempre el gran amor de tu vida, tu primer gran amor. Estoy muy orgullosa de ti, de que le des esta segunda oportunidad a tu corazón. Pero el amor que sientes por él, está ahí. Te lo aseguro. Está en ti. —El nudo de mi garganta iba en aumento conforme mi madre iba pronunciando cada palabra.

No podía tener mejor suerte. Hace 18 años puso mi vida patas arriba. Tengo una laguna mental de todos esos años, sí. Pero llevaba más tiempo con él, que sola. Y si eso había sido así, sólo podía significar una cosa. Que era el chico más especial que jamás podría encontrar.

Ahora tendría que llamar a Luis. Según me había contado mi madre, no se encontraba demasiado bien. Lo había visto con sus propios ojos cuando había ido a nuestra casa a recoger las cosas que le había pedido. Habló con ella sobre lo que había sucedido en la habitación y le dijo que la poca esperanza que tenía se había esfumado. Se estaba rindiendo y eso no me gustaba para nada. Luis creía que me había perdido, pero él tendría que ver con sus propios ojos que estaba equivocado.

—¿Alba? —El tono de preocupación de su voz me confirmaba todo lo que mi madre me había contado.

—Luis, siento mucho lo que ocurrió el otro día. No deberías haber dejado de venir, necesitaba verte. —El silencio se hizo al otro del teléfono.

—Me dijiste que me fuera, no quería presionarte. Sé que debe ser frustrante el no poder recordar nada, pero no sabes lo que significa para mí ser un total y absoluto extraño para ti. Tengo miedo de lo que puedas pensar sobre nosotros, la sola idea de no volver a tenerte a mi lado... —Se le escuchaba sollozar.

—Ven mañana al hospital, por favor. Hablaremos.

Día 14. Día 10 de mi nueva vida. Día 6 de mi nuevo futuro.

Aquel día me levanté temprano. Había estado toda la noche repasando mi discurso una y otra vez. Tenía poco que decirle, pero lo más importante era que durase lo que durase mi amnesia, iba a estar con él. No quería perder la oportunidad de volver a empezar a su lado.

Lo tenía todo dispuesto sobre la cama. Vestido, velo, anillos. Sin tacones y con muletas. Parecía el título de una película de *Pajares* y *Esteso*. Lo más importante era la reacción de Luis. Sólo quería que viese que haciendo todo esto, estaba más que dispuesta a intentarlo. A paso de tortuga y con la ayuda de mis muletas me encaminé hacia el baño de la habitación. Necesitaba darme una ducha, y prepararme para el gran día. Sería el día de mi segunda primera boda. Me resultaba gracioso.

Me fui desvistiendo con cuidado, el equilibrio no era mi fuerte últimamente. Estos días había tenido la ayuda de mi madre, pero estaba tan impaciente que quería hacerlo yo sola. Fui regulando la temperatura del

agua. Ya está. Listo. Lo más difícil sería meterme dentro y... ¡puuum!.

Día 15

Estaba en mi cama del hospital cuando desperté. Mis padres y mis hermanos estaban a mi alrededor. «¿Por qué tienen esas caras?». Me costaba abrir los ojos, había demasiada luz. Tuve que parpadear repetidas veces para poder adaptarme a ella. Al escuchar mi gruñido, todos se giraron en mi dirección y me miraban con cara de espanto. Mi padre dio dos zancadas y salió corriendo de la habitación. Rápidamente entró el doctor Figueroa. «Esto no me gusta».

—¡Bienvenida! Hola, ¿podrías decirme cómo te llamas? —¿Pero qué clase de pregunta es ésta?

— Sí, claro. Me llamo Alba. ¿Qué pasa? No entiendo nada...

Un fuerte dolor de cabeza hizo que me encogiese de hombros. «Pero si hace un rato yo estaba preparándome para darme una ducha, ¿cómo es que estoy aquí?» El doctor me explicó que había estado inconsciente 24 horas, y que se temían lo peor dados los acontecimientos de los últimos días. Me habían encontrado tendida en el suelo y un pequeño charco de sangre empapaba mi cara. El doctor abandonó la habitación. Me encontraba en perfectas condiciones a pesar del percance. Echaba de menos a alguien en la habitación.

—Mamá, ¿dónde está Luis? —Me estaba empezando a impacientar.

—Ya salgo a buscarle —dijo mi padre.

Todos los demás salieron de la habitación. Luis apareció tímidamente por el quicio de la puerta. Parecía dudar. No sabía si entrar o no. Estaba guapísimo. Llevaba sus vaqueros desgastados favoritos, y una camiseta básica lisa del mismo tono que sus preciosos ojos. Sus andares eran los de siempre, mi marido seguía teniendo esos andares tan sexis y ese movimiento de caderas tan sugerente con el que me volvía loca. Y de pronto recordé, me acordé de lo vivido durante estos días, en los que mi consciencia me había hecho olvidar mis maravillosos dieciocho años junto a su lado. La verbena del pueblo. Nuestro primer beso. Nuestra boda. Nuestro accidente. Mi amnesia. Su desesperación.

No podía dejar de mirarle, mi dulce marido había sufrido demasiado durante estos últimos quince días y pensaba acabar con su angustia inmediatamente.

—Dime que sabes quién soy. No podría soportarlo otra vez. —Su angustia no le dejaba pronunciar ninguna palabra clara.

—Lo siento, cariño. Lo siento tanto...

Sus lágrimas ya no le pedían permiso para salir, caían sin parar sobre sus mejillas.

—No sabes cómo duele todo esto, no puedo soportarlo. Te quiero, te amo, vuelve a mí por favor...—Me confesaba.

—He vuelto, amor, he vuelto y no pienso marcharme nunca más. — Se secaba rápidamente las lágrimas, atónito ante mis últimas palabras.

Tiré todo lo fuerte que pude de su mano, lo acerqué a mí y lo besé. Lo besé con toda la pasión de siempre, con todo el amor que sentía y que le tenía. No sé cuánto tiempo permanecieron nuestras lenguas entrelazadas, pero por nada del mundo, pensaba volver a privarme de éste placer.

—¿Sabes cuándo me darán el alta? —le dije, imitando la voz de una niña pequeña.

—No lo sé aún, cariño, pero puedo preguntar. ¿Tienes ganas de volver a casa? —Sus ojos brillaban más que nunca.

—De lo único que tengo ganas es de hacer el amor contigo. Eso es lo único que quiero.

Mi luz

Sara Halley

Miré, de forma un tanto desapasionada, debo añadir, la pequeña multitud de gotas carmesí que ahora adornaban el frente de mi blusa amarilla. De mi nueva blusa amarilla. ¡Oh, afortunada de mí!

En ese punto, podrías pensar que mostraría cualquier emoción:

conmoción, asco o, tan increíble como esto pueda sonar, incluso excitación.

Pero no.

Nada más lejos de la realidad.

Estaba aburrida, lo cual me hacía sentirme aún más fuera lugar en aquel estadio en el que ni siquiera los vítores, silbidos y aplausos conseguían amortiguar el sonido de carne golpeando carne y los gruñidos de dolor que les seguían. El estadio prácticamente vibraba a causa de la emoción de los asistentes.

Y ahí estaba yo, en primera fila —donde él me quería, para beneficio de su propia paz mental, puesto que no se podía permitir ninguna distracción—, evitando por todos los medios mirar hacia el cuadrilátero que acaparaba la atención de todos los presentes.

Arriesgando un pequeño vistazo en su dirección, me estremecí cuando Marc golpeó sin un ápice de compasión a su adversario, quien lucía como si se fuese a desmayar de un momento a otro, e internamente lo animé a seguir. Que no me gustase la violencia, incluso si estaba enmarcada en el ámbito deportivo, no significaba que no admirase el trabajo duro del que fui testigo que hacía Marc, ni que no me sintiese terriblemente orgullosa de él y de todo cuanto había logrado.

Y de lo que aún estaba por llegar.

Si salía airoso del combate de esta noche, algo que no dudaba que conseguiría, no sólo se proclamaría campeón de España de Artes Marciales Mixtas, sino que en dos meses viajaría a Las Vegas para aspirar al título mundial. Y eso era algo grande.

Enorme, en realidad.

Y por otro lado, algo que yo vería desde la distancia pues a partir de esa noche, desde el momento en el que se anunciase el final del combate, nuestros caminos se separarían.

De forma definitiva.

¡Oh, por Dios!

Esa noche saldría de la vida de Marc, para siempre.

Y fue así, sintiéndome de verdad consciente de la realidad de nuestra situación, que me di cuenta de que lo que momentos antes había considerado aburrimiento, no era tal.

No.

La verdad, la pura y cruda verdad, era que me sentía herida.

Terrible y jodidamente herida. Además de enamorada más allá de lo que las palabras alguna vez podrían expresar. Tanto es así, que en realidad resultaba físicamente doloroso.

Aspiré una brusca bocanada de aire sintiendo que me asfixiaba y tragué el nudo que oprimía mi garganta.

«*No llores. No llores. No llores*». Me repetía el mantra una y otra vez, parpadeando con furia para alejar las lágrimas que pugnaban por escapar de mis ojos.

Enderecé mi postura y me puse en pie, cual borrego, siguiendo los movimientos de todos cuantos me rodeaban. El rugido de la multitud era ensordecedor y por lo poco que, en la bruma de dolor en la que estaba sumida, pude captar, parecía que Marc estaba ganando.

«*Bien por ti, cariño*». Pensé, henchida de orgullo.

Sentí que una pequeña y cálida mano agarraba la mía con fuerza, y miré a mi derecha topándome con los azules y preocupados ojos de mi mejor amiga Lola que, sin mediar palabra, me preguntaban si me encontraba bien. Le di lo que sabía que era una temblorosa sonrisa para tratar de apaciguar su inquietud a lo que ella me respondió con un ligero apretón con el que sabía que pretendía infundirme algo de fuerza.

Viéndolo en retrospectiva, creo que ella era incluso más consciente que yo misma de cuan dura resultaría aquella noche para mí.

Sí, autoengaño lo llamaban y había sido mi fiel compañero durante la última semana y desde el momento en que se decidió que nuestros caminos, el mío y el de Marc, irían por distintas sendas.

Era curioso como muchas veces resultaban las cosas.

Cuando siete meses atrás dejé mi querida Jaén natal para trasladarme a Barcelona y convertirme en la fisioterapeuta de Marc, jamás imaginé en la

increíble aventura en la que me estaba embarcando. No sabía nada acerca de este deporte, nada además de que en los últimos tiempos había comenzado a gozar de cierta relevancia. Sólo lo veía como algo violento, pero con el paso del tiempo aprendí a admirarlo... a respetarlo, porque fui testigo del increíble esfuerzo y sacrificio que suponía para todos cuantos conformaban un equipo, especialmente para los luchadores.

La primera vez que lo vi a él, bien... para resumir, diré que básicamente me convertí en una temblorosa y excitada masa de gelatina y que con gusto me habría dejado devorar por él. Sin embargo, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, me recordé que era mi empleador y que sería poco profesional empezar en el mundo del deporte teniendo una aventura con él.

No, aquello no habría hablado muy bien de mí ni de mi profesionalidad.

Sin embargo, no contaba con cuán persistente podía resultar Marc cuando quería algo. Y, ¿qué era lo que deseaba en aquel momento?

A mí.

Así que convirtió en su misión el desgastar mi voluntad, el minar mi determinación de que entre nosotros existiera algo más allá de lo puramente profesional.

Y, oh, él hizo un muy, muy buen trabajo hasta que finalmente, dos meses atrás nos convertimos en algo más que compañeros de trabajo.

Evidentemente, desde que trató de convencerme de tener algo más, dejó de... bueno, de acostarse con toda vagina con piernas que se le ponía a tiro. Y permíteme decirte, que no eran pocas las que se lanzaban a sus pies. Pero no, nuestro problema no fue alguna infidelidad; fue que, cuando me entrego lo hago al doscientos por ciento y espero recibir lo mismo. Por supuesto, cuando eso no ocurre, cuando te encuentras en un limbo constantemente, sin saber qué hay detrás de los muros firmemente contruidos, viendo sólo pequeños retazos aquí y allá... pues bien, como mínimo, te frustras, lo que da paso al enfado, además de la subsiguiente discusión y el furioso polvo de reconciliación. Entrás a formar parte de un círculo vicioso, en el que la misma rutina se repite una y otra, y otra vez.

Así que me agoté.

Tan simple como eso.

Me cansé de tratar de obtener por desgaste algo que me debería haber sido entregado libremente. Sin reservas y confiando en el amor que sentía por él.

Y ahí estaba el problema.

La confianza, o más bien, la ausencia de ella. Algo que, me di cuenta desde el momento en que lo conocí, no se aplicaba exclusivamente a mí. Era más simple y complicado que eso, porque Marc no confiaba en nadie; en nadie, más que en sí mismo.

El repetitivo sonido de una campana, los gritos, aplausos y vítores, me arrancaron de golpe de mis pensamientos y cuando alcé la vista hacia el cuadrilátero, vi al locutor alzando el brazo de un victorioso y pletórico Marc.

De inmediato clavó sus intensos ojos azules en mí y, sin importar el hilo de sangre que bajaba desde su ceja hasta llegar a la mejilla, lo consideré una vez más como la visión más hermosa del mundo.

Lo miré, realmente lo miré y vi a mi orgulloso, fuerte y protector hombre un paso más cerca de alcanzar cada uno de sus sueños pero también vi al pequeño y desamparado niño cuya confianza fue minada hasta un punto casi irreparable. Y, una vez más, se me rompió el corazón; por él, por mí, por lo que durante un breve lapso de tiempo tuvimos y por lo que ya no podría ser.

Comencé a aplaudir junto a los demás sin apartar mis ojos de los suyos; ni siquiera me molesté en limpiar una errante lágrima que de algún modo escapó de mi control y él, que jamás perdía detalle, frunció el ceño.

—Si quieres, puedo patearle las nueces la próxima vez que lo tenga a mano.

El ofrecimiento, dicho con toda la seriedad del mundo, me hizo girar la cabeza bruscamente, rompiendo así el contacto visual con Marc.

—¿Qué? —Pregunté a Lola, no muy segura de haberla escuchado bien.

Se encogió de hombros con aire inocente.

—Ya sabes, hoy por ti y mañana por mí —sonrió, para después sostener mi mano en señal de apoyo y volver a hablar, esta vez con más seriedad—. ¿Estás segura de volver a casa?

Respiré hondo y miré a la rugiente y excitada multitud que nos rodeaba, aunque sin ver nada realmente.

¿Estaba segura? Si era sincera conmigo misma, la respuesta era que no, sin embargo, sentía que era algo que debía hacer. Me lo debía a mí misma y quizás, sólo quizás, con un poco de suerte, Marc y yo aprenderíamos cómo hacer que esto funcionase y conseguiríamos encontrarnos en un punto intermedio, de manera que ninguno de los dos saliera dañado.

Le miré y él seguía cual halcón acechando a su presa, con los ojos clavados en mí. No estaba disfrutando su momento, no de verdad, no como se merecía hacerlo, así que me di cuenta de que había llegado el momento de mi retirada pues, de ninguna manera sería capaz de despedirme de él.

No sin flaquear.

Sonreí a mi mejor amiga y con los ojos anegados de lágrimas, asentí antes de envolverla en un apretado abrazo.

—Tengo que hacerlo, lo sabes. —Ella me apretó más fuerte y la sentí estremecerse—. ¿Te despedirás de todos por mí, por favor?

—Sabes que sí, pero no les va a gustar. —Me besó en la mejilla, antes de separarnos—. Avísame cuando llegues.

—Claro que sí y tú, —la señalé a modo de advertencia—, no los vuelvas demasiado locos.

—¡No puedo dejar que se relajen! —Ambas soltamos una carcajada, mientras sorbíamos y tratábamos de mantener la compostura, no es que a ella eso le supusiera un problema. Nunca nos habíamos separado durante tanto tiempo como el que sabíamos que vendría por delante y era otra de las razones por las que se me hacía tan duro abandonar a ese grupo que había llegado a convertirse en mi familia—. Alguien tiene que mantener la llama viva.

Sí, definitivamente los volvería locos. Eso o, quizás, acabarían por tirarla de algún vehículo en marcha. Lola se iría con ellos porque de ninguna

manera dejaría sólo a Daniel y a su floreciente y... caliente relación. Además no tenía un trabajo que la mantuviese atada ni a Jaén ni a España una vez llegado el momento de viajar a Las Vegas, y tampoco es que tuviese apuros económicos, de manera que era un ganar-ganar para ambos.

—No te conviertas en una extraña, ¿de acuerdo? —murmuré compungida—. Mantente en contacto, pequeño petardo.

Me dirigió una mirada indignada.

—Ni siquiera pienso contestar a eso.

Asentí en acuerdo. Sí, sabía que nunca dejaría de llamar o escribir, pero aún así necesitaba decirlo. Sin querer alargarlo más, la besé una última vez y me despedí.

Sin una segunda mirada hacia donde sabía que se encontraba la razón de mis noches en vela, me abrí camino entre el mar de cuerpos que trataban de llegar hasta el cuadrilátero buscando, de alguna manera, acaparar la atención del vencedor de la noche.

Casi podía sentir sus ojos perforando mi espalda, así de fuerte era nuestra conexión; siempre que estábamos cerca, compartiendo espacio de alguna manera, la tensión entre nosotros era tan electrizante que resultaba casi tangible.

Conseguí llegar hasta el pasillo que llevaba a la zona de los vestuarios y también a la entrada trasera, que fue por donde accedimos al recinto y donde también habíamos dejado los vehículos. No dejé nada al azar en lo que a mi huída concernía. Porque, sí, aquello era una huída en toda regla.

Algún tipo de conmoción tuvo lugar donde se encontraba toda la gente, pero no le di mayor importancia. En aquel momento lo primordial era conseguir salir de allí lo antes posible y además, hacerlo con mi dignidad intacta; una empresa hartó difícil teniendo en cuenta que sólo quería acurrucarme en algún rincón y dar rienda suelta al llanto que cada vez sentía más cerca.

—¡Eva!

Escuché el rugido por encima del resto de voces, entre ellas, la del presentador del evento que en ese momento llamaba a Marc por el micrófono.

Aceleré el paso y apreté los dientes.

«*No te rompas. No te rompas, sólo un poco más*».

—¡Eva!

Lo ignoré aún sabiendo que no se iba a rendir.

Nunca lo hacía, así que, ¿por qué sería diferente en esa ocasión?

—¡Eva, maldita sea! —Una mano me sujetó con firmeza, pero sin dañarme en lo más mínimo, deteniendo así mi escape. Me giró y me encontré de frente con un pecho fuerte, tatuado y perlado de sudor. Un pecho que había lamido, mordido, acariciado y donde me había dormido sintiéndome querida y segura—. ¿Se puede saber dónde cojones crees que vas?

Esas palabras lo hicieron.

Alcé la mirada y me encontré directamente con esos ojos que me perseguían día y noche, y que en aquel momento destilaban enojo habiéndose oscurecido hasta adoptar un tono de azul que vaticinaba tormenta.

—¿Piensas responderme en algún momento?

Me sacudió ligeramente al obtener el silencio por respuesta.

Bien, quizás así se haría una idea de cómo me hacía sentir cada vez que intentaba conocer alguna parte de su vida y me esquivaba como sólo él sabía hacerlo.

—Eva, joder, dime algo.

Suspiré.

Hasta aquí mi escape sin despedidas incómodas.

—Me voy a casa —respondí, sin apartar mis ojos de los suyos. No quería perderme ninguna reacción, por doloroso que me pudiese resultar.

Frunció el ceño, claramente confundido.

Abrió la boca y la cerró en un par de ocasiones sin saber muy bien cómo tomar mi declaración.

—¿Cómo que te vas a casa? —Preguntó al fin—. No entiendo qu...

—A casa, Marc. Me voy a mi casa —enfaticé—. Ya no pinto nada

aquí. —Terminé con apenas un hilo de voz y desviando la mirada hacia el túnel de vestuarios.

Con un suave movimiento me deshice de su asimiento y cuando unos segundos en silencio pasaron, supe que la bomba estaba a punto de estallar. Sólo necesitó unos momentos para que mis palabras calasen su dura cabeza.

—Que no pintas... —Rió sin humor, y se separó un par de pasos de mí, girando sobre sí mismo mientras pasaba ambas manos por su castaño cabello—. ¿Estás de broma? —preguntó con incredulidad—. Eva, dime que estás jodiéndome y que es una broma antes de que destroce todo el jodido lugar.

Y lo haría. Sabía que sí.

¿Qué podía decirle? Ya se lo avisé, no es como si me estuviese marchando sin previo aviso. Le advertí que esto ocurriría y lo hice después de rogarle... de suplicarle que me dejase entrar. No podía seguir conformándome con las pequeñas migajas que me daba, aquí y allá, para mantenerme satisfecha y con la falsa sensación de que estábamos llegando a algún lado.

Suspiré cansada y me froté la frente.

—Marc, ya hemos hablado de esto, así que no estés tan sorprendido.

—¡Joder! ¡Joder, joder, joder!

Hice una mueca. Odiaba cuando se ponía a maldecir como un loco, pero no creí oportuno corregirlo en aquel momento.

—Mira, —comencé tentativa—, no creo que haya que alargar esto más de lo necesario, así que...

No podía permanecer allí más tiempo, o sabía que acabaría por ceder, así que necesitaba poner tierra de por medio cuanto antes pues no soportaba ver la mirada dolida en sus ojos, ni el saber que él se consideraba de alguna manera traicionado.

—Ni se te ocurra dar un paso más, joder.

—Marc, no puedo...

—Mira, —se acercó a mí hasta que mis pechos se rozaban con sus

firmes pectorales y con sus manos enmarcó mi cara, inclinándola hacia arriba de manera que no pudiese mirar a algún otro lado que no fuese su hermosa cara—, sé que soy complicado. Joder, tengo más equipaje del que me atrevo a reconocer y yo...

Contuve el aliento, esperando...rezando; conteniendo el pequeño atisbo de esperanza que poco a poco comenzaba a florecer de nuevo en mi pecho.

—Te necesito, nena. —Apoyó su frente contra la mía y cerró los ojos, como si le doliera—. Joder, eres lo único bueno en mi vida, eres mi pequeño rayo de luz entre toda la mierda que arrastro, así que, cree en mí. —Rozó suavemente sus labios contra los míos—. Cree en nosotros, por favor.

Su voz se rompió al pronunciar las últimas palabras y yo... yo lo amaba con cada onza de mi ser. Y aún a riesgo de romperme, me dejé envolver por él. Por lo que yo sentía, por lo que él me transmitía en ese momento.

Incapaz de pronunciar palabra, me limité a asentir.

—¿Sí?

—Sí, Marc, podemos intentarlo. —Sonrió y juro que me iluminó por dentro—. ¿Y ahora, qué?

—¿Ahora? —Preguntó, mordisqueando mi labio inferior—. Ahora te follo hasta meter un poco de sentido común en esa cabecita tuya para que no se te vuelva a ocurrir intentar escapar de mí.

Ante su cruda declaración, dejé escapar una carcajada que Marc abruptamente cortó con un beso.

Pero no un beso cualquiera, no.

Ese beso era no solo una declaración, sino un reclamo en toda regla y yo... yo estaba feliz dejándome envolver por sus fuertes brazos.

Encuentros mágicos

Cervantina

Dedicado a Ibn Said al Maghribi, natural de Alcalá la Real, provincia de Jaén.

En estas tardes largas de aire caliente y sol abrasador, me vienen a la memoria recuerdos infinitos de la casa de mis padres, del hogar de mis primeros años.

Evoco la tierra que me vio nacer, con tales ansias y tanta nitidez que pareciera que estuviera recorriendo las lomas, escuchando los pájaros del bosque que rodeaba la fortaleza y absorbiendo el aroma de las plantas que por doquier, crecían por los caminos. Eran buenas tierras para la caza y para el trabajo de los labradores. Fue la mejor época de mi vida, sin duda. La de mis días en aquella tierra fronteriza del interior de mi querida Al-Ándalus.

Por más lugares que he recorrido durante mis viajes, en ninguno la noche es más misteriosa, los susurros más sugerentes, los silencios más profundos.

En uno de los veranos que regresaba a Al-Qal'a, en la provincia de Yayyan (Jaén), después de meses en Ishbiliya estudiando las preciosas letras de nuestro árabe y las batallas de anteriores tiempos, conocí a la más dulce y delicada mujer que haya visto en mi vida.

Su forma de andar y su cabello oscuro llamaron poderosamente mi atención. No era habitual contemplar a las mujeres sin velo en nuestra morada. De inmediato caí en la cuenta de que sería una pobre adoradora del crucifijo. No tenía el refinamiento de nuestras mujeres y carecía de la inteligencia propia de nuestras madres y la perspicacia de nuestras hermanas. Y sin embargo había algo elevado y digno en ella, tenía un anhelo de libertad que sorprendía y no mostraba preocupación en dejarse ver de forma tan natural y sencilla que daba a entender que no había interés alguno en ella en hallar esposo. Además era bella.

Claro que su piel era más clara que la nuestra y sus ropas demasiado

austeras para nuestros gustos, pero era elegante. No podía poseer riquezas como las que atesorábamos los Banu Said, pero era altiva. Sus formas redondeadas, sus caderas, no tenían nada que envidiar a nuestras mujeres, pero daba la sensación de que no hubiera tomado conciencia de la atracción que en los hombres podía provocar por la indiferencia que hacia éstos mostraba, si bien es cierto que era discreta y en ningún caso osada.

Recuerdo la primera vez que la vi, acompañaba a su padre en el bosque de pinos y encinas. Estaban recogiendo plantas para la fabricación de los remedios. Anotaban medidas y nombres en un cuaderno. Me acostumbé a interrumpir mis tareas para ir a buscarla.

Una vez me acerqué al lavadero de la ciudad donde se juntaban las muchachas a lavar las ropas. No estaba allí, una sirvienta lavaba la ropa de la familia, como más tarde supe.

Ella solía ir con su padre a cazar, corría al caer la presa para recogerla y la metía en una bolsa de tela. Cazaban zorzales, conejos, liebres, perdices e incluso alguna codorniz. Era ella la que se ocupaba de localizar y encontrar el animal cazado, después de los intentos fallidos en la puntería acertar era un premio extraordinario además de un succulento manjar. También permanecer en silencio para poder avistarlas y conseguir no ser descubierto entre las ramas de los árboles y arbustos era un ejercicio que exigía concentración y agudizar los sentidos.

La veía de lejos y me preguntaba por qué motivo huía del amor, estando hecha para el amor. Quizá tuviera un fuerte apego a la inocencia o una viva intuición del peligro que supone sucumbir al dios Eros.

Una vez la sorprendí bañándose en el arroyo de la ladera, el agua le cubría los pies y se mojaba los cabellos y el cuello para refrescarse, jugueteaba a salpicar agua mientras cantaba una canción desconocida para mí.

Giró la cabeza y nuestras miradas se cruzaron como relámpagos, bajamos la mirada ambos.

El juego de miradas secretas acababa de empezar, desde aquel día nos buscábamos; ella se acercaba a los jardines de la fortaleza con algún pretexto.

Una vez mientras leía en el banco de piedra del jardín, escuché un

chasquido como de haber pisado una rama seca. Una figura mediana de mujer se traslucía entre las sombras de los árboles y matorrales. Quedé asombrado por su atrevimiento, pues era una rareza la situación: una joven cristiana acercándose a un poderoso hombre musulmán en su propia hacienda, pero permanecí sentado, disimulando mi desconcierto para que no se asustara.

Lucía un vestido blanco de lino ceñido en el pecho, que le hacía parecer un hada o una aparición mágica ante mis ojos. Llevaba un cestillo que iba llenando de plantas aromáticas y medicinales, me dijo. Miró mi libro y me preguntó con un particular uso del latino de qué se trataba, era un libro de geografía que trataba de la zona de al-Mağrib y de al-‘Arabiyya. Le expliqué con un dibujo que la tierra giraba alrededor del sol y que en dar la vuelta entera empleaba 365 días. Me miraba fijamente, sin pestañear, conforme le iba hablando.

En un momento dado tocó mi mano y señalando una cicatriz que tengo cerca de la muñeca puso sus labios sobre ella y sacando un bote pequeño del cesto, lo abrió y me restregó la zona con una crema pastosa hecha a base de miel, rosa rubiginosa, meliloto y caléndula.

Estaríamos sentados juntos en el banco unas dos horas, pero se pasó tan rápido que permanecí sentado aún una hora más inspirando el aroma de lavanda y manzanilla que su pelo y su piel habían dejado en el ambiente, para cerciorarme de que había sido todo real.

Cómo deseé hacerla mi esposa, cubrirla de sedas, damascos y terciopelos de brillantes colores y complicadas tramas. Adornarla con joyas y pieles. Quisiera llevarla a los baños de Ishbiliya donde las mujeres se perfuman y desprenden olor a azahar, jazmín y vainilla. Enseñarle el río al-wadi al-Kabir, que en lugar de un río parece un lago a su paso por la ciudad.

Le compraría un laúd y haría que la instruyeran para que me deleitara en las tardes de sopor o de tristeza y con su suave voz acariciara mi alma.

Bailaríamos abrazados, tan estrechamente, que pudiéramos escuchar los latidos de nuestros corazones.

Ignoro qué es lo que sería de su vida, si halló un buen esposo, si tuvo hijos; deseo fervientemente que sea dichosa. Si tuviera que contar alguna historia mágica, sería la de mis encuentros con ella; fueron todos mágicos.

Un despropósito en los ojos de nadie

F. Mar Sol

No hay nada como el tiempo para superar una tragedia. Lo que pasa, a veces, es que esa tragedia es tan amarga que te deja sin opciones, y la vida se convierte en un infierno.

Porque sus sensaciones lo alejan tanto de sí mismo, de lo que había sido, del que día a día soñaba para convencerse de que no era una ilusión, de que ella seguía allí, de que no era solo un pedazo de carne sin sentimientos. Y todas las mañanas se levantaba decidido a luchar contra esa pesadilla, a dejar de lado esa realidad donde solo veía crecer sus vicios. Ese momento en el que decide abandonarse a los espejismos, a la ilusión de otra vida donde la rima de las imperfecciones se convierte en poesía, a base de quemarse el alma. Incendiar el “yo” prendiendo fuego a las esperanzas y olvidar el norte. Y se deja avasallar, va perdiendo sus raíces y se llena de razones para convalecer como un enfermo. Un enfermo olvidado en el hospital de la vida, abandonado para siempre en la habitación más oscura y siniestra.

La mañana se partió en dos a primera hora, cuando el viento comenzó a amontonar, en el cielo de Jaén, nubes de plomo espesas y negras. Se podía respirar el olor de la lluvia, esos nubarrones eran un avance de presagios nada halagüeños. Solo quién conoce las señales, y puede interpretarlas, es capaz de cambiar los acontecimientos.

Un detalle imborrable sumergido en la nostalgia. Esa nostalgia de su piel, de sus brazos, con la que trata de recuperar unas palabras olvidadas y perdidas, en un cementerio de libros y recuerdos oxidados. Y la melodía de una canción va modelando a ese esquivo y cruel enemigo que se esconde agazapado entre las cortinas.

Me pregunto sobre el amor que no puedes encontrar.

...

Estudia cada rincón de su alcoba, tratando de imaginar una opción conveniente con la que contrarrestar la sinrazón de esa espera ociosa y absurda.

Me pregunto cuántas historias has tenido.

...

Sus manos viajaban de un lado a otro, tratando de encontrar una solución. Ordenando cada hueco con disimulo, queriendo llenar ese vacío tan doloroso que había dejado su ausencia. Y se mira en el espejo, y se siente cobarde y rastrero por no haber sabido dar una excusa acertada. Golpeó violentamente el cristal con el puño, y su rostro se cubrió de surcos sangrientos. Por un instante, regresó de nuevo a ese momento. Y percibió que los ojos de ella ya sabían lo que iba a pasar, y escuchó el eco de sus sollozos... Pero no fue suficiente para evitar esa hipnosis letal, ese estado de trance angustiioso.

Y ahora, solo necesita esperar para dar sentido a ese despropósito en sus ojos. Nadie.

La leyenda del Pilar del Arrabalejo

M^a Encarnación Fernández Sánchez

Cuenta la leyenda que el Pilar del Arrabalejo de Jaén guarda un secreto entre sus caños y que el fluir del agua nos relata su historia, solo si aguzamos el oído y prestamos atención al murmullo de su borboteo.

Dicen que aquella noche las sombras y el silencio zigzagueaban con

las antorchas de la pared y que la luna llena se reflejaba caprichosa en el estanque de la fuente. Cuentan que, como cada noche, apareció Laia, la mora, envuelta en tejidos delicados y vaporosos que flotaban con el tintineo de pulseras en sus tobillos, abrazando su cántaro a la cadera. Cuentan que al llenar el recipiente quedó prendida de la intensa luz que reflejaba el abrevadero, que se asomó para observarla y allí vio su rostro junto a la luna y como sus ojos se mecían con el movimiento del agua. Respiró la tranquilidad de la fuente y se sentó en el pretil. Desató el pañuelo de su cabello y lo introdujo dentro para atrapar la luna pero, roto el espejo, se conformó con jugar agitando el agua. No tenía prisa, en casa la esperaban sus padres y un pretendiente que le había solicitado compromiso de matrimonio y que, ante la negativa de ella, había decidido concertarlo con su progenitor.

La noche era tan hermosa que no quiso pensar, sólo deseaba vivir un poco más antes de casarse, soñar tal vez.

Oyó unos pasos que se acercaban y, presurosa, cogió el cántaro y marchó hacia su casa. En el camino se cruzó con un joven, bajó la mirada y aceleró el paso. Jacob, hijo de un prestigioso comerciante judío, paseaba con las manos en los bolsillos. El joven caminó hasta la fuente para calmar su sed y, ya saciada, se detuvo ante la imagen reflejada de la luna y de unos hermosos ojos que lo miraban. Giró la cabeza a ambos lados tratando de averiguar qué extraño fenómeno sucedía. Creyó que soñaba, alargó su mano para tocar esos ojos que se mecían en la superficie y, al introducirla en el estanque, algo se enredó entre sus dedos y extrajo un trozo de tela con bellos motivos empapados. Lo escurrió con ambas manos, lo dobló y se marchó con él.

Al día siguiente, antes del anochecer, Jacob esperaba a la dueña del pañuelo sentado en el borde junto al estanque. Laia apareció con su tintineo de pulseras, ceñido el cántaro a su cadera, con sus vaporosos vestidos y un nuevo pañuelo que le cubría la cabeza. Acercó la vasija al chorro de la fuente con cierto ademán de indiferencia y esperó a que se llenara.

—Esto debe de ser tuyo —dijo él mientras extendía el pañuelo muy bien doblado sobre su palma.

Laia sujetaba el cántaro sin prestarle atención.

—Toma, creo que te pertenece -insistió-. Debiste olvidarlo anoche.

Pero Laia seguía en silencio, observando cómo se llenaba el recipiente.

—Además abandonaste la mirada junto al pañuelo, vi tus ojos...

Laia le dio la espalda ocultando su sonrisa. Una vez lleno el cántaro, lo apartó del surtidor, lo acomodó junto a sí y, después de arrebatarse rápidamente el pañuelo de las manos, se lo colocó alrededor del cuello sin mediar palabra, dispuesta a marcharse.

Jacob le dijo su nombre. Ella miró al suelo.

—A mi familia no le gustan los judíos.

—A la mía no le gustan los musulmanes.

Y la risa de ambos se mezcló con el ruido del agua.

Los días habían mordido la luna hasta dejarla en un cachito que colgaba del cielo. Cuentan que el judío Jacob la esperaba cada noche en la fuente del pilar, se sentaba en el mismo sitio y observaba cómo la joven realizaba su tarea sin perder la esperanza, pues antes de marcharse Laia consentía que sus miradas se cruzaran en silencio. Después desaparecía y la noche dejaba de ser hermosa. Una vez Jacob se acercó para ofrecerle una carta que ella rechazó con enfado pero, ante la insistencia del joven, la guardó entre sus ropas y huyó de allí azorada. Él se quedaría un rato más hasta ver como se borraba la silueta de la muchacha en la penumbra.

Laia tenía la edad en que el tiempo revolotea como las mariposas en verano, la edad que estrena la vida con cada gesto, esa edad que crece con la savia de los años. Camino hacia su casa se sintió rendida de repente, con ganas de quedarse en la puerta y no pasar de la entrada. Dejó con cuidado el cántaro en la cocina y se encerró en su cuarto con la determinación de no hablar con ese extraño que decía ser su prometido y cuya voz le llegaba desde la otra habitación en amena conversación con su padre. Esperó unos minutos en silencio, luego se acercó a la lámpara de aceite, registró entre sus vestidos y sacó la carta para leerla.

“El día que tu mirada se abandonó en el estanque, ésta se prendió como una espina en mi pecho. Desde ese día noto una burbuja que me sujeta

el corazón y lo mantiene en vilo, porque vuelvo siempre a recoger tus ojos que se enredan entre los míos y así te llevo conmigo, por eso vengo a beber de la fuente cada noche y a calmar esta sed que tengo de ti.”

A la joven se le llenó el cuerpo de hormigas que parecían salir de su nuca y notó el rubor en sus mejillas. Turbada, dobló el papel y lo guardó de nuevo entre sus ropas. Abrió la ventana para besar la noche y respirar de una bocanada la oscuridad de la calle. Ensimismada en la contemplación de las sombras tardó en escuchar cómo la madre golpeaba su puerta.

—Hija, ven a despedir a tu prometido -escuchó al otro lado, pero la muchacha hizo caso omiso y evitó salir.

Cuentan que aquella rebeldía le costó un castigo del padre que la tuvo varios días confinada en su habitación. Mientras su puerta permaneció hermética, el ventanal llenó de luz su estancia. Por las noches se alumbraba de estrellas y respiraba el aroma de almizcle que llegaba desde la calle. Una tarde antes de que el sol abandonara su rincón favorito, en el que desgastaba la lectura de aquellas pocas letras que escribió Jacob, quiso refrescar las emociones y se acercó a la ventana. A lo lejos intuyó su figura y con determinación imprevista se quitó el pañuelo de la cabeza y lo dejó caer a la calle. El joven reconoció la prenda y, al recogerla, elevó la mirada para averiguar de dónde procedía. La divisó allí, en su pedestal, surgida como una aparición de largos cabellos oscuros que el aire acariciaba ante el rostro y que ella apartaba para descubrir una sonrisa. Jacob, al verla, besó el pañuelo y lo ató alrededor de su garganta mientras salía veloz del barrio.

Pocos días después, Laia volvió a su tarea cotidiana, cogió el cántaro, lo puso en su cadera y caminó hasta la fuente. Las calles estaban adornadas con arcos de flores y se escuchaba música envuelta con risas y cánticos. Recordó que era víspera de San Juan y comprendió el alborozo de los cristianos en sus barrios. Al llegar a la fuente, vio a Jacob sentado al borde del estanque. Ella detuvo su mirada en aquel pañuelo que le envolvía el cuello. Y antes de acercar el recipiente al surtidor se dirigió a él.

—Mi padre ha encontrado un pretendiente y me ha prometido a él contra mi voluntad -musitó como si la voz se le disolviera en la boca.

Jacob se incorporó de pie frente a ella, esperó a que un hombre con turbante de piel morena se acercara al abrevadero para dar de beber a dos

mulas. Ella lo reconoció enseguida como el vecino que vivía cerca de su casa y le saludó con discreción. Una vez saciados los animales, el hombre abandonó la fuente, silencioso, cabizbajo, arrastrando las bestias. Laia acercó su vasija al caño para que se llenara.

—No lo permitiré. ¡Huyamos juntos! —exclamó el joven.

—Debo obediencia a mi padre. Tú eres judío.

El cántaro se llenó y la chica lo retiró a un lado.

—Laia, mira dónde estamos. —Señaló al agua buscando la complicidad de ella— nos encontramos en una fuente de la cual fluye agua y en el agua no hay fronteras. El agua nos arrastra, nos diluye, nos une a la vida.

Mientras hablaba, introdujo la mano en el bolsillo derecho y extrajo un pequeño cuchillo.

—La sangre brota como el agua —musitó tras hendir el cuchillo en la palma de su mano —¿Ves? Trae la tuya —ordenó. La joven soltó un lamento al notar cómo el filo abría una brecha en su palma y el líquido rojo brotaba al unirse las manos.

—Tu sangre y la mía van juntas, ahora y siempre —dijo mientras la estrechaba contra su cuerpo.

Y así, abrazados, ambos jóvenes observaron como la sangre descendía hasta el estanque diluyéndose entre la oscuridad y el fluido. Cuentan que esa noche otra luna llena se asomó a la fuente y que, cómplice de los amantes, los convirtió en agua.

Y no se sabe con certeza cómo desaparecieron la víspera de San Juan allá por el siglo XV, pero aún hoy, en la fuente del Pilar del Arrabalejo permanece en el relieve de piedra la vasija de Laia, la mora. Y hay también dos caños en honor a los amantes y dos círculos redondos, uno a cada lado, en recuerdo de las dos lunas por las que transcurrió el idilio.

Vacaciones renovadoras

Cristina Jiménez

Otro día más, como un autómatas, me levanto de mi cama, sola, me ducho, sola, me visto, aburrida y sola; paro en una cafetería, en la que pido un café para llevar, solo, y me dirijo a mi trabajo aburrido, en el que me cierro en mi cubículo, sola. Esa es mi vida, aburrida y sola, desde que hace año y medio me dejara Juan Carlos. Sí, me dejara, pero no por propia voluntad, tuvo un accidente en el que falleció, gracias a un gilipollas que iba como iba en su coche y que no vio a mi novio. Se lo llevó por delante. Fue duro verlo allí tendido diciéndome que me quería. Todavía no me he repuesto. Todavía sigo llorando por él, todavía lo echo de menos, todavía lo quiero.

Vivo en Alicante, una maravillosa ciudad que casi no conozco ya que voy de casa al trabajo y del trabajo a casa. Soy así, y aquí tampoco es que tenga alguien en quien apoyarme. Mis amigos de la infancia y mi familia están lejos, muy lejos. Cuando pasó lo de Juan Carlos, estuvieron conmigo todo lo que pudieron, pero no iban a dejar de ocuparse de sus hoteles en Puerto Rico por mí, así que me hice la dura delante de ellos para que se fueran tranquilos.

A mis padres no les gusta mi trabajo, ya que ellos tienen hoteles, y allí la vida es más fácil. Mi trabajo es aburrido, sí, no lo niego, pero para mí es reconfortante saber que, gracias a este, podemos tener agua potable al abrir un grifo. Lo que más me costó fue dejar Puerto Rico, pero tenía que hacerlo. Mi familia me oprimía, me agobiaba, así que cogí mar de por medio y me vine a España, a trabajar en lo que había estudiado, a pesar de todo lo que allí dejé.

Una vez que me instalé aquí, en España, me fue fácil encontrar trabajo en mi especialidad de ingeniería. Todavía no estaba bien estructurado lo de las aguas, dependían de otras empresas subcontratadas y les salía muy caro, por lo que, haciendo una buena entrada, me contrataron a la primera. Y en

esas andamos aunque sea aburrido, reconforta. Me llevo un buen sueldo al mes y como no salgo mucho, siempre estoy disponible para las urgencias. Eso a los jefes les va bien.

Creo que ahora mismo estoy en ese momento en el que no me aguanto ni yo. En ese momento en el que necesito escaparme, huir, hacer algo imposible, y no me refiero a hacer puenting, ni rafting, no, a hacer algo excitante, loco, improvisar, necesito salir, necesito olvidarme de una vez por todas mi asquerosa y aburrida vida, necesito olvidarme de Juan Carlos.

Como no soy de mucho de salir, me cuesta, por lo que termino metida en internet, que es lo más loco que hago. Me encuentro indagando formas de desconectar, de vivir, no sé, pero una página, me lleva a otra, y la cosa se va poniendo calentita. Terminó metida en una página en la que hay que inscribirse de forma anónima, eso me gusta, me lanzo, lo hago, y ahora soy: Daysi.

Una vez dentro veo mejor de qué va esto. Es como un club de adultos, en el que hacen como quedadas secretas para conocerse mejor, y con eso de conocerse mejor quiero decir quedar para eso, sí, eso que yo hace ya tanto que no hago, que simplemente con leerlo ya me he puesto caliente. Tiene sus normas, me alegro, pues nadie se conoce, ya que a las quedadas hay que ir con antifaz, no hablar nada personal, y ser conocidos simplemente por el nombre de dibujos animados que hayamos elegido. Buf, creo que mañana sigo, solo con leer esto ya me estoy mareando. Sí, me gusta, creo que en otro momento de estos de subidón que estoy teniendo me lanzo y voy.

Otro día más, lo mismo, casa trabajo, trabajo casa, por aquí están todos nerviosos, quedan dos semanas para vacaciones, y están todos locos, uno que se va a México, otro a Manhattan, otro al pueblo, bueno, así los tengo a todos, chismorreando y yo, nada, no digo nada, ya que hare lo de siempre, nada. Para que no me agobien les digo que iré a ver a la familia a Puerto Rico, y me dicen que vaya geta que tengo, vacaciones pagadas y eso, bueno, para mentir creo que valgo, porque se lo creen todos.

Ya, vacaciones, en estas dos semanas no sé lo que hacer, pero me está entrando un gusanillo de mirar esa página, que quizás haga algo loco. De primeras, el primer día me lo dedico a mí, una puesta a punto total, peluquería, esteticista, masajes, hidratación, bueno, que gozada, soy otra. Hago unas cuantas compras de ropa y lencería que seguramente no me ponga

nunca, pero cuando una sale tan guapa de un día completo dedicado a ella, ¿cómo no vas a comprar cosas locas, y eróticas? Aunque no sé con quién las probaré.

A última hora de la tarde, me meto en la página que últimamente me está matando a curiosidad, creo que ahora mismo estoy preparada para algo así, por lo menos ahora. Bueno, bueno, lo que veo, con el nombre que me puse me mandaron una contraseña al correo que no había visto, así que entro. Guau, esto es fabuloso, son fiestas majestuosas, nada pervertidas, que era lo que me temía, hay lujo, glamur, y es todo elegante, vaya, creo que no voy a encajar. Curioseando un poco más, ponen las fechas de las siguientes quedadas, solo lo ponen unos días antes, y sin lugar concreto, hasta que confirmes la asistencia. ¡Cuánto secretismo!, parece que esté metida en una peli de James Bond. Con lo guapa que me veo hoy y lo subidita que estoy, me lanzo, sí, voy. Clic, hecho, acabo de enviar mi confirmación a la siguiente, que solo sé que será en dos días no sé dónde. Y así me quedo, no pasa nada, vaya, que decepción, esperaba confetis, serpentinas, un *gracias*, pero nada. Bueno, ¿qué esperaba?, solo soy una más que va a acudir a una fiesta, qué tonta soy.

A la mañana siguiente me levanto de muy buen humor, qué raro, bueno, a aprovecharlo. Salgo a dar un paseo por la playa, llevo tanto tiempo en la oficina, que hasta un simple paseo termina poniéndome roja como un tomate, qué tonta, no me he dado protección, ahora parece que tengo moreno albañil. Como una buena paella valenciana en un pequeño restaurante con unas preciosas vistas, y a mitad de tarde vuelvo para casa dando otro paseo, pero ahora con crema, ya que he parado en la primera farmacia que he visto abierta para coger una de protección 30. También he parado a coger una botella de vino blanco y queso para darme un capricho esta noche.

Tras un buen baño relajante con sales, me salgo a la terraza con un poco de queso y el vino, hace una noche perfecta para estar aquí, tranquilita, sí, tranquilita, pero a la vez me acabo de inquietar, sabiendo que tengo un mensaje nuevo del club. Dice así:

Estimada Señorita Daysi.

Nos complace ponernos en contacto con usted para su primera visita

a nuestro club, sabiendo que ha leído las normas del mismo ya sabrá que tiene que llevar puesto un antifaz, el cual no se podrá quitar en ningún momento, al igual que no puede utilizar su verdadero nombre, solo su nombre elegido "Daysi", nada de hablar de asuntos personales, ya que hay mucha gente importante involucrada aquí, así que, sabiendo que acometerá estas normas básicas, le mando la ubicación para la siguiente reunión que se celebrará este próximo sábado a las 24:00 horas, en el Parador de Jaén. Acuda con el antifaz puesto, y allí, ya sabrán a donde acompañarla, sin más demora, que llegar a conocerla, hasta el sábado señorita Daysi.

Besos.

Alucinada, abobada, agilipollada me quedo al leer y releer el mensaje, joder, pero si hasta es erótico el tío al escribir. ¡¡Qué!!, espera, que después de leerlo y releerlo ni sé las veces ahora caigo que estoy de vacaciones, y qué mejor que una escapadita de estas para desconectar y evadirme del estrés que tengo. Ahora es mi momento, me lanzo, y con un par de copas de vino que me he tomado soy más decidida, me meto en internet y busco alojamiento en Jaén, en otro hotel, claro, no voy a estar allí todo el día metida. Pero claro, no todo me va a salir bien a la primera, ni a la segunda, pero joder, ¿ni a la tercera? Como era de esperar en plenas vacaciones de Semana Santa, todo ocupado, que mala suerte, bueno, siempre puedo ir y volver. Piensa, tonta, piensa, cómo vas a ir a mitad de tarde, ¿en tren?, con traje de noche y con antifaz, ¿y vas a volver por la mañana igual? ¡Tonta! ¡No! Así que, tras tomarme la botella de vino y el queso, el único hotel que me queda por mirar es el Parador. Y tras un rato al teléfono con su gerente, me confirma que tras una anulación de última hora le queda una suite, un poco cara, pero que es la única, y hecho, tras llevar mucho tiempo trabajando y no gastando un duro, me lo voy a cepillar todo en estas vacaciones, si, hecho, la suite es mía, y ya no solo la cojo para el fin de semana, sino que me la cojo una semana. Lo aprovecharé, me relajaré, me dejaré llevar.

A la mañana siguiente, para mi sorpresa, me levanto sin resaca, ¡qué bien! Estoy contenta, animada y deseosa de mis vacaciones por primera vez desde hace mucho, mucho tiempo. Tengo que hacer alguna que otra compra para mis vacaciones a lo loco. A ver, necesito ropa de paseo, ropa de lujo, ropa de salir, y lo más importante, un antifaz. ¿Y dónde compro yo un

antifaz? Van a pensar que estoy loca comprando un antifaz en pleno abril, que los carnavales son en febrero, hombre. No encuentro nada que me guste en las tiendas de disfraces, tampoco voy a ir a mi primera fiesta con un antifaz de pato, ¿no?, pues no. Así que armándome de valor (creo que ahora necesito el vino de ayer), entro en una tienda erótica, me quedo loca con las cosas que veo por allí, me doy cuenta de lo mojigata que soy referente al sexo. Me atiende una mujer encantadora, y me salgo de la tienda con mi antifaz y alguna cosa que otra que me ha aconsejado, y creo que me va a gustar. Pero, ¿quién soy yo, y que han hecho con la antigua Raquel?

Cuando llego a casa lo meto todo en la maleta sin mirarlo, todavía me da apura hasta verlo, pero me lo llevo de vacaciones conmigo, igual hasta lo utilizo. Voy metiendo lo necesario y algo más, ya que un traje de fiesta provocativo no suelo meter en una maleta de vacaciones. El día lo paso tranquila, limpio la casa, y no dejo nada en la nevera, ya que no estaré en unos días, y no quiero volver y encontrarme con que mi comida tiene vida propia. Me pido una pizza para cenar y así no manchar mucho, y a la cama, que mañana empieza la vida de mi nueva yo.

Mi tren sale a las 9:30, por lo que allí estoy nerviosa. Me da por pensar que la gente que viaja conmigo puede que también vaya a la fiesta, pero lo desestimo, ya que hay muchas familias con niños y jóvenes que no los veo yo en esos menesteres. Sin llegar a Jaén ya me ha enamorado. ¡Qué maravilla!, qué tranquilidad se respira por aquí, ahora entiendo porqué me decían que tenía que venir, que tonta al no hacerles caso antes. De allí, me llevan a mi hotel, ¡alucino!, y eso que mis padres tienen hoteles buenos en Puerto Rico. Jodo, esto lo tenían que ver, qué confort, qué calma, qué lujo. Y eso no es nada para lo que me espera en mi suite, ¡ostras!, qué bien he hecho en cogerme unos días de más, aunque no creo que me queden ganas de salir de aquí. De lo que me equivoco, porque al salir a la terraza y ver lo maravilloso que es este sitio, ¡al contrario!, me va a costar encerrarme en esta habitación.

Tras un paseo por sus calles, una comida ligera, y una buena siesta, empiezo a ponerme un poco nerviosa, ya que esta noche, es mi debut en esta mi nueva vida.

Me doy un baño relajante, y pido la cena en la habitación ya que no me tengo que mover de aquí para ir a la fiesta. Lo que no sé es cómo hacerlo,

¿me bajo por la ventana para que no sepan que me alojo aquí?, ¿salgo con una mochila y me cambio tras unos matorrales para que no sepan quien soy? No le doy más vueltas y me relajo cenando este maravilloso cebiche y este vino blanco de Jaén, que me está haciendo tranquilizarme. Tras un buen café bien cargado me pongo las pilas para empezar a arreglarme, ya que no tengo mucha experiencia en ponerme guapa, segura que me cuesta un rato. Bueno, no creo que esté del todo mal, aunque sería difícil estar mal con semejante vestidazo que me he colocado. Sí, estoy bien.

Como no se me ocurre otra manera de salir sin que se den cuenta, hago como las ladronas, miro y miro hasta que no pasa nadie por el pasillo. Son las 11:30, no hay mucha gente, pero alguna madre sube de vez en cuando a dormir a los pequeños o a dar vuelta, y no quiero que me vea nadie. ¡Ahora!, salgo descalza, con mi bolso en una mano, y el antifaz en la otra, miro que no haya nadie en el ascensor más alejado al mío, y bajo, poniéndome el antifaz en el ascensor, así no me verá nadie la cara. Al coger el ascensor más alejado, no salgo cerca de recepción, sino cerca del restaurante, así que entro por una puerta y salgo por la otra. Así parece que vengo de la calle vestidita y todo y no sé dónde estoy. No se ha enterado nadie, salvo el del restaurante, que a estas horas está recogiendo lo de las cenas. Camino hacia recepción, ya que no pone con quien, ni que tengo que hacer ahora. Por si acaso llevo la carta en el bolso, por si hay que presentar credenciales o algo. No he dado ni cinco pasos, cuando un moreno vestido con traje de pingüino, me posa una mano en la espalda y me ruega que le acompañe. Al contrario que yo, no lleva antifaz, lo que me descoloca, pero con la sensualidad de sus palabras, y lo nerviosa que estoy, hago lo que me dice. Cogemos el ascensor, y me comenta que él está solamente para acompañar a los invitados a la fiesta, que él no puede ir. Me quedo un poco plof, porque está buenísimo, joder, ¿Quién soy?

¡Alucino pepinillos!, ¡qué pasada de fiesta!, bueno, bueno, menos mal que no se me ve toda la cara, porque parecería tonta. Allí, en la puerta del ascensor con la boca abierta, todavía alucinada, viene un hombre, ahora sí con máscara, y se me presenta, siendo O'Malley, lo cual tuve que preguntarle por la referencia del nombre que no me sonaba, y me dijo que era de los aristogatos, nos reímos y me acompaño a la barra, que es donde mejor se tranquiliza uno, con un buen combinado. Como dicen en las normas no se puede hablar de nada personal, por lo que siendo nueva lo primero que hago

es preguntar por todo, riéndose mucho me dice que él lleva un par de años, que antes cambiaban de lugar, pero que ya llevan como seis meses haciéndolo aquí, ya que es ideal, alejado de indiscretos, sin aglomeraciones. Después de haber cotilleado un poco de lo menos trascendental, le pregunto por lo realmente importante, a lo que hemos venido todos aquí, a “eso”. Y ya a carcajada limpia, por lo que casi me incomoda, me dice que “eso”, sale solo, lo normal, chico busca chica, se conocen se toman un cóctel, y van a una de las habitaciones para “eso”. Yo roja como un tomate, y avergonzada, le digo, que sí, que ya, que era solo por preguntar, que ya sabía todo “eso”. Estando allí, sigue viniendo gente siempre por el mismo ascensor, ¡yo que pensaba que llegaba tarde! Me presento a unos cuantos chicos, y a alguna chica también. Realmente me lo estoy pasando bien. Chicas y chicos agradables, de buen ver, y sin ataduras, sin nombres y sin caras. En una de las veces que voy al baño, a la salida me espera un moreno con una máscara plateada, que no he visto en toda la noche, y así de repente, sin presentaciones, me casca un beso de los que hacen época. Me coge la mano, la pone en mi nuca, y yo alucinada, sin esperarlo y sin evitarlo, me dejo llevar. Tanto que si me dice en ese momento que me tire por la ventana, lo hago. Joder, que beso, y tras eso, lo que viene después, me deja sin palabras. Le sigo hasta una de las habitaciones que antes me había dicho O`Malley, y allí, rodeada de espejos, es indescriptible. No os lo cuento, porque viniendo de mí os sacaría los colores, y como ya sabéis yo no soy así.

No recuerdo ni cómo he llegado a mi habitación, estoy todavía en una nube. ¡Cómo puede ser que haya eso yo esas cosas! Y lo peor de todo, ¡cómo me gustó!

El día siguiente se me pasa un poco turbio, me despierto tarde y agotada (no me extraña), pido una ensalada y vino blanco para comer en la habitación. Y allí, en mi terraza con vistas panorámicas de la inmensidad, rememoro lo vivido ayer, me pongo colorada y caliente de pensarlo.

Al atardecer me obligo a salir, ya que estoy de vacaciones y me apetece ver la ciudad. Tras lo de ayer, ando un poco pato, por lo que me pongo un pantalón corto y unas sandalias romanas, y así comodita me voy dando un paseo por esta ciudad que está haciendo de mi otra mujer.

Llámalo sexto sentido, pero me siento vigilada, llevo rato creyendo que me siguen, vamos, ¡qué loca! Andando, andando, llego a un punto

precioso, a la hora ideal, se está metiendo el sol, el cielo se ha vuelto rojizo, y refleja en una de las majestuosas fuentes. Y ahí me siento a disfrutar del mejor atardecer que nunca he vivido, con unas vistas impresionantes, y unos recuerdos desmesurados. Creo que doy una cabezada, porque un chico alto y moreno me da un susto que para qué. Me dice que está dando un paseo por el parque, y ha visto un *bulto* en una piedra, y ha venido creyendo que alguien se habría perdido, y ese “alguien” era yo.

Alberto (que es así como se llama ese chico alto y moreno) me acompaña al hotel, ya que estoy desubicada. Me cuenta que él es de aquí, y que no se iría nunca, nunca. Que está enamorado de Jaén, y no me extraña, llevo dos días aquí, y ya siento lo mismo. Me siento en la obligación de invitarle a cenar, y tras varias veces decirme que no, que no hacía falta, pongo mi carita de buena y no puede decírmelo otra vez. Me cae genial, es simpático, agradable, tiene conversación, y está buenísimo. ¡Anda que...! Después de la noche que he pasado, y yo diciendo esas cosas. Creo que yo le hago tilín, me mira..., no sé cómo decirlo, con mirada de querer comerme ahora mismo. Tras cenar, le digo que me enseñe algo más de la ciudad, y me lleva a un local pequeñito a bailar salsa. ¡A bailar! Pero si yo no sé poner un pie al lado del otro, pero por increíble que parezca, me dejo llevar y consigo no pisarle, que eso para mí ya es mucho. Tras un par de mojitos, buenos, muy buenos, y tanto baile, me siento mareada. Y, como no puede ser de otro modo, Alberto me acompaña de nuevo al hotel. Joder, parezco una quinceañera que no sabe ir sola a ningún sitio. No sé cómo, pero me despierto desnuda en mi cama, y no recuerdo haber llegado a ella.

A las 11:00, recibo una llamada, y es... ¿quién sino?, mi príncipe salvador, el del parque, el del bar, es: Alberto. Por lo que quedo con él para que me haga recordar la noche, y cómo termine aquí. Qué vergüenza preguntárselo, y todavía más cuando me dice que me quedé dormida, y me tuvo que llevar a mi habitación y desnudarme. Sí, sí, desnudarme, por favor tierra trágame. Así que después del bochorno, terminamos pasando el día disfrutando de los mejores rincones del lugar. Todo un lujo viniendo del mejor amante del lugar.

Mi cuerpo está cambiando, estoy sintiendo por él algo nuevo, algo que hacía mucho que no sentía, algo como... "mariposas". Dios, son mariposas de las buenas, de las de las pelis, sí, creo que me gusta, ¡oh!, ¡sí!, me gusta. ¿Le gustaré yo a él? No sé, pero creo que me mira con ojitos de

querer, y bueno, desnuda ya me ha visto, y sigue aquí, por lo que lo que vio no le disgustó.

Y así fue como aquí, en mitad de la plaza, y tras una botella de champán, me lanzo, y le beso. Y me corresponde como Dios manda. ¡Joder que si me corresponde! Eso que dicen en las pelis que hay fuegos artificiales, pues los hay. Hacemos el amor con vistas a la luna, es una noche perfecta, única, nada que ver con lo del hotel, diferente, pero esta me gusta más.

Los tres días que me quedan de vacaciones, evidentemente, los paso con él. Sin preguntas, sin ataduras, solo una pareja que se va a ver en vacaciones, y ya. Eso pienso yo, pero me he colado, me he colado por él. No me atrevo a preguntarle si quiere más, pero él tampoco se lanza. Así que después de los mejores días de vacaciones de mi vida, vuelvo a casa.

Si a la ida iba nerviosa por lo que me esperaba, a la vuelta voy inquieta por lo que allí dejo. Sé que no va a ser la última vez que vaya a Jaén, porque allí es donde me he encontrado, me he liberado, me he hecho a mí misma, me he desinhibido de prejuicios, y es donde me he sentido más sensual y erótica en la vida. Lo dicho, volveré, volveré a ver a Alberto, o si no, volveré al hotel donde sé que, poniéndome una máscara, seré la mujer más sensual y erótica, ¡por ganas no será! Sí, las tengo, tengo muchas ganas de volver. Mi Jaén, porque ya lo considero mío.

Miel que te quiero miel

Fran Cazorla

—¿Y qué narices sé yo sobre olivos, aceitunas o aceite...? ¿O sobre eso que has dicho que se llama al...no sé qué?

—Almazara... Se dice almazara, Markus —le respondió su buen amigo Javier.

—Como se diga, yo no tengo ni idea y tampoco tengo muy claro por qué tengo que estar yo aquí.

—Muy sencillo, porque tu querido abuelo paterno era de aquí, y al morir te ha nombrado su único heredero; así de simple—. Su amigo siempre le decía las cosas sin tapujos, sin andarse con rodeos.

—Ya lo sé, y por eso le dije al abogado que lo pusiera todo en venta y que me enviase el cheque a casa... Eso... eso sí que era sencillo.

—Pues me temo, *mein freund*, que eso no va a ser posible. Tú estabas presente cuando leyó las últimas voluntades... Lo dejó bien clarito: Todas mis posesiones serán para mi nieto Marcos, con la única condición de que no pueda venderlas en un plazo mínimo de un año—. Javier intentó imitar la voz ronca y autoritaria del abuelo de su amigo.

—Ya... Me he dado cuenta de que mi abuelito, que en paz descanse, tenía mucho sentido del humor...

—¿Pero por qué te quejas tanto? —Javier lo miró con atención—. Acabas de convertirte en un gran agricultor...

—Muy gracioso, sí, muy gracioso. —El rostro de Markus reflejaba una gran contrariedad—. Tengo que dejar mi cómoda vida en Berlín para volver al pueblo de mis abuelos, al que he venido tres veranos y el último fue hace casi veinte años; ¿y todo ello para qué? ¿De verdad crees que yo voy a gestionar todo esto teniendo mi empresa de software en Alemania?

—Tío, es tu herencia, tú sabrás lo que haces con ella, pero no son cuatro olivos, ¿eh? —Javier comenzó a reírse al ver la cara de su amigo.

—¡Dios! ¿Por dónde demonios es? —Markus detuvo el coche en un cruce con unos carteles de señalización tan desgastados que a algunos incluso les faltaba letras—. ¿Cómo se llamaba el pueblo? ¿Albu, qué?

—*Arbuniel*, Markus, con erre. —A Javier le seguía divirtiéndolo la situación—. Es por el de la derecha.

—Vale, gracias.

* * *

Varias veces más se equivocó en los cruces, pero al final lograron llegar a su destino. Un arco de piedra les dio la bienvenida a la finca de los Valero. Comenzaba a ponerse el sol, pero aún pudieron observar la inmensidad del terreno, millares de olivos en hilera se perdían por el

horizonte hasta donde la vista les alcanzaba.

—Es impresionante, ¿verdad? —dijo Javier dirigiéndose a su amigo.

—En eso tengo que darte la razón... —respondió Markus absorto en el paisaje teñido de verde oscuro—. Parece que jamás llegaremos a la casa.

El viejo cortijo apareció ante ellos como una isla en un mar de olivos, y a la mente de Markus regresó un viejo recuerdo, una frase que siempre escuchó decir a su abuelo y a su padre y que hasta ese momento no comprendió: *No hay nada más bello que el mar de Jaén...*

Había mucho movimiento alrededor del cortijo. Un gran trasiego de personas que iban y venían de aquí para allá, camiones pequeños y furgonetas que venían de diferentes caminos y se perdían detrás del cortijo, tractores y *carretillas elevadoras*. No había duda de que estaban, aún, en jornada laboral. Detuvieron el coche frente al portón de entrada al cortijo y bajaron despacio, oteando a su alrededor sin saber muy bien qué debían hacer.

—Buenas tardes —oyeron una voz detrás que se dirigió a ellos—. ¿El señor Marcos Valero, supongo?

—Yo soy Markus, sí —contestó cerrando la puerta y acercándose a aquel hombre de avanzada edad—. Mi secretaria avisó de que llegaría hoy.

—Encantado, Markus. —El hombre extendió su mano para estrechársela—. Me llamo Antonio, soy el maestro almazarero de la Finca Valero. Es un placer volver a verte después de tantos años.

—Igualmente, Antonio. —Estrechó aquella mano que estaba más fuerte de lo que parecía—. Este es mi amigo Javier, se ha prestado a hacerme de guía para llegar hasta aquí.

—Tenemos el placer de conocernos —respondió Antonio saludando también a Javier—. Su padre es un buen amigo.

—¿Qué tal, Antonio? —preguntó Javier—. Mucho jaleo, ¿no?

—Ya sabes lo que es esto por estas fechas, un no parar. Por favor, entrad en el cortijo, ahí está mi mujer, ella os dirá dónde dejar vuestras cosas, os instaláis y en un rato vendré a por vosotros y os enseño todo esto, ¿de acuerdo?

—Se instala el señorito nada más —añadió Javier riendo y

dirigiéndose hasta la puerta del conductor—. Yo me tengo que ir ya, tengo tareas que me reclaman en casa.

—De acuerdo, Antonio —le respondió Markus despidiéndose antes de abrir la puerta del maletero y sacar sus maletas—. Y tú, cuida bien de mi coche, ¿eh?

* * *

La casa era enorme, un viejo cortijo centenario que había sido de los Valero desde siempre, una de las familias más queridas y respetadas de todo Jaén. Su abuelo fue una persona muy querida y respetada en todas partes, y eso era algo que a Markus le llenaba de orgullo, pero también le causaba cierta intranquilidad porque sus intenciones eran vender cuanto antes todo aquello y volver a su querida Berlín.

* * *

Markus dejó que Antonio le fuera mostrando el viejo cortijo, todos sus recovecos, un viejo granero, incluso, pero lo que llamó su atención fue todo lo que había detrás. Un gran almacén donde se encontraba la almazara y que sin duda era el centro de todo aquel universo. Los camiones descargaban, incesantemente, kilos y kilos de aceitunas, las torvas y las cintas las iban transportando hacia su trágico final. El olor atrapó a Markus, ese olor fuerte pero atrayente que lo envolvió al pasar junto a las aceitunas molidas. La cantidad de maquinaria sorprendió a Markus, desde luego no se había imaginado nunca que aquello sería así, y distaba mucho de lo que vagamente recordaba.

—¿Ha cambiado bastante, verdad? —Antonio se dirigió a Markus al verlo tan interesado en cada pieza de la maquinaria—. Tu abuelo y tu padre comenzaron en este mundo de otra forma bien distinta.

—Creo recordar algo, pero todo esto no estaba aquí, ¿verdad? —respondió Markus mirándolo exhortativamente—. Antes se hacía en el cortijo...

—Así es, muchacho. Cuando eras un crío todavía estaban las viejas piedras de moler, y la almazara era parte de la casa y el granero. —Antonio evocaba aquellos años como si hubieran sido los mejores de su vida—. Entonces sí que se trabajaba duro, pero merecía la pena, muchacho, vaya que

si la merecía.

—Modernizarse o morir, ¿no?

—Así es, Markus, no queda otra opción. Me han comentado que tienes tu propia empresa en Alemania.

—Exacto, una empresa de software para empresas.

—Cosas de ordenadores, ¿no? —La pregunta de Antonio dejaba claro que aquel no era su fuerte y que él pertenecía a otra época.

—Más o menos.

Antonio terminó de enseñarle la almazara y el funcionamiento de todo hasta llegar al ansiado tesoro, aquel líquido, mezcla color verde y dorado, al que el viejo almazarero se refería como oro líquido. La pasión y el amor por todo aquello que vio en Antonio le recordó a su abuelo y a su padre, pero definitivamente creyó convencerse de que él no estaba hecho de la misma pasta. Poco después se despidieron.

—Mañana cuando te levantes —le dijo el maestro almazarero—, coge uno de los coches de ahí afuera y ve a dar una vuelta por tu finca. Yo tengo que salir, pero si sigues el camino de gravilla blanca llegarás a la zona que queda por recoger. Pregunta por la encargada, ella te explicará lo que quieras saber. A la noche te veré.

—Muchas gracias, Antonio, así lo haré. Nos vemos mañana anochecer. —Markus se despidió, entró en el cortijo, y tras picotear de todo lo que sacó la esposa de Antonio, se fue a descansar a su habitación.

* * *

Madrugó, incluso más de lo que acostumbraba en casa. No quería parecer el típico dueño que no hace nada más que pasearse y no dar palo al agua, y además, quería recorrer la finca. Pensó hacer caso de las indicaciones de Antonio y dirigirse hacia donde estaban recolectando. Buscó en su maleta algo de ropa con la que ir lo más normal considerando el lugar donde estaba, pero pronto se dio cuenta que, aun así, desentonaba.

Bajó a la cocina y allí se encontró con la mujer de Antonio. Un delicioso aroma a café recién hecho inundaba la estancia.

—Buenos días, Marcos —saludó la sonriente mujer mientras sostenía

en una mano la cafetera y en la otra una taza—. ¿Puedo llamarte Marcos, o hay que decirlo en alemán?

—Oh, no, no. —Markus sonrió—. Puede llamarme como usted quiera, es que a veces se me hace raro escuchar lo de Marcos. En Alemania todo el mundo me dice Markus.

—Pues como estamos en Jaén, en España, yo te llamaré como te puso tu madre. —Le devolvió la sonrisa a la vez que levantaba un poco la cafetera en señal de ofrecimiento—. Y no me llames de usted, por favor. Asunción a secas.

—Muy bien, Asunción. Trato hecho, y sí, me encantaría probar ese café; huele tan bien que parece llamarme...

—Ahora mismo. ¿Un terrón o dos? —preguntó la mujer al llenarle la taza.

—¿Un qué? —Markus la miraba fijamente, como si pudiera adivinar en su mente de lo que estaba hablándole.

—Has pasado demasiado tiempo fuera de aquí, ¿eh? —Asunción le llevó la taza a la mesa y se acercó a la alacena a por un cuenco pequeño de barro, que colocó a junto a la taza, sacando una sonrisa del muchacho en cuanto vio lo que contenía—. Te los comías a puñados cuando eras un crío.

—Dios... No recordaba ya los terrones de azúcar. —Markus cogió uno con sus dedos. —Pensaba que ya ni existían, la verdad...

—Qué pronto olvidáis los jóvenes las cosas buenas de antes... —le contestó Asunción de forma que a Markus le sonó casi a reprimenda—. Por cierto, mi Antonio ha dicho que cojas el coche de la entrada, que las llaves están puestas.

—Ah, pues gracias. Está en todo tu marido, ¿eh?

—Es muy *apañao*, la verdad.

* * *

Markus salió a la calle. Hacía algo de frío y la claridad ya comenzaba a invadirlo todo. Miró el que sería su medio de transporte aquella mañana, y hasta dudó de si sería capaz de conducirlo. Aquel coche debía tener su edad, si no más. El viejo, y bastante destartado, *Renault 4L* del color desgastado

de la aceituna, parecía retarle a dar una vuelta en él.

Le costó unos minutos, y que el coche se calase media docena de veces, acostumbrarse de nuevo a eso del cambio manual, a las cuatro marchas, a no tener dirección asistida, y unos asientos duros, incómodos, y cubiertos por unas jarapas raídas que seguramente tendrían casi la misma edad que el coche. Pero lo consiguió, al final dejó atrás el cortijo y las risas veladas de todo aquel que presenció el espectáculo.

Avanzó despacio, entre pequeños saltos y baches, por un camino que se adentraba entre los olivos. Su principal objetivo era encontrar cualquier signo de vida humana; por alguna parte debían estar recolectando, y por tanto debía haber vehículos y personas. Y así fue, al fin llegó a un pequeño anchurón donde había un camión y un par de furgonetas. Por allí cerca debían estar. Aparcó el 4L y se bajó. Echó a andar hacia unas voces que se escuchaban no muy lejos de allí.

Se acercó a un pequeño grupo que se encontraba alrededor de un olivo. Se quedó un poco sorprendido al principio, esperaba otra cosa después de haber consultado en *Google* las maquinarias vibratorias y diferentes artilugios para la recolección; pero no, aquellas personas deslizaban sus manos por las ramas arrancando las olivas casi una a una, y debajo del árbol unos telones oscuros cubrían el suelo y recogían todo lo que caía.

—Buenos días —dijo al llegar junto a los trabajadores.

—¡Buen día! —contestó uno de los jornaleros.

—Busco a la encargada, Antonio me ha dicho que estaría por aquí.

—Pues por ahí viene, joven. —El hombre señaló hacia una muchacha que se acercaba a ellos.

—Buenos días. —Markus saludó a la chica cuando estaba a un par de metros de él—. Busco a la encargada.

—Yo soy la encargada. —Se quedó mirando con mucha atención a aquel hombre de ojos marrón claro que tenía frente a ella—. Muy guapo te has venido tú para currar... No sé quién te habrá contratado ni por qué, pero te voy a exigir como a los demás. Me llamo Alba. Quédate con esta cuadrilla, ellos te dirán lo que tienes que hacer y cómo hacerlo, ¿vale?

—Yo... Yo... —Markus no acertó a vocalizar nada más.

Se quedó embobado con lo que veían sus ojos. Ante sí tenía una mujer con unos ojos tan verdes como las hojas de los olivos, con las mejillas sonrojadas por el helor de la mañana, vestida con un mono de color azul y con el cabello recogido tras un pañuelo. Aquel rostro le resultó familiar, pero no supo adivinar la razón, ni tuvo tiempo a preguntar o a decir algo más porque sin saber cómo, la chica se había marchado y él estaba trabajando como uno más.

* * *

Ni Markus sabía cómo había conseguido terminar la jornada, y menos por qué no había dicho quién era o haberse largado de allí cuando hubiese querido; pero no, no lo hizo, aguantó como se esperaba de un buen jornalero. No iba a dar motivos para que nadie lo llamase vago, pero él sabía que la verdadera razón de darse aquella paliza fue querer volver a ver a aquella mujer.

Cada dos por tres miraba hacia el camino con la esperanza de verla aparecer, pero no tuvo suerte, ni a la hora del almuerzo, que todos compartieron solidariamente con él, ni por la tarde; la jornada terminó, recogieron sus cosas y se dispusieron a marcharse. Él, amable, se ofreció a llevar a algunos de los jornaleros en el coche, lo que levantó algo de sospecha en ellos al ver que se trataba de uno de los vehículos de la finca; pero nadie dijo ni preguntó nada.

Cuando se bajó del coche le dolía cada articulación del cuerpo, no estaba ya acostumbrado a tanto esfuerzo físico, y parecía que le habían dado golpes por todas partes. Entró en la cocina buscando algo fresquito para calmar la sed, y allí se encontró con Antonio y su esposa, que al verlo entrar se quedaron extrañados de la cara de cansancio que llevaba.

—Buenas tardes, Markus —saludó Antonio—. ¿Estás bien? Parece que hubieras visto un fantasma.

—Ojalá fuera eso —Markus resopló, hasta él mismo juraría que le faltaba el aliento—. Un vaso de agua, por favor, o lo que sea que pueda beberse.

—Claro que sí —Asunción cogió el botijo y se lo acercó. Markus se

quedó mirándolo extrañado, a lo que la mujer reaccionó rápidamente—. ¿Prefieres en vaso?

—Sí, si no te importa, Asunción. Recuerda que soy un señorito de ciudad, como decís por aquí, ¿no? —Markus sonrió al ver a Asunción echarse a reír mientras iba a por un vaso.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Antonio—. ¿Dónde has estado todo el día?

—Pues aunque no lo creas, trabajando en la finca...

—¿Cómo dices? —Antonio se extrañó por aquella respuesta.

—Que llegué, saludé, apareció la encargada, me puso a trabajar con la cuadrilla que allí había, y ya no regresó. Y como no sé decir que no, el resto te lo puedes imaginar. —Markus se señaló a sí mismo mostrando las evidencias en su ropa y en su rostro.

Antonio y Asunción se miraron de forma automática y no pudieron evitar echarse a reír ante la cara de incredulidad de Markus, que los miraba sin entender nada.

—Me vais a perdonar... pero no lo he pillado... —dijo mirando con ojos entrecerrados al matrimonio.

—Te has encontrado con Alba, ¿no? —le preguntó Asunción.

—Sí, por poco tiempo, pero sí.

—¿No la recuerdas? —La pregunta ahora venía por parte de Antonio—. Tampoco os lleváis tantos años.

—¿A Alba? —Markus estaba intrigado ya—. ¿Se supone que debo conocerla?

—Y tanto... —Asunción sonrió—. Cada verano que viniste no os separasteis ni un minuto...

—Un momento... —Las piezas empezaron a encajar en la cabeza del muchacho—. ¿Albi? ¿Albita? ¿Es ella?

—Claro, Marcos, nuestra hija Alba. —Asunción le confirmó orgullosa de su niña—. Está muy cambiada, pero a mejor, ¿verdad?

—¡Y tanto que sí! —Markus se ruborizó al darse cuenta de su efusivo comentario, e intentó salir del paso de la mejor forma posible—. Ha crecido muy guapa, pero es de esperar, ¿no? No hay más que ver a su madre...

—¿Entonces nuestra niña te ha puesto a trabajar? —Antonio no era capaz de dejar de reír.

—Lo cierto es que no recuerdo que de pequeña tuviera tanto carácter y tanta dote de mando. —Markus sonrió y decidió guardarse para sí la parte en la que poco más que menos había quedado hipnotizado nada más verla—. Pero sí, no he podido evitar terminar echando la jornada con los demás.

—Mañana dile quién eres —le dijo Asunción—. Nosotros no le hemos dicho que habías vuelto, y con lo cambiado que estás tú también, ella tampoco te ha reconocido. A menos que prefieras trabajar, claro...

—¡Eso! —Antonio no podía dejar de reír—. Como no le digas que en realidad el jefe eres tú, esa te hace trabajar de sol a sol.

—Yo no soy el jefe. —Esa palabra no la usaba ni en su propia empresa.

—Ahora eres el dueño de todo esto, no lo olvides.

—No lo olvido —respondió resignado—. Me vais a disculpar pero estoy tan cansado que necesito la cama ya...

—¿Ya? ¿Tan pronto? —preguntó la mujer de Antonio—. ¿No piensas cenar?

—No tengo ni hambre, Asunción. —Markus se levantó de la silla—. Prefiero descansar y levantarme bien mañana. Muchas gracias por todo. A los dos.

—Que descanses, Markus.

* * *

Aquella noche soñó con ella. A medida que en sus sueños iba prestando atención a los detalles, fue encontrando las similitudes con la Alba que él conocía desde pequeño. Sobre todo sus pupilas, no entendió cómo no se dio cuenta de que aquel color de ojos no había cambiado en todos esos años. En realidad tampoco cambió aquella carita de niña dulce, tan solo se había ocultado tras una máscara de chica dura y autoritaria.

Sus sueños se mezclaron con los últimos recuerdos que conservaba de aquella chica. Se dio cuenta de que en su mente aún se escondía en un lugar profundo un pensamiento, una frase que debió decir cuando eran adolescentes pero que se quedó acallada en su interior. Aquella noche sus cuerdas vocales debieron tocar las notas adecuadas para que la melodía que se escuchase fuese un te quiero, pero todo quedó en silencio y el adiós se adueñó de aquel momento.

Despertó con la imagen de Alba y sus preciosos ojos verdes clavados en su mente. ¿Qué le estaba pasando?. ¿Por qué de repente solo podía pensar en aquella chica del pasado?. ¿Por qué se cuestionaba ahora la elección que tomó al irse a estudiar fuera? Demasiadas preguntas para sí mismo, muy temprano para comerse el coco, se dijo finalmente, pero la realidad es que se moría de ganas por verla de nuevo.

—Buenos días, Asunción —saludó de forma alegre y jovial en cuanto entró a la cocina.

—Buenos días, Marcos. ¿Has descansado? —preguntó mientras se acercaba a la mesa cafetera en mano—. ¿Un café?

—Sí, por favor —agradeció Markus sentándose a la mesa—. He dormido del tirón por el cansancio. ¿Ya se ha ido tu Antonio?

—Él siempre madruga mucho, es el primero en salir, siempre tiene mucho trabajo —le dijo mientras le llenaba una buena taza de café—. Creo que hoy tenía que pasar por la finca donde está nuestra hija; si vas por allí puede que te los encuentres a los dos.

—Ahora me acercaré, hoy sí que pretendo ver la finca —sonrió al recordar la jornada anterior, sacando otra sonrisa a Asunción.

* * *

Intuía que no faltaba mucho para llegar al lugar donde estuvo el día anterior cuando el coche comenzó a tironear hasta que el motor se detuvo y ya no quiso volver a arrancar, por más veces que Markus lo intentó. Optó por bajar, echar un vistazo bajo el capó y tomar conciencia de que no tenía absoluta idea de mecánica. Dejó el coche en medio del camino y continuó a pie con la esperanza de que su sentido de la orientación estuviese en lo cierto y no faltase mucho para llegar a su destino. Pasada la primera hora asumió

que se había perdido y tendría que optar por decidir entre si seguir adelante o volver hasta el coche y esperar que alguien le rescatase.

Markus se sentó en una roca que había al lado del camino para descansar y meditar su decisión. Escuchó algo a lo lejos, en la misma dirección a la que él se dirigía. Aguantó la respiración y se quedó muy quieto para prestar más atención. Sin duda era algún tipo de vehículo a motor. Estaba expectante, su salvador se acercaba cada vez más.

A los pocos minutos una pick up se detuvo a su lado y bajó la ventanilla. La sorpresa para Markus fue mayúscula: no era su salvador, sino su salvadora. Allí tenía a Alba, con el antebrazo apoyado en la puerta y mirándolo fijamente con aquellos hermosos ojos verdes que parecían traspasarlo, pero en esa ocasión el gesto de su rostro era diferente, estaba más tranquila y habría jurado que hasta se la notaba algo ruborizada.

—Buenos días —saludó en voz baja la chica.

—Buenos días —respondió Markus—. ¡No sabes cómo me alegro de verte!

—¿Te alegras? ¿Y eso? ¿Acaso tenías ganas de verme? —dijo Alba en tono inquisidor—. ¿Por casualidad quieres decirme algo?

—Eh... No, no, me refería a que menos mal que pasa alguien... —Comenzó a ponerse nervioso en cuanto notó que volvía a ser la chica autoritaria—. Que me daba igual que fueras tú, o no, eso... ya sabes, que me he quedado tirado y...

—¡Ah! O sea, que no querías verme... Vale, vale, ya entiendo.

—¡No! ¡No! ¡Yo no he dicho eso! Deja de liar las cosas, por favor.

—¿Encima soy yo la que lío las cosas? —Alba abrió la puerta y bajó de la pick up—. ¿Qué problema tienes conmigo?

—¿Pero qué dices? —Markus ya no sabía ni qué decir ni cómo actuar—. En serio, me estás rayando.

—Que estoy de broma, hombre...—Alba sonrió y relajó su tono—. Hola, Marcos.

—Ho, hola... —Markus la miró entrecerrando los ojos como si no se fiase mucho de aquel repentino cambio de actitud.

—Mi padre me ha dicho que estabas por aquí, y me ha comentado lo de ayer... —Soltó una pequeña carcajada—. ¿Pero por qué no me dijiste nada?

—Pues... porque tampoco tuve oportunidad... —Markus se encogió de hombros al contestar.

—Te has hecho mayor y te has vuelto tonto... ¡Hola, Marquitos! —Alba se adelantó un par de pasos y le estrechó con sus brazos—. ¡Cuánto tiempo!

—¡Joder! Ya empezaba a preocuparme —suspiró profundo mientras se dejaba abrazar—. Ya te vale...

—Sigues siendo un inocentón...—Alba se separó un poco de él—. Aunque eso sí, has crecido muy pero que muy bien, y sigues teniendo unos ojos muy bonitos...

—Para ojos preciosos, los tuyos...—se le escapó sin querer a Markus—. Quiero decir que estás muy guapa, Alba.

—Ya lo sé... —le contestó dando unos pasos atrás—. Venga, sube, te voy a enseñar todo lo que ahora es tuyo.

—De acuerdo. Creo que la guía es buena...

—Buena, no... ¡La mejor!

Alba le mostró a Markus la mayor parte de la finca, haciendo especial hincapié en las zonas más exclusivas, explicándole el funcionamiento de casi todo, y el muchacho le prestó toda la atención que pudo; le encantó escucharla hablar de olivos, aceite, almazaras, riegos, tractores, con tanta pasión que parecía que amaba todo aquello y que allí era muy feliz.

—Alba... —dijo Markus mirándola mientras conducía.

—Dime.

—¿Nunca has querido irte de aquí? Me refiero del pueblo, del campo.

—Claro que sí. —Alba lo miró de reojo y sonrió—. Y me fui. Me largué a la ciudad y estudié la carrera de Empresariales.

—¿Y entonces qué haces aquí? —preguntó Markus extrañado—. ¿Por qué no has buscado trabajo en lo tuyo?

—Lo busqué y lo encontré. Trabajé un año para una multinacional, ganaba mucho dinero y vivía estresada veinticinco horas al día. Tenía algo dentro de mí que me decía que aquella no era la vida que quería, y entonces decidí volverme y trabajar aquí junto a mis padres.

—¿Dejas una multinacional para venirte a trabajar en el campo? —a Markus le costaba entenderlo.

—Dejé una vida que no me hacía feliz para vivir otra que me llena; ¿eso es malo...?

—¿Eh? No, claro que no. Pero no creo que sea tan sencillo de entender.

—Dime, Markus... —Alba detuvo el coche y lo miró fijamente—. ¿Nunca has imaginado cómo hubiera sido tu vida si no te hubieses ido o si hubieses vuelto?

—Lo cierto es que hasta anoche no me había hecho esa pregunta. — Los ojos de aquella mujer tenían algo que lo volvían loco.

—¿Anoche? —Alba sintió curiosidad—. ¿Qué te pasó anoche?

—Que recordé viejos tiempos y soñé con lo que hubiera pasado si...

—¿Si qué...?

—Nada, nada, ya sabes que los sueños, sueños son, ¿no?

—Algunos se cumplen... —Alba reinició la marcha—. Te voy a llevar a un sitio muy especial, a ver si lo recuerdas.

—Vale, tú mandas.

* * *

Tras un rato conduciendo entre olivos, el coche comenzó a ascender por un camino empinado que subía hasta arriba de una colina. Alba detuvo el coche, paró el motor y bajó. Markus hizo lo mismo, sin quitar la vista de un enorme olivo que había en la cumbre, rodeado de un pequeño muro de piedra y bajo el que había un banco de madera. Entonces recordó aquel lugar.

—¿Recuerdas este sitio? —preguntó Alba sentándose en el banco—. Lo único que no recordarás es el murito de piedra y este banco, son de hace poco tiempo.

—Claro que me acuerdo. —Markus miró hacia arriba—. Es el primer olivo que plantaron mis antepasados.

—¿Y no recuerdas nada más? —preguntó ella, haciendo que la atención del chico volviera.

—Claro...— Markus la miró a los ojos—. Aquí nos despedimos la última vez...

—Buena memoria... —Alba se incorporó y se acercó a él—. A mí tampoco se me ha olvidado... Me debes dos palabras y un beso...

—¿Cómo? —Estaba sorprendido, no esperaba aquella situación.

—¿Recuerdas que siempre me decías que mis ojos eran muy bonitos? ¿Cuándo te preguntaba qué te parecían mis ojos? ¿Qué me respondías? —Alba se dio cuenta de que lo recordaba porque vio cómo se le escapaba una sonrisa.

—Verde que te quiero verde...

—Sabía que no te olvidarías... y sé que en el fondo no ha cambiado nada. —Alba pegó su cuerpo al de él, dejando sus rostros apenas a un palmo de distancia—. Ahora quiero esas dos palabras y el beso...

—Te quiero... —Esta vez no dudó en decirlo, y acercó sus labios a los de ella para fundirse en un beso tan dulce como apasionado.

—La espera ha merecido la pena... —Alba lo miró tras el beso—. Me encantan tus ojos, Marcos. Son preciosos.

—Gracias. —Markus la miró sonriendo—. Y dime, ¿qué te parecen mis ojos?

—Miel que te quiero miel...

La chica de la foto

M^a Carmen López

En aquella reunión del primer trimestre del año 2998, en el Colegio de Acompañantes y Esposas de la Señorita Melania Carpenter, ocurrió algo bastante inusual: la señorita Carpenter, no se presentó a la misma. Teniendo en cuenta que esto no había ocurrido desde... bueno, desde nunca, no es de extrañar que todas las profesoras presentes se sintieran desconcertadas. Por ello Charlotte, mano derecha de la presidenta y alma de la institución, se vio obligada a levantarse de su silla y darles una explicación a todas las presentes:

—Queridas y estimadas compañeras, siento informaros de que la ausencia de nuestra admirada mentora, es debida a un leve problema de salud..., del que esperamos se recupere pronto –añadió en respuesta a los murmullos provocados por sus palabras–, en cualquier caso, las peticiones recibidas durante este trimestre no pueden, ni deben, ser desatendidas. De modo señoras, que empecemos la reunión.

La señorita Miller, secretaria de Dirección y encargada de la recepción y aprobación de todas las peticiones, fue la primera en hablar:

—Este trimestre el número de peticiones para contratar a nuestras estimadas alumnas, ha vuelto a alcanzar un nuevo récord. Dado que el número de alumnas en edad de graduarse no ha aumentado, tendremos que realizar una selección muy exhaustiva –declaró antes de volver a sentarse.

Durante el transcurso de la reunión, la señorita Miller se ocupó de ir leyendo una a una las distintas solicitudes, siendo cada una de ellas estudiada minuciosamente por el resto de integrantes del cuerpo docente presentes en la reunión: Janice de Educación física, Ayleen de Moda y Cuidado personal, Emma de Conocimientos básicos de domótica y robótica aplicada, Priscilla de Artes Amatorias, Destiny de Conversación y Dicción, Bernice de Protocolo y Economía doméstica, y por último, Margaret, la Psicopedagoga. El cometido de las asistentes a la reunión, no era otro que encontrar la alumna más idónea al perfil demandado en las solicitudes para esposa. Sí, esposa. O mera compañera. Eso dependía del grado de compromiso que el solicitante estuviera dispuesto a asumir. Por supuesto, las mejores alumnas del centro eran reservadas para los mejores puestos: esposas a jornada completa y contrato de por vida.

En la mayoría de los casos era fácil la elección, ya que la mayoría de los hombres se decantaban por un tipo de mujer concreto: mujer objeto, con conocimientos elevados en artes amatorias; mujer casera, altos conocimientos en economía doméstica y robótica, pero con nivel mínimo de conversación; mujer escaparate, con buen físico y conocimientos básicos de moda, para poder ser exhibida adecuadamente. El problema era cuando el perfil solicitado incluía un conocimiento apto en más de tres o cuatro materias y contenía, a su vez, la palabra tan temida por todas las profesoras: Amor. Eran pocos los casos en los que se requería enamorarse de la candidata, pero, sin duda, estas solicitudes eran las más difíciles de cumplir.

En el transcurso de la reunión, Charlotte se limitaba a escuchar las opiniones de las profesoras, y solo en caso de diferencias irreconciliables, tomaba parte en la discusión. Todas respetaban sus opiniones, a pesar de su juventud. No por nada, había sido criada por la mismísima señorita Carpenter a su imagen y semejanza: era una joven hermosa, inteligente, fría y calculadora. En su vida no había cabida para el afecto, la sensiblería o la pasión.

Charlotte era consciente de ser una privilegiada. Solo unos pocos escogidos vivían en las ciudades cúpula, donde el aire no estaba contaminado, donde no escaseaban los recursos naturales, y la mayoría de tareas físicas eran realizados por robots. No todos los huérfanos o repudiados por las familias de acogida o adoptantes tenían una segunda oportunidad, la mayoría debían conformarse con vivir fuera, donde el aire, la tierra y los mares, estaban tan contaminados que la esperanza de vida no superaba los veinte años.

Las voces alteradas de sus compañeras arrancaron a Charlotte de su ensimismamiento.

—¿Qué ocurre señoritas?, ¿Cuál es el problema? —preguntó conciliadora.

—Es por la petición de *felizporundia*...

“*Curioso nombre*” pensó Charlotte.

—..., no solo requiere una mujer con conocimientos altos en conversación y artes amatorias, también solicita conocimientos de música...

La mayoría de las mujeres de la sala protestaron, e incluso Charlotte se sorprendió: la música, el dibujo y las artes en general, estaban en clara decadencia. Los hombres no las solicitaban, y las alumnas del centro apenas dedicaban su tiempo a alguna de ellas.

—...y además, solicita características como: inteligencia, bondad, ternura, pasión, valentía, alguien... —añadió la señorita Miller, remarcando el momento con una pausa, para observar a todas las asistentes— ...con quién compartir su vida y de la que poder enamorarse.

Las exclamaciones y protestas aumentaron de tono.

—¡Tranquilas señoritas, no se alteren!, hasta ahora, ninguna solicitud de ningún hombre, a esta nuestra institución, ha sido rechazada por imposible.

—Charlotte, pero es inconcebible, además de todo lo anterior, solicita unas características físicas determinadas. ¡Aquí no hacemos milagros! —exclamó indignada la señorita Bernice, una mujer cuya hermosura había desaparecido con los años, y cuya inteligencia fuera de las normas de protocolo y de la economía doméstica, era nula o inexistente.

—Mi querida Bernice, compañeras, es evidente, que esta solicitud en concreto, necesita de una opinión con mucha más experiencia y discernimiento que el nuestro. De modo, que con vuestro beneplácito, me ocuparé de que sea la propia señorita Carpenter en persona quien la atienda.

La mayoría, con más o menos complacencia, aceptó la propuesta de Charlotte, y puesto que esta era la última de las solicitudes, dieron por terminada la reunión.

Jason se acomodó en su sillón favorito. Cogió el mando y escogió un nocturno de Chopin para acompañarle en la lectura. Consideraba que era lo más adecuado a su actual estado anímico. Grace, nombre que utilizaba para llamar a su robot doméstico GR100, entró en el salón con una taza de té.

—Grace, ya puedes ponerte en modo ahorro energético, no te necesitaré más esta noche —ordenó Jason cogiendo la taza.

—Buenas noches, Jason —se despidió el robot, dirigiéndose a la cocina, donde podría cargar la batería hasta el día siguiente.

Era una noche apacible, como todas dentro de la cúpula, pero él notaba un cierto desasosiego que no sabía cómo explicar. Aunque, si era sincero consigo mismo, se hacía una ligera idea del motivo de su desazón: se acercaba la fecha límite de entrega de su futura esposa, por parte del Colegio de Esposas y Acompañantes de la señorita Melania Carpenter. Un colega suyo, felizmente casado, le había recomendado encarecidamente esta academia en concreto. No era dado a seguir consejos de nadie, pero su colega parecía tan enamorado... y él..., él llevaba demasiado tiempo solo, aferrado a una idea imposible.

El caso era que el momento de la entrega se acercaba, y su preocupación aumentaba. Había sido muy específico en su solicitud, tenía muy claro lo que quería, el problema había sido, hasta ese momento, cómo conseguirlo.

Dejó la taza vacía en la mesita contigua, junto a un primitivo libro en papel. Dudó un segundo si cogerlo, al final, volvió a recostarse en el sillón y pulsó un botón del mando. En la pantalla gigante de última generación apareció una imagen. En ella se veía a un niño y a una niña, de unos 12 o 13 años, posando para la instantánea. La imagen no se veía nítida, ya que la tecnología utilizada para tomar la instantánea era obsoleta para las pantallas modernas, pero a él no le importaba. Era la única prueba tangible de la existencia del día más feliz de su vida. Ella era real, existía..., o al menos, había existido.

Aquel día, hacía ya más de trece años, se había escapado de las normas estrictas de su casa, de las normas estrictas del gobierno de una ciudad y un país, que lo confinaban entre cuatro paredes, sin poder relacionarse con otros niños u otras personas si no era bajo las condiciones impuestas por los gobernantes.

Se había marchado para descubrir ese otro mundo fuera de su hogar, y por qué no, también fuera de los límites de la cúpula. Quería vivir una aventura..., y lo había hecho. Durante un maravilloso e intenso día había descubierto la libertad, el riesgo, el compañerismo, la valentía, la amistad..., y a ella, su alma gemela; pero había tenido que pagar un precio muy alto por ese único día de libertad y aventuras. Su padre adoptivo había estado a punto

de repudiarlo y enviarlo al exterior. Solo el amor incondicional de su madre adoptiva y un pacto abusivo con su padre, lo habían salvado. Había salvado su vida a cambio de entregar su alma: había renunciado a su libertad, a tener ideas o pensamientos contrarios a las creencias de su padre y lo peor..., había renunciado a buscarla a ella de cualquier manera posible.

Cuando su padre murió, la buscó incansable durante más de cinco años, al final, sin embargo, se había rendido a la evidencia: nunca podría encontrar a la joven en que aquella niña se había convertido, había desaparecido cualquier rastro de su existencia.

Después, un compañero de trabajo le había hablado del Colegio de la señorita Melania Carpenter, y en su interior se había abierto un resquicio a la esperanza. Había estudiado a fondo la institución, las alumnas eran escogidas en persona por la mismísima señorita Carpenter, entre las niñas huérfanas o pendientes de adopción. Los expedientes de las niñas aceptadas eran confidenciales e imposibles de rastrear. Era absurdo. Imposible. Era su última posibilidad. O la encontraba, u obtendría a la mejor sustituta posible.

Charlotte entró en el santuario en que se había convertido la habitación de la señorita Carpenter desde el agravamiento de su enfermedad. La austeridad de la estancia no hacía más que aumentar la omnipresencia de su mentora, que sentada entre almohadones en mitad de la enorme cama con columnas de caoba, parecía dormitar exánime.

—Pasa, querida —profirió la octogenaria señorita, abriendo sus pequeños ojos maliciosos cubiertos de miles de arrugas— ¿qué asunto tan urgente te obliga a molestar a una pobre anciana en sus escasos momentos de descanso?

Charlotte se limitó a parpadear como única respuesta al reproche de la fundadora del colegio. Estaba acostumbrada a sus críticas más o menos encubiertas. Nadie mejor que ella, conocía la verdadera naturaleza de su tutora.

—En la reunión hemos tratado las solicitudes del último trimestre —comenzó a explicar Charlotte acercándose al lateral de la gigantesca y monstruosa cama—. Casi todas han sido estudiadas, y se ha

encontrado a la candidata más idónea para cada una de ellas...

—¿Casi?

—Sí. Hay una solicitud en concreto, que estoy segura será de su total interés.

—Charlotte entregó a su mentora una fina carpeta y le alcanzó las gafas de leer que había en la mesita. En su rostro era imposible vislumbrar un solo atisbo de emoción, mientras observaba de pie, junto a la cama, la lectura de la solicitud por parte de la señorita Carpenter. El semblante de ésta, por el contrario, fue pasando por diversos estados de ánimo: primero, arqueó las cejas sorprendida, después, frunció el entrecejo, para terminar con el gesto satisfecho, del gato que acaba de comerse un ratón.

—Sin duda, curiosa solicitud, ¿no crees, Charlotte? —comentó la señorita Carpenter con la mirada fija en ella.

—¿Qué quiere que hagamos? —se limitó a responder Charlotte impasible.

—Veamos, esta institución siempre se ha caracterizado por cumplir las solicitudes con la mayor rigurosidad posible...ahora bien, en este caso, la petición es muy específica, de hecho, describe con total perfección a una mujer en concreto, alguien, a quien tanto tú como yo, conocemos muy bien...

—Y usted sabe, tan bien como yo, que esa mujer está muerta y enterrada.

—Sí, es una verdadera pena. ¿Crees que podremos encontrar una sustituta que pueda ocupar su lugar dignamente?

—¿Quizá Mary Ann? Está asignada a otra solicitud, pero tal vez podríamos...

—No, no, el físico podría pasar..., pero no, es demasiado dócil, le falta la pasión y la valentía que él necesita para enamorarse de ella.

De nuevo Charlotte parpadeó, apenas un leve aleteo de sus largas pestañas.

—¿A quién propone usted?

—¿Qué te parece Liz?

—¿Liz? —fue la rápida respuesta de Charlotte.

—¿No te parece adecuada? Yo en cambio pienso que es la mejor opción, la mejor copia posible, ya que la original no está disponible.

—Es demasiado joven, aún le queda un año para graduarse, no creo que esté preparada —objetó Charlotte.

—No te habrás encariñado con ella, ¿verdad? Ya sabes lo que pienso sobre dejarnos llevar por nuestros sentimientos. Solo traen dolor, tú lo sabes mejor que nadie.

En esta ocasión Charlotte tuvo que realizar un gran esfuerzo para no reaccionar a las palabras de la anciana, apretó los dientes con fuerza, y respondió a su mentora y tutora legal:

—Estoy segura de que será perfecta. Hablaré con ella lo antes posible —claudicó sin más Charlotte. Era la única manera de sobrevivir: enterrar toda emoción, todo vislumbre de sentimiento en lo más profundo de su alma, para que ella no pudiera encontrarlo y destruirlo.

—Sí, claro que lo harás. Estoy muy orgullosa de ti. Ahora, será mejor que me dejes descansar —declaró la señorita Carpenter, invitándola con un gesto de la mano, a que se marchara y la dejara sola.

Charlotte, obediente, salió y cerró la puerta. Notó un extraño picor en los ojos. Al frotarse con los dedos, descubrió perpleja que estaban húmedos. Había olvidado como eran las lágrimas, hacía demasiado tiempo de la última vez..., y en el proceso había olvidado tantas cosas. O eso creía hasta ese momento.

Charlotte se reunió enseguida con Liz. Liz era una adorable joven de diecisiete años, rubia con unos dulces ojos miel y un físico atlético. Tal y como había especificado el demandante. En cuanto al carácter... no encajaba con gran exactitud en lo solicitado. Liz era soñadora, apasionada, muy impresionable y enamoradiza. Al ser informada por Charlotte de su elección como futura esposa, para una de las solicitudes de ese mismo trimestre, se mostró sorprendida y algo indecisa. Ese era precisamente su punto débil, alguien tenía que tomar las decisiones por ella y, además, convencerla de haber escogido la opción más viable. En este caso, Charlotte

tuvo que emplearse a fondo, ya que la joven no se sentía preparada, en absoluto, para salir tan pronto al mundo real.

Charlotte le dibujó un perfecto príncipe azul: soñador, valiente y muy atractivo. Ella podía ser su musa. En un mundo donde la libertad era nociva, la amistad innecesaria y el amor sobrevalorado, ellos serían libres para conocerse, comprenderse, y soñar juntos con lugares imposibles, donde respirar aire limpio sin impedimentos ni restricciones. Había sido elegida a imagen y semejanza de otra joven, para ser su pareja de por vida.

—¿Y si esa joven vuelve a buscarlo? —preguntó Liz temerosa de perder algo que, sin saberlo, ya deseaba con toda su alma.

—Esa joven ya no existe, un recuerdo no puede hacerte ninguna sombra, Liz. Él es perfecto para ti y tú para él —sentenció Charlotte convencida.

Liz se enamoró perdidamente de la maravillosa imagen del amor, descrita por Charlotte. En cuanto al pretendiente... la señorita Carpenter tenía razón, admitió Charlotte para sí misma, Liz era perfecta para él: no podría rechazarla en cuanto viera aquella cara tan dulce, con aquellos ojos color miel, tan parecidos a los de... y sin darse apenas cuenta, estaría total y absolutamente enamorado de ella. Todo el mundo adoraba a Liz, ¿por qué no iba a hacerlo él? Todo saldría bien, y ella, por fin, podría olvidarse de aquella historia para siempre.

Jason escuchó el aviso de mensaje en la cocina mientras desayunaba. Dejó el desayuno a medias y lo abrió allí mismo. Era la respuesta a su solicitud de esposa. Se secó las manos sudadas y temblorosas en los pantalones, antes de leer la respuesta. Habían encontrado a alguien, una joven de diecisiete años llamada Liz, que cumplía, casi en su totalidad, los requisitos solicitados.

Debería estar contento, por fin dejaría de estar solo, por fin, podría compartir sus sueños con otra persona; pero no lo estaba, únicamente sentía una gran tristeza. Si aceptaba a aquella chica, tendría que renunciar para siempre a encontrarla a ella. Y no estaba seguro de poder hacerlo. Tenía que pensarlo, tenía que darse tiempo antes de tomar una decisión que cambiaría su vida para siempre.

Aquella misma noche Jason, con lágrimas en los ojos y el alma hecha pedazos, contestó al Colegio de Acompañantes y Esposas de la señorita Melania Carpenter. Aceptaba a la señorita Liz como esposa, con un periodo de prueba de una semana, tal y como lo estipulaban las normas del colegio. Después, envió un archivo adjunto para la señorita Liz, su futura esposa, donde le explicó con la mayor sinceridad y la menor crudeza posible, el estado real de su corazón, y los motivos que lo habían llevado a tomar una decisión tan drástica, en contra de sus propios sentimientos. Esperaba que, a pesar de todo ello, fuera capaz de perdonarlo, y pusiera todo de su parte en aquella nueva aventura juntos, para que funcionará, por el bien de los dos.

Charlotte aún permanecía despierta cuando llegó la respuesta de Jason. No solía dormir mucho, pero desde hacía unos días aún dormía menos. Leyó, con alivio, el beneplácito de Jason a la elección de esposa realizada por el colegio, e incapaz de resistirse, leyó también el archivo adjunto dirigido a Liz. Descubrió, entre sorprendida y emocionada, todas las dudas y esperanzas de Jason, su anhelo de llevar a Liz a su Shangri-la particular: Jaén, una hermosa ciudad en el sur de España, erigida junto a una ladera, donde su especial orografía le había permitido permanecer ajena a la contaminación, y permanecer libre de cúpulas y fronteras. A pesar de seguir enamorado de un fantasma, por fin se había dado por vencido. Conmovida, cerró el archivo y se dirigió a la habitación de la señorita Carpenter para informarla.

Tres días más tarde, Jason, ilusionado y muy nervioso, esperaba la llegada de Liz. Había enviado las coordenadas de la biblioteca para el teletransporte, le parecía el lugar más adecuado para recibir a su futura esposa. Era su lugar favorito de la casa y deseaba que también fuera especial para ella. Oyó el chasquido previo a la aparición de la persona teletransportada, y pensó en la posibilidad de morir, allí mismo, de un ataque al corazón, antes incluso, de poder ver en persona a su prometida. Por fin, empezó a materializarse frente a él. Solo..., que no era exactamente como en la foto que le habían enviado.

—¿Liz? —preguntó con apenas un hilo de voz.

—No, no soy Liz. ¿Decepcionado?

La mujer que tenía frente a él había perdido la esbeltez de la

juventud, en beneficio, de unas atractivas y seductoras curvas. El pelo corto y dorado le daba un aire rebelde y sus preciosos ojos miel lo miraban con picardía, retándolo a confesar su decepción, pero, no podía hacerlo, no se sentía decepcionado en absoluto.

—No, la verdad es que no lo estoy —confesó sorprendido a la desconocida.

Ella sonrió con alivio, y algo en aquella sonrisa de medio lado, provocó en Jason un estremecimiento. Él conocía esa sonrisa, la había soñado cada noche, desde hacía más de trece años. Cerró los ojos y negó con la cabeza, su mente era incapaz de aceptar, lo que su corazón ya había reconocido como cierto. Se parecía tanto a ella, pero no era posible..., después de todo ese tiempo, ahora..., que por fin se había dado por vencido. Abrió los ojos con la esperanza reflejada en ellos y se acercó lentamente hasta ella, levantó una mano temblorosa para tocarla, necesitaba cerciorarse de no estar soñando.

—¿Eres tú?, ¿de verdad eres tú? —dijo Jason agitado como una hoja.

—Sí, soy yo, Jason, he regresado. Estaba perdida, pero tú me has hecho recordar, me has hecho desear de nuevo, todo aquello con lo que soñamos aquel día —declaró Charlotte, con lágrimas en los ojos, asiendo la mano de Jason con la suya, para estrecharla fuerte contra su mejilla.

—Pero ¿cómo...?, pensé que habías muerto.

—Yo también pensaba que la Charlotte que tú conociste había muerto. Cuando aquel día nos separaron, descubrí que mis padres habían muerto en un accidente, mientras me buscaban. Me encerraron en un orfanato, donde la pena, la culpa y la soledad estuvieron a punto de matarme. Entonces, fue cuando la señorita Carpenter me encontró, y utilizó mi dolor para enterrar todo sentimiento hacia ti y hacia mis propios sueños... Lo sepulté tan hondo y tan profundo, que fue necesario un tsunami para poder rescatarlo de las profundidades del olvido y el rencor, de tantos años de soledad. La carta que le enviaste a Liz fue para mí ese revulsivo que necesitaba, me di cuenta de cuanto quería y necesitaba lo que le ofrecías a ella, y me di cuenta también, de que tu amor había permanecido inmutable al paso del tiempo. Fui consciente de la oportunidad que estaba dejando escapar

por mi ceguera. Todos los años que la señorita Carpenter había utilizado para envenenar mis recuerdos, se esfumaron frente a tus emotivas palabras. Me armé de valor y fui a hablar con ella.

—¿Por eso estás aquí? ¿Por fin dio su bendición a nuestra relación? —preguntó Jason, cogiendo atribulado entre sus manos las de su amada.

—Algo así —respondió Charlotte enigmática—. En realidad..., sufrió un infarto al conocer mi decisión y ser consciente de su irrevocabilidad.

—¿Entonces?

—Soy libre. Libre para tomar mis propias decisiones. Libre para estar con quién desee y hacer con mi vida lo que me plazca. Libre para amar y ser amada.

—Aún me cuesta creer que esté ocurriendo de verdad, pero no estoy dispuesto a perder ni un minuto más de nuestras vidas. Casémonos Charlotte, viajemos a Jaén, o quedémonos aquí para siempre, pero hagámoslo juntos. Siempre juntos, no podría soportar perderte de nuevo.

—Nada ni nadie podrá volver a separarnos jamás, Jason. Te amo.

Sellaron aquella promesa con un beso, uno, bastante menos casto, que aquel que se dieron, antes de separarse tantos años atrás.